FRAY MOCHO



"Señor HERMINIO QUIRÓS"

Oleo de DANTE CANASSI

N.° 651

C^IA G^RAL DE FOSFOROS





FRAY MOCHO

Año XIII — Buenos Aires, 14 de octubre de 1924 — Núm. 651

COLACION DE GRADOS EN LA FACULTAD DE MEDICINA



Con la asistencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sagarna, en el salón de grados de la Facultad de Medicina, se llevó a efecto la entrega de los diplomas a los nuevos médicos egresados de dicha institución. — La mesa directiva presidida por el ministro doctor Sagarna, a quien acompañan el vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Seeber, el presidente de la Universidad de La Plata, doctor Nazar Anchorena, el decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Iribarne, y varios consejeros y profesores.

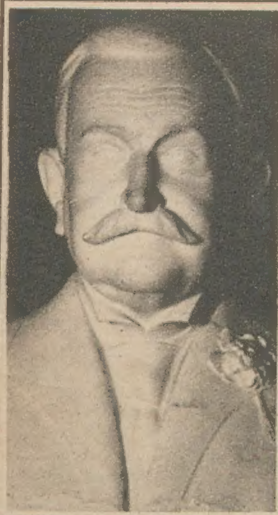


Un grupo de los universitarios diplomados.

Foto Otero.



ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL DOCTOR ESTANISLAO S. ZEBALLOS



Busto del Dr. Estanislao S. Zeballos, inaugurado en la Biblioteca del Club del Progreso.



Personas que asistieron a la colocación de la placa que el Club del Progreso dedicara a la memoria del doctor Zeballos, y que fuera fijada en la tumba del cementerio de la Recoleta que guarda los restos del extinto. Al acto concurrieron varios miembros de la familia del doctor Zeballos, las autoridades del Club del Progreso y de la comisión de homenaje, y otros caballeros.



La placa de bronce que el Club del Progreso dedica a la memoria de su ex presidente, en el primer aniversario de su muerte.



El club recreativo y sportivo "Estanislao S. Zeballos", decidió, igualmente, tributar un homenaje al esclarecido ciudadano, y al efecto colocó en el sepulcro del doctor Zeballos la placa conmemorativa que reproduce el presente grabado. — Durante la ceremonia hizo uso de la palabra el profesor señor José Carlos Astolfi.

Necrología



Doctor Miguel M. Padilla, ex diputado nacional y ex miembro del Directorio del F. C. C. C., cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado.

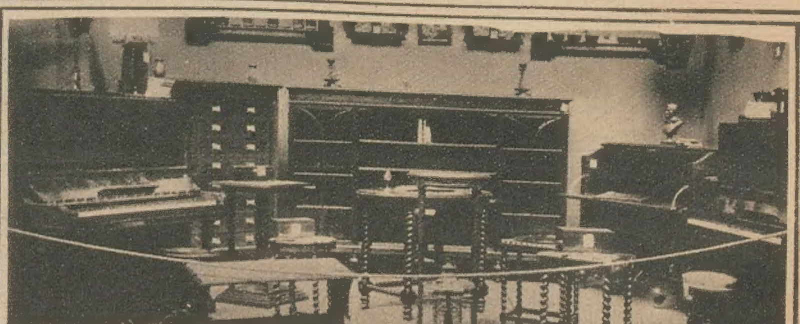
Cincuentenario de la llegada al país de los Padres Salesianos



Festejando el quincuagésimo aniversario de la actuación de los Padres Salesianos en la República, se realizaron diversos actos conmemorativos. Uno de ellos lo constituyó la inauguración de la exposición didáctico-profesional de la obra de Don Bosco, a cuya ceremonia asistió el presidente de la Nación, doctor Marcelo T. de Alvear, el presidente de la Cámara de diputados, doctor Mario Guido, el gobernador eclesiástico, monseñor Bartolomé Piceda y numerosas damas y caballeros.—El primer magistrado en el palco oficial, durante la inauguración.



Una sala de la exposición correspondiente a las misiones de la Patagonia.



La sección mueblería de dicha exposición.

Fots. León.



HOMENAJE AL MINISTRO DEL INTERIOR DOCTOR VICENTE C. GALLO



La juventud universitaria radical, tributó al doctor Vicente C. Gallo un homenaje como acto de adhesión y simpatía por su gestión ministerial. La demostración tuvo efecto en la residencia particular del doctor Gallo y fué ofrecida por el doctor César Velázquez, quien entregó al ministro un pergamino, obra del profesor Pascual Fitipaldi. El doctor Gallo, acompañado de los miembros de su familia y de algunos de los concurrentes al homenaje.

COMITE DE LA CAPITAL DE LA UNION CIVICA RADICAL

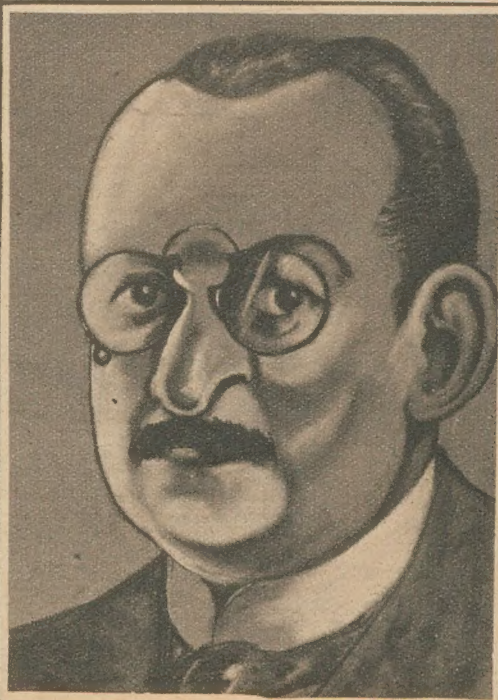


Los elementos del partido Radical que responden a la tendencia denominada antipersonalista, procedieron recientemente a la renovación de las autoridades del Comité de la Capital. — A la izquierda: en plena votación. A la derecha: un grupo de los delegados que concurrieron al acto.

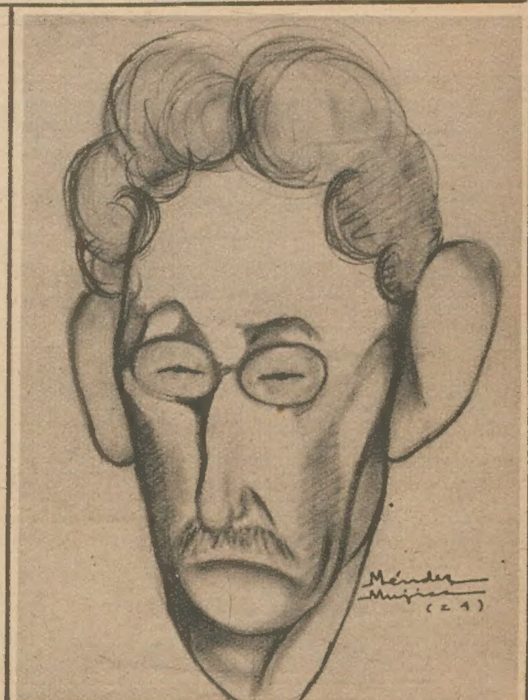


El doctor Alfredo Scarano, director del Hospicio de las Mercedes, que, por unanimidad de votos, resultó elegido presidente del Comité de la Capital de la Unión Cívica Radical.

FIGURAS DE ACTUALIDAD



Doctor E. Mosca, designado por el P. E. interventor federal de la provincia de Mendoza.



Doctor Enrique S. Pérez nuevo administrador general de los Ferrocarriles del Estado.

Caricaturas de Méndez Mujica.



Visita al Instituto Biológico Argentino





En honor del profesor italiano doctor Mariano Patrizi, organizóse una visita a los laboratorios que el Instituto Biológico Argentino posee en el pueblo de Florencio Varela, donde los visitantes fueron gentilmente atendidos por la dirección de dicho establecimiento. — A la izquierda: el doctor Mariano Patrizi. A la derecha: el citado profesor y los caballeros que le acompañaron, al servirse el lunch con que fueron obsequiados por los dirigentes del Instituto.



En primera fila, de izquierda a derecha: doctor Aráoz Alfaro, doctor Mariano Patrizi y conde de Viana, embajador de Italia.



De izquierda a derecha: doctor Spinelli, señor A. Vendimiatti, señora de Baroffio, doctor Pollis e Ingeniero Pedriali.



El embajador de Italia, los doctores Dessy y Lenzi y el ingeniero Benigni, inspeccionando el serpentario del Instituto.

ECOS DEL DIA DE LOS NIÑOS POBRES



La niñita Cuchita García Galigniana, repartiendo juguetes a los niños pobres en la plaza de Francia.



Las señoritas Teresa Lucía Ochoa y Rosa Hena y las niñitas Inzaurraldes, que en el Tigre tuvieron a su cargo las colectas organizadas por la Sociedad Rivadavia, pro infancia escolar.

Comentarios

La tierra pública y las pasiones políticas

Siempre, en todas las épocas de nuestra historia política, los problemas de la tierra pública fueron ocasionados a traducirse en cuestiones personales. Desde la discutida ley de enfiteusis de Rivadavia, que representando un progreso inmenso para el país, contrariaba tantos intereses privados, hasta las últimas resoluciones del Ministerio de Agricultura, en amparo de pequeños pobladores, a quienes injustamente se negaba sus títulos de propiedad, todo dió margen a enojosas polémicas, envenenadas por los rencores banderizos.

El último y deplorable incidente de la serie, que partiendo de la minuta de un legislador, llega al informe del ministro (equivalente a un proceso para la pasada administración) y luego, al producirse ciertas publicaciones, degenera en varios lances personales, está demostrando que es hora de unir todos los esfuerzos para que no subsista esta manzana de la discordia.

Mientras el régimen de la tierra pública no se sujete a normas inflexibles, de tal modo que el derecho de los adquirentes sea reconocido en forma automática, que por sí misma imposibilite toda influencia ajena a la normalidad, correremos el peligro de estas aventuras lamentables, en que el rencor toma el puesto de la justicia, y las pasiones políticas el de la legalidad.

Amigos...

Una racha de ternura pasa en estos momentos sobre Buenos Aires. No hay derecho a llamarnos "mala lingua", porque nos asombremos ante el extraordinario acontecimiento. Y es para consolarse cuando se reflexiona que junto a los botellazos y pedradas del "field" y las palabras de calibre grueso, la buena amistad se determine a establecer armonías en otros campos de Agramante.

Antiguamente existía una sociedad infantil denominada "Amigos de los pájaros". Más tarde aparecieron los "Amigos del Museo" con excelentes propósitos, para el mejor desarrollo de nuestra pinacoteca. Luego se hicieron presentes los "Amigos del Arte" y hoy sale del horno recién cocinadita la sociedad "Amigos de la ciudad".

Si el ambiente es propicio para la multiplicación de los "amigos", deseamos se funde una sociedad "Amigos de los maestros impagos" y otra que no vendría mal "Amigos del pueblo". Esta última tendría a su cargo la constitución de un congresito, que despachara la Ley de alquileres, la de Presupuesto y otras de necesidad e igualmente importantes. Y entonces estaríamos en Jauja...

LA POLÍTICA Y LOS CAMPEONATOS



Varios ciudadanos se unen por una causa sagrada y constituyen un partido, poniendo en ello tanto esfuerzo y paciencia como CAMPEONES DE AJEDREZ.



Al nombrarse las comisiones directiva y de propaganda, algunos quedan descontentos, por lo cual los doloridos se cruzan cartas que dan lugar a que luzcan los resentidos sus condiciones de CAMPEONES DE ESGRIMA.



Llega la proclamación de los candidatos, y como hay dos tendencias, lo regular es que para dirimirlas los partidarios de unos y otros debuten como CAMPEONES DE BOXEO.



Como consecuencia de todo esto, los correligionarios, terminada la elección, reproducen el espectáculo de los CAMPEONES DE FOTBOL.

Sic transit...

Los santiagueños, como la mayoría de los provincianos, no tienen opinión formada todavía sobre política, y por necesidad a veces, y en ocasiones para asegurarse la ayuda del tesoro nacional, se ven obligados a seguir la política de los presidenciales. El caso de Santiago del Estero lo demuestra de una manera indubitable.

Ayer no más tuvieron que ser furiosos irigoyenistas, pero hoy que las cosas han cambiado, sólo le han quedado, como muestra 61 votos. Con tal aporte no le ha sido posible influir en la marcha de la elección al hombre de la calle Brasil, pero le ha servido para meter ruido.

El Día de la Raza

La fecha histórica del descubrimiento de América siempre da ocasión para que todos los ciudadanos se consideren en el uso de la palabra, y sea en las escuelas primarias, en los colegios nacionales o en sociedades más o menos culturales o recreativas, no falta nunca un orador que improvise un discurso de 20 ó 30 páginas.

Este año el Día de la Raza se festejó con abundancia de oradores que usaron de la palabra, lo que permitió a muchos ciudadanos que aspiran a la inmortalidad, y que no han tenido la suerte de ser legisladores todavía, desagotar su intelecto de prosa florida, tropos románticos y metáforas cursis.

El Día de la Raza ha permitido a muchos ciudadanos desahogarse y son felices, puesto que han tenido oportunidad de ver figurar sus nombres en los rotativos.

El señor gobernador

En San Martín se ha nombrado intendente, y los ciudadanos de ese partido, agradecidos a tal favor, se han dirigido por nota dando las gracias, no al gobernador de Buenos Aires, sino al que consideran supremo árbitro de los destinos de la provincia.

Tal hecho se ha comentado, porque los intendentes siempre han sido elegidos directamente por el pueblo, y en caso de nombrarse, lo han hecho los gobernadores; pero cuando los del partido de San Martín agradecen el servicio a un señor que no se llama Cantilo, sus razones tendrán para ello. Ellos sabrán cual es el verdadero gobernador.

CONCURSOS INTERNACIONALES

Existe un respetable número de personas que no cree, sino muy medianamente, en la eficacia de los congresos internacionales. Es cierto que, en su mayoría, profesan las mismas ideas respecto a toda clase de congresos. Pero ello, suponiendo que sea exagerado, no quita resonancia, y, lo que es más serio, progresivo aumento de partidarios a la primera opinión.

Fundan los tales críticos sus ataques, en que las susodichas asambleas no pasan de ser reuniones apresuradas, durante las cuales, con rapidez caleidoscópica, se votan asuntos y más asuntos, como si todos y cada uno de los miembros presentes hubieran estudiado, en realidad, lo que se les propone. Con harta frecuencia, por otra parte, la tarea colectiva se reduce al solaz de algunos banquetes, al esparcimiento de varias fiestas conmovedoras, a alegres conciertos, y a graves visitas, en que la oratoria afectuosa y las tiernas expresiones de una cortés confraternidad dan a los buenos congresales la ilusión del deber cumplido...

Como se ve, el espíritu de esta censura peca de estrechez. Tengan o no, los congresos internacionales una influencia decisiva en el adelanto científico, artístico o social, el solo hecho de poner en contacto a los estudiosos o a los hombres de acción, que en países distintos luchan por los mismos ideales, basta para que aquellos adquieran una interesante fisonomía. De ningún congreso de esta naturaleza han brotado gérmenes de desunión; y, por el contrario, al regresar los delegados a sus laboratorios, a sus gabinetes de estudio, o, en general, a sus puestos de trabajo, han solido llevar impresiones favorables y positivamente beneficiosas para un auge cada vez mayor de la humana solidaridad.

Pero si no sería justo entretenerse en criticar los congresos internacionales, o en mantener el descreimiento sobre los resultados prácticos que producen, habría no poco error en generalizar el concepto y extenderlo a toda clase de concursos entre representantes de países diferentes. Mientras los profesores, los artistas, los literatos, los médicos, y, en una palabra, cuantos ejercen una actividad intelectual, pueden, aun siendo de diverso origen, congregarse sin peligro a departir sobre tópicos de su incumbencia; los que cultivan otro género de actividades, —por ejemplo, el deporte, y con especialidad el football— están bien lejos de ofrecer análogas ventajas. La forma tumultuosa de los partidos, el hecho de que sean presenciados por verdaderas muchedumbres, fáciles de entusiasmar hasta el exceso en la extraviada senda de un absurdo patrioterismo, conspira contra el propósito esencial de las tales reuniones. Ya, en París, al celebrarse los célebres concursos olímpicos, hubo oportunidad de observar que, en más de un caso, las justas deportivas provocaban incidentes adversos a la confraternidad de los pueblos allí representados. Ultimamente, entre nosotros, la descortesía de la multitud para con los campeones uruguayos de football, puso bien de manifiesto la inconveniencia de tales concursos.

Por lo mismo, las personas prudentes hallan muy acertada la iniciativa del presidente Serrato acerca de prohibir, en la república vecina, durante dos años, la realización de campeonatos internacionales de "football". Con mayor razón debiéramos hacerlo nosotros, ya que una cosa es el sano e inocente deporte en sí mismo, y otra muy diferente la explotación comercial del espectáculo.



LA PLANTA DE HELIOTROPO

Por PEDRO VALDAGNE

Al regresar a Europa después de una larga permanencia en la India, supe que mi excelente amiga Claudia Maret, había sido abandonada por su indigno esposo.

Fuí a verla en seguida y la encontré en un pequeño departamento, envejecida y melancólica, pero tranquila y, aparentemente, resignada.

—No hay por qué alarmarse al extremo por los golpes repetidos de la desgracia—me dijo.—Ciertos seres están marcados por el infortunio. Yo soy una de esas personas. Voy a referirle una historia de mi infancia... de la cual hubiera debido acordarme con más frecuencia. Eso me hubiese impedido confiar en ser feliz... cuando la felicidad no está hecha para mí.

Yo me encontraba entonces en el convento de la damas Agustinas de Précy-sur-Rhône, que era un gran convento en el que las jóvenes recibían una educación cuidada y completa. Tenía trece años. Entre todas mis compañeras, prefería yo a una de mi edad que se llamaba Noemia Birot.

Era de menor estatura que yo, de cabellos castaños, de piel morena, nada bonita; pero tenía un semblante expresivo y unos ojos grandes de mirada dominadora.

En general, nuestras compañeras no la querían. La reprochaban su carácter susceptible y una tendencia a la tiranía. Pero como yo tenía un carácter muy dulce y acomodaticio, yo cedía de buen grado a sus caprichos múltiples y gracias a esta sumisión nos entendíamos a maravilla.

No nos separábamos; juntas durante las horas de clase, seguíamos estándolo en las de recreo. Nos habíamos jurado una amistad eterna, estábamos convencidas de que nada en el mundo nos separaría.

La afección de Noemia hacia mí se marcaba con un dejo de superioridad, yo no sufría por ello y la dedicaba en mi corazón una admiración ferviente. Algunas veces, como era inevitable, teníamos pequeños disgustos; nos detestábamos durante veinticuatro horas, para hacer luego las paces, y nuestra amistad florecía de nuevo.

Nuestro convento se hallaba rodeado por un parque inmenso, del que se había reservado una parte a las educandas para que pudiesen cultivar cada una un pequeño cuadrado de terreno. Una gran emulación reinaba entre todas respecto a estos jardines minúsculos a los que prestábamos nosotras grandes cuidados.

Noemia y yo, habíamos plantado en nuestro jardincito un heliotropo que día a día se hacía más grande. Simbolizaba nuestra amistad; le dedicábamos una especie de culto que se traducía en incesantes cuidados.

Noemia pasaba los recreos quitando de las hojas de nuestra planta, los insectos que habían anidado en ella. Yo tenía el encargo de regarla y ponía tanto cuidado en la tarea que mis medias y mis zapatos recibían también una buena dosis del precioso líquido.

En un arranque de superstición Noemia me había dicho un día.

—Cuando se agoste el heliotropo, cuando muera será porque nuestra amistad no exista ya.

Sin embargo, ocurría algunas veces, que disputábamos,—como ya le he dicho, y entonces ni una ni otra íbamos a regar el heliotropo que bajaba tristemente su copa.

Cada una de nosotras se obstinaba, puesto que si aquella planta simbolizaba nuestra amistad y ésta no existía... sólo quedaba dejar secar la planta.

Como en aquellos momentos yo odiaba a Noemia, y el sol abrasaba, la tierra se resecaba y la planta estaba realmente en peligro. A veces se adopta una resolución extrema, pero cuando comienzan a sentirse los tristes efectos, cuando la realidad se levanta ante nosotros, se llega a tener... Entonces yo, ocultándome cuidadosamente de mi amiga, me escurría hasta el jardín provista de la regadera y daba un poco de vida al heliotropo en peligro.

Cierto día se produjo un disgusto más grave entre Noemia y yo. Ella me había dicho: ¡Eres una necia!—El motivo de disgusto era una cinta.—Y yo la había replicado. — Cuando se tiene la piel negra es necesario huir de los colores muy fuertes.—Eso la hirió en su amor propio. El disgusto adquirió seriedad.

Abandoné el jardín aferrada en lo que yo consideraba mi dignidad. Sufría mucho, pero no quería dejarme ver.

Noemia buscó pronto otra amiga a la que, de ex profeso prodigaba ante mí, señales de una gran amistad.

¡El hecho fué que el heliotropo murió!

Cuando yo vi la planta seca me invadió una gran tristeza. Yo era muy joven, pero era una tristeza humana, una de esas profundas tristezas de mujer.

Me hallaba ante una cosa abolida, desaparecida. Había un desolador vacío en mi corazón. Pero me consolaba algo el recuerdo de la amistad que nos había unido a Noemia y a mí.

De ese modo yo mantenía el culto de una amistad desaparecida, pero de la que deseaba conservar un recuerdo dulce, inmaculado.

Y continué, dolorida, pero tranquila, viviendo mi existencia de pensionista, experimentando hasta un cierto placer en mi aislamiento.

Un día, ocurrió esto. Era un lunes, en el recreo de las cuatro. Me hallaba yo sentada en un banco, sola; comía algo, sin apetito y pensaba no sé en qué, cuando vi a Noemia que llevaba entre sus brazos un tiesto de flores... Se trataba de un heliotropo magnífico y florido.

No puedo explicar lo que experimenté: fué un torbellino de ideas incoherentes y contradictorias... El corazón me latía con enorme violencia. ¡Noemia traía un heliotropo! ¡Entonces me quería aún!... ¡Era mejor que yo! ¿Por qué no había intentado yo aquel gesto de perdón y generosidad, yo que sufría tanto con nuestro disgusto y que, en el fondo, continuaba queriéndola con toda mi alma!

Me puse en pie con un gesto irresistible, tendí los brazos y corrí hacia Noemia.

Ella se había arrodillado en su jardín y hacía un gran hoyo para plantar el heliotropo... Iba yo a gritar, pero Noemia volvió la cabeza y me miró. Su mirada era tan fría, tan burlona, tan terrible que las piernas me temblaron.

Al mismo tiempo se acercaba su nueva amiga, quien también me observó con un aire insolente.

Traía una regadera llena de agua, y las dos, volviéndome la espalda se pusieron a regar aquella horrible planta, que habían elegido de ex profeso, semejante a la otra, para desgarrar mi corazón.

Claudia Maret se detuvo. Miró largamente hacia el vacío; dos lágrimas corrieron lentamente por sus mejillas, y al cabo de una larga pausa continuó:

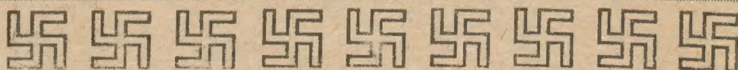
—Lo que me ocurrió en el convento de las Agustinas hubiera debido servirme de advertencia para más adelante en la vida... Estaba señalada como víctima... Debía haberme prevenido para siempre contra toda ternura, todo impulso de sinceridad... ¡Pero vaya uno a resistir lo que lleva en el fondo del alma!

Me casé; he amado a mi esposo; era autoritario, tiránico; un día creí que mi dignidad estaba en juego porque me había engañado villanamente, y me separé de él.

Pero continuaba amándole.

Al día siguiente, le vi llegar feliz, resplandeciente, con una canción en los labios y cuando abría los brazos para recibirle y perdonarle todo, se echó a reír, a burlarse de mí y sacando de su cartera el retrato de otra mujer, me anunció que era a la única a quien amaba...

Amigo mío,—terminó la señora Maret—todo se repite en la vida con los mismos seres... ¡Hice mal, decididamente, en olvidarme de Noemia!



¡ESPAÑA!

España, bella España, ante tu altar magnífico
inclínase gozosa la prometida América;
embellece sus Andes, conmueve su Pacífico...
¡Por qué además de madre sois su visión quimérica!

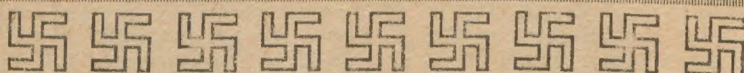
Le diste tus costumbres, tu sin igual grandeza;
le ofreciste tu savia, tu ideal y tu arcano,
las excelsas virtudes y admirable nobleza...
¡La sangre y bizarría, tu idioma Castellano!

Emperatriz augusta, orgullo de la raza
latina, de tus hijos jamás tu nombre pasa;
su amor es tan inmenso que no empañó un desliz,
te aman como se aman las estrellas radiantes,
el genio esclarecido del inmortal Cervantes
y la gloria infinita del gigante Solís!

Tierra de las manolas y las mujeres bellas
que inspiran madrigales, sonetos y rondeles,
que hay gracia en sus andares y esplendores de estrellas
en sus ojos y tienen los labios cual claveles.

España, vieja España, la de bosques sonoros;
en ti tienes un gesto de lírica poesía;
encantan tus campiñas, tus llanos y tus toros
y mi Argentina tierra para besar tu frente

Emperatriz augusta, madre de diez naciones,
los cóndores de América te rinden sus blasones,
los vientos de la pampa te dan su serenata,
y mi Argentina tierra para besar tu frente
ríndese ante tu ara como una hija sonriente
que meciera el oleaje gigantesco del Plata!










Un alfiler que se convierte en arma poderosa

Cómo relata una bella actriz inglesa, una aventura que le ocurrió con aquel monarca, de quien tantas historias se han contado y que se llamó Leopoldo II.

—La primera vez que tuve miedo, pero lo que se dice miedo, fué cuando apenas había cumplido diez y siete años—empieza diciendo la artista—. Fué en Southampton. Yo había ido a bordo de un transatlántico a despedir a unos amigos que se dirigían hacia Sud América.

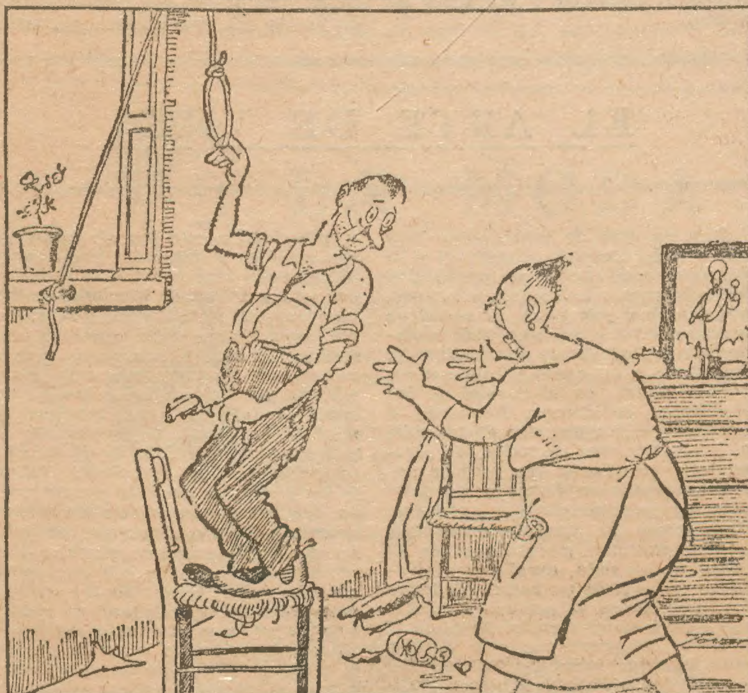
Una camarera se me acercó, diciendo que una pasajera, que deseaba despedirse de mí, le había pedido que me llevara hasta su camarote. Y fuí sin sospechar nada anormal.

La camarera me condujo a una cabina, diciéndome que esperara unos instantes, mientras anunciaba mi presencia a la que la había enviado. Esperé. Pasaron varios minutos y la amiga desconocida no aparecía.

Abrí la puerta de la cabina para salir, y vi a un camarero parado en el corredor, como de guardia. Entonces empecé a temer.

Me dirigí hacia él y le comuniqué que no esperaría más tiempo. Él me respondió que tuviese paciencia unos minutos más, pues la señora vendría en seguida. Me senté de nuevo, pensando que el buque podía partir de un momento a otro. Esta idea hizo que mi temor se convirtiese en un verdadero pánico. Me levanté otra vez dispuesta a salir de allí, pero el camarero, respetuoso, aunque enérgico, me detuvo.

Un momento más tarde, una dama elegantemente vestida se presentó ante mí, saludándome cariñosamente. No la había visto en mi vida y así se lo hice saber, sospechando que aquello era una encerrona cuyo móvil no se me alcanzaba. Pero a fuerza de atenciones, logró convencerme de que nada malo me ocurriría, y mientras tomábamos te, que el mismo camarero nos había servido, no cesó de hablarme, pintándome la admiración que sentía hacia mi arte escénico.



TODO SE PAGA EN ESTE MUNDO

—¡Cuánto me pesa ahora no saber escribir!
—¿Qué dices, desgraciado?
—¡Porque yo no puedo suicidarme! ¡Ya sabes que hay que dejar al juez una carta, y yo nunca he sabido de letras!

Halagada, pero sin lograr que me abandonara aquella sensación de temor, intenté despedirme pretextando que el barco estaría ya por salir y que debía bajar a tierra en seguida. Pero en aquel momento comencé a sentir una extraña pesadez en la cabeza y pocos segundos después una invencible modorra que me inmovilizó por completo. Inmediatamente me quedé dormida.

Cuando desperté, estaba acostada sobre un regio sofá, en una lujosa sala. Junto a mí, en un sillón estaba mi sombrero y mi tapado. Me lo puse mecánicamente y di unos pasos por la habitación, todavía bajo la influencia de la droga, que, indudablemente, me había sido suministrada. De repente la luz se hizo en mi cerebro, y quedé inmóvil de terror.

En aquel momento oí ruido a mi espalda. Me volví apresuradamente.

Vi ante mí a un hombre anciano, alto, arrogante, de luenga barba blanca, vestido de uniforme. Quedé muda de sorpresa, pues lo había reconocido instantáneamente. Aquel hombre era Leopoldo II de Bélgica.

El rey se acercó a mí, sonriendo. Yo, asustada, retrocedí hasta la puerta, intentando salir. Pero fué inútil; estaba cerrada con llave. Leopoldo rió entonces sonoramente.

—He mandado cerrar—dijo—porque deseo que hablemos muy detenidamente.

Yo eché a correr por la habitación, seguida por el rey, quien me suplicaba que me tranquilizase y lo escuchara. Asustada, tropecé con una mesita y derribé un espléndido jarrón que había sobre ella.

El rey trató de acercarse nuevamente. De pronto tuve una feliz idea, y arrancando el largo alfiler de mi sombrero, exclamé:

—Si vuestra majestad da un paso hacia mí, me hundiré este alfiler en el pecho.

Por el tono de la amenaza debió comprender que estaba resuelta a cumplirla, porque de pronto cambió de actitud, se disculpó, y sacando de su bolsillo una llave abrió la puerta de la habitación.

Yo me precipité hacia la salida, pero él me detuvo. En seguida oprimió un timbre. Apareció un edecán.

—La señorita debe partir hoy sin falta para Inglaterra. Se le proporcionarán toda clase de facilidades y hará usted que se le entreguen inmediatamente 50.000 francos.

Así terminó aquella extraña aventura con el rey más alegre, "toujours gai", que ha existido.

La osculación, desde el punto de vista simbólico

Historia y singularidades del beso ceremonial

Es práctica generalmente seguida por los soberanos en sus visitas de Estado, cambiar estrecho abrazo seguido de un sonoro beso, que, en muchas ocasiones, está muy lejos de nacer al calor de los afectos particulares o de las meras simpatías personales.

Ese beso no es, en efecto, sino una ceremonia más del complicado ritual cancilleresco, un símbolo que indica al profano en esas prácticas de la diplomacia la igualdad de rango de las personas que de él hacen uso ante la mirada curiosa de la galería. De ahí que únicamente se besen en sus encuentros los soberanos entre sí, y nunca soberanos y príncipes, o reyes y presidentes de repúblicas. Tan sólo ha habido, en la larga serie de visitas regias una excepción a esa práctica: el beso dado por el zar Nicolás II al presidente Faure cuando este último llegó a San Petersburgo, y que repercutió en todas las cancillerías europeas con alarmantes sonoridades democráticas, puesto que hasta entonces el saludo de ceremonia entre un monarca y un presidente de gobierno republicano se había limitado a un apretón de manos, sin más requilorios afectivos.

Esto del beso oficial, del beso fríamente ceremonioso, que ningún parentesco tiene con el beso engendrado por el cariño, es achaque antiguo. En la antigua Grecia, los iniciados en los misterios de Eleusis se besaban en señal de hermandad y de coparticipación de conocimientos, práctica que heredaron los primeros cristianos y que llevaban a cabo en sus místicos ágapes, hasta que Inocencio III la prohibió para evitar escándalos.

Cuando la república romana se convirtió en imperio, introdujeron los césares la costumbre de que, a su advenimiento al trono, besasen la punta de su sandalia sus dignatarios y el pueblo, en demostración de acatamiento; costumbre copiada desde el siglo VII u VIII por los Papas, y que aún subsiste en el Vaticano, si bien ha habido un Pontífice, Pío X, que intentó abolirla a raíz de su elección.

En la Edad Media se conoció el *beso feudal*, que era el que el señor daba a su vasallo, como muestra de agradecimiento, cuando éste le rendía pleito homenaje. Y era además señal del recíproco auxilio que debían prestarse uno a otro y del firme propósito de cumplir sus deberes.

Por aquella época existían también los llamados *beso de paz* y *esponsalicio*, dado el primero en el acto de reconciliarse ante el juez dos enemigos, y el segundo, por los prometidos esposos en confirmación simbólica de los esponsales contraídos.

Antes del siglo XV los monarcas estaban obligados a ir a besar la sandalia del Papa, de acuerdo con una costumbre establecida por el emperador Justiniano, quien al entrar en Constantinopla en el año 710, se postró humildemente ante el Pontífice Constantino y posó sus labios en el pie del augusto jefe de la iglesia católica. A partir de la época antes expresada, los soberanos abandonaron esa forma de salutación en sus visitas al Papa, limitándose a besarle el anillo, si de monarcas católicos se trata, y la mano si pertenece a la iglesia reformada.

Otra manifestación del beso oficial es la costumbre de los besamanos en algunas cortes europeas con motivo de los cumpleaños y fiestas onomásticas de los reyes. En Inglaterra los arzobispos y obispos, embajadores y ministros plenipotenciarios, así como los grandes dignatarios de la corte, besan la mano al rey al terminar la audiencia en que éste les notifica su nombramiento o la concesión de alguna gracia o condecoración. La misma práctica se siguió en las cortes de Austria, Alemania, Turquía, Suecia y Noruega y Dinamarca.

Un besuqueo oficial bastante agradable era el que subsistió en Inglaterra hasta comenzar el reinado de Eduardo VII. Toda esposa o hija de Par, al ser presentada en la corte, debía ser besada en la mejilla por el soberano, y si la presentación se efectuaba en el castillo de Dublín, correspondía usar del dulce privilegio, en nombre del monarca, al virrey o *Lord-Lieutenant*. Mucho habrán lamentado los presuntos gobernantes de la Verde Erín la supresión del ósculo de referencia, pues sabido es que las irlandesas son, por lo general, muy bonitas.

Para terminar, diremos que el antiguo y galante ademán de besar la mano a las señoras, puesto en moda por los cortesanos de Catalina de Médicis, como símbolo de rendimiento y apasionada devoción, se practica hoy entre las familias aristocráticas de Alemania y Austria, así como en ciertas casas nobles del *faubourg* Saint-Germain, de París, apegadas a todo lo que trasciende a antiguo régimen.

EL SAGRADO AMOR MATERNAL

Considerad, conmigo, recogiendo vuestro espíritu sobre el recuerdo de todo lo que querido y respetado en el mundo, considerad cuánta ciencia guarda el corazón de una madre para educar a sus hijos; ciencia no aprendida, que es la revelación de Dios en la naturaleza humana. La mujer desde el momento en que es madre tiene todas las ciencias juntas en su alma; sabe higiene y cura a su hijo; arte, y lo hermosea; sabe entonar canciones tan espontáneas como el gorjeo de las aves en los bosques, esas canciones que ningún músico puede repetir, y que desde la cuna despiertan la idea de lo infinito en el alma; sabe narrar esos cuentos maravillosos que no se olvidan en toda la vida, primeros gérmenes de los principios morales, que nos han de preservar de los contagios del mal; sabe hablar de Dios con la elocuencia incomparable que a torrentes brota del corazón; sabe dónde se ocultan las espinas, dónde el abismo de los grandes peligros, porque nada hay escondido a su amor, que adivina en la frente, en la mirada de su hijo el dolor y la enfermedad que lo amenazan; y pone en el corazón todas las cuerdas que han de resonar dulce y armoniosamente y han de ser nuestro consuelo en las tempestades de las pasiones; y restaña con el bálsamo de sus lágrimas todas las heridas del corazón; y nos deja en su vida eterno ejemplo de santidad y de pureza y en su muerte eternas esperanzas religiosas.

Emilio CASTELAR.

LA SEÑORITA DALOIZE

por FEDERICO BOUTET

Cuando la joven terminó de hablar, con una timidez que aumentaba el encanto de su belleza, hubo un momento de silencio. Se oía el ruido de la lluvia al caer sobre las hojas del jardinillo de Auteuil. La señorita Daloize había escuchado el relato de su sobrina con una emoción que en vano trataba de ocultar.

—Adorada Cristina—le dijo—: lo que me dices me impresiona mucho. Supongo que ese amor no es serio. No es posible que estés enamorada de un hombre a quien apenas conoces. No irás a creer que él te quiere.

—Sí, tía.

—¡Pero si es insensato, hija! ¿Cómo tú, a quien llevo doce años dando lecciones de mi experiencia, te has dejado seducir por las banales declaraciones del primer llegado..., de ese señor... de Cherlín?

—Cherlain, querida tía; Pedro de Cherlain es conocido tuyo. Lo has encontrado varias veces entre tus amistades.

—Sí, en reuniones a las que nunca debí llevarte. Cristinita: cuando a la muerte de tus padres te traje a mi lado, juré hacerte una mujer fuerte, armada contra las traiciones de la vida. Quiero tu felicidad, y me opondré a que tu juventud y tu fortuna sean la presa de un intrigante sin escrúpulos. Eres muy rica, y tu señor de Cherlain no es más que un cazador de dotes. Me acuerdo perfectamente de él. Es uno que se las da de guapo, que finge un alma romántica y se las da de hombre sencillo y franco: el tipo del aventurero. ¿Qué sabes tú de él? ¿Qué hace? ¿Sabes si su nombre de Pedro de Cherlain es el verdadero?

—¿Por qué no ha de serlo, tía?—dijo Cristina con lágrimas en los ojos.—Y..., desde luego, no es por mi dote; de eso estoy segura

—Pues yo estoy segura de lo contrario. Yo no puedo consentir que nadie te haga desgraciada. Veo que no he sabido enseñarte a ser fuerte. Nuestro destino, pobres mujeres, sensibles y crédulas, es ser juguete de la ambición, del egoísmo, de la brutalidad y de la mentira del hombre. Voy a decirte todo, Cristina. No me creas pesimista. Sé, hija mía, lo que valen los juramentos de amor.

La señorita Daloize prosiguió con voz velada por la emoción:

—Tenía veintitrés años. Era huérfana, como tú, pero sin consejo, sin apoyo. Era rica y podía disponer libremente de mi fortuna. Encontré un hombre guapo. Se llamaba Gastón de Trevières. Me hizo la corte... Le escuché... Como tú, mi corazón era sincero, confiado. Le escuché y le amé. Creí en sus juramentos, y durante los cuatro meses de nuestras relaciones fuí la más dichosa de las mujeres. Gastón era para mí todo en el mundo. Sólo vivía para él... A pretexto de una hipoteca logró que yo le ofreciese una fuerte cantidad para librar la finca. ¡Qué alegría cuando puse secretamente en sus manos aquel dinero, que él aceptó! Al día siguiente desapareció. Entonces supe que no se llamaba Trevières y que había sufrido dos condenas por estafas análogas. Estuve a punto de morir de dolor, de vergüenza y de horror. Me encerré en esta casa y me consagré a hacer obras de caridad. Mi corazón había muerto para siempre. Después, la ternura maternal que te he consagrado, hija mía, me ha consolado un poco..; pero no he logrado olvidar.

La señorita Daloize se interrumpió. Por sus mejillas corrían abundantes lágrimas. Cristina lloraba también.

—¡Qué desgraciada has sido, pobre tía!

Y añadió temblando:

—¡Dios mío! ¡Qué horrible puede llegar a ser la vida!

—He sido, en efecto, muy desgraciada, y, por lo mismo, quiero ponerte en guardia contra el intrigante que te persigue. ¡Rechaza a ese señor de Cherlain!

—¡Pero tía, si parece tan sincero!

—Inocente niña. Desconoces la perversidad masculina, pero escucha. Mañana iré a ver a Croizette el notario. Era el hombre de confianza de mi padre. Le pondré al corriente de lo que pasa y le diré que adquiera toda clase de informes sobre ese señor.

La señorita Daloize, en efecto, habló con el notario. El señor Croizette prometió informarse. Cristina no tuvo desde aquel día, un momento de tranquilidad.

Pocos días después, el señor Croizette se presentó en Auteuil. Fué recibido por la señorita Daloize y Cristina.

—Hable, usted, delante de Cristina —dijo la tía.

Cristina aguarda temblorosa su sentencia.

—Don Pedro de Cherlain— dijo el notario,—desciende de una excelente familia de Angers. Goza de una fortuna personal, que le permite disfrutar de una renta de setenta mil francos.

—¡Es rico! ¡Más rico que ella!—exclamó la señorita Daloize.

El señor Croizette respondió afirmativamente con la cabeza, y prosiguió:

—Posee grandes y hermosas propiedades en el departamento de Indre y Loire. Es hombre de gran moralidad. Es liberal y generoso. Ha estudiado en París, en el Liceo de Luis el Grande, y se ha doctorado en Derecho.

Así siguió dando informes, a cuál más satisfactorio.

—¿Pero está usted seguro?

—Completamente, señora.

—Bien; muy bien—balbuceó la señorita Daloize.—¡No esperaba yo eso!

Y bruscamente salió de la habitación.

—¡Qué alegría tengo y qué bueno es usted!—exclamó Cristina al desaparecer su tía.

—No he hecho más que decir la verdad, señorita.

—Lo que no comprendo—siguió diciendo la joven—es cómo mi tía, con toda su experiencia, llegase a creer... Pero es natural, después de la horrible desgracia que le ocurrió de joven.

—¡Horrible, en efecto! Estoy enterado.

—Por eso, dada la analogía de la situación, temió por mí y quiso salvarme. Pero podía haber pensado que todos los hombres no son lo mismo.

—Ni todas las mujeres—repuso el señor Croizette.

Vaciló un momento, y al fin condujo a Cristina frente al espejo.

—Voy a explicárselo. Mírese en el espejo. Mire su cara, sus cabellos, sus ojos, la frescura del rostro, su tipo elegante. Pues su tía, a sus años de usted, antes de su desgracia—y no hay que decir que después,—era tan fea como usted hermosa. Muy fea, se lo aseguro. Era imposible que un hombre llegase a enamorarse de ella, pese a sus excelentes condiciones morales. El miserable que tan indignamente la engañó tendría seguramente el propósito de casarse con ella para apoderarse de toda su fortuna. Después, no tuvo sin duda, valor para consumar el sacrificio... Era demasiado fea... Ella no se ha dado nunca cuenta de esto, y ésta es la explicación de su error...

EL ARTE DE VIVIR

Hay un arte de vivir, como hay un arte de cincelar el mármol y la palabra, una escultura moral que logra hacernos bellos y armoniosos, por dentro y por fuera, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones. Todo hombre es susceptible de modelarse a su gusto y fabricar un mundo aparte en el mundo de las realidades cotidianas. Recuerda a Goethe el sumo maestro de tal arte, al gran domador de todos los pesimismos, que hasta sus propias penas convertía en flores y sus propias lágrimas en piedras preciosas. Evoquemos su augusta serenidad, y acompasemos nuestras vidas al ritmo de su vida, amplio y majestuoso como el de un astro. En todas las condiciones humanas es posible esa divina concordancia. Epicteto el esclavo, considerábase más libre y más feliz que todos los Césares. La antigüedad clásica nos ofrece nobilísimos ejemplos, vidas sobrehumanas, epopeyas del arte de vivir. "Jamás diré que el dolor sea un mal"! Afirmemos esto siempre con energía, aunque el hierro abra nuestras carnes... La vida es mitad trabajo heroico y mitad espectáculo estético. Trabajar con alegría y contemplar con curiosidad, son las dos partes del arte de vivir. Lo demás no es dado por añadidura. Yo soy más partidario del arte en acción que del arte pasivo y concreto; esto es, prefiero, mejor que hacer arte, vivir con arte. La estética es, sobre todo, una ciencia de vida. Hay quien ante el espectáculo de lo feo vulgar o despreciable siente una repulsión física y un disgusto moral; pues haced viviendo, lo que hace el artista creando; convertid lo feo en materia estética y psicológica; dibujad y cincelad, mentalmente, como en libros y mármoles, las hidras y los Quasimodos, y de esta manera les habréis arrancado su fealdad. Quien viva de este modo, alcanzará serenidad augusta; todas las fealdades y miserias de este mundo aparecerán ungidas y redimidas por el arte. Mi empeño siempre fué el de buscar entre la masa incolora de los hombres, esos caracteres y singulares peregrinos, poco amantes del ruido y de la publicidad, que ponen su orgullo en vivir con arte y en silencio, picando en todas las flores, como las abejas, para fabricar la miel de su panal. Generalmente el egoísmo mal entendido, busca las exterioridades, las relaciones útiles de las gentes de posición encumbrada, desdeñando en cambio las almas serenas y bien nacidas que en más de una bajas regiones viven, cultivándose a sí mismas con paciencia singular. En todas partes existe una minoría inteligente y noble, una pequeña aristocracia del espíritu; y lo útil y lo sabio es colgar el nido en el hogar de esos escogidos, en vez de andar errante en las casas de los necios, cogiendo las migajas de su pan. El aburrimiento mora en esas casas a pesar del empeño que sus moradores ponen en divertirse; creen ellos que la diversión esto es, la alegría del ánimo, se compra con dinero, sin saber que la alegría es la cosa más barata y a la vez más difícil de poseer que hay en este mundo. La alegría es flor de entendimiento y fruto de corazón... Hay vidas que son un perpetuo bostezo; hay hombres que parece que lo saben todo a fuerza de no haberse enterado de nada; la mayor parte de ellos no son más que la mitad de sí mismos, según la frase de Emerson, menores de edad que aún no han entrado en posesión de sus bienes. Nuestra vida está rodeada de belleza; dentro de nosotros está el arpa olvidada de las más puras emociones, con sus cuerdas silenciosas que esperan la mano de nieve que las haga vibrar.

Ricardo LEÓN.

SUERTE DESGRACIADA



—Yo sólo aceptaría un matrimonio que me ofreciese seguridad y protección.
—Magnífico, entonces. Soy agente de seguros y mi padre es comisario de policía.

EXPLORACIONES CÉLEBRES

Cómo se descubrió el Océano Pacífico

Mediaba el año 1511, cuando el aventurero extremeño Vasco Núñez de Balboa ocupó el puesto de gobernador de Santa María de la Antigua, puesto para el cual había sido designado don Diego de Nicuesa, a quien envidias y antipatías de sus propios compatriotas impidieron desembarcar y llegar a ocuparse del gobierno. Era Santa María de la Antigua una de las primeras ciudades fundadas por los españoles en Colombia, junto al río Darien, y su nuevo gobernador, enemigo de la ociosidad, dedicóse a explorar los alrededores visitando las tribus indias y tratando de entablar amistad con ellas. Era Balboa hombre bondadoso y de agradable trato, aunque severo en caso de necesidad, y sus cualidades morales, unidas a su buena presencia, captáronle las simpatías de los indígenas. Uno de estos, el cacique Careta, a quien conoció Balboa en uno de sus viajes, llegó al extremo de darle por esposa a una de sus hijas, y siempre fué su leal amigo. Pero no fué esta la única utilidad que el español sacó de sus tratos con los indios. En una de aquellas expediciones por tierra colombiana conoció Núñez de Balboa a otro cacique llamado Comagre, que vivía tierra adentro del istmo de Panamá. Tenía este cacique un hijo, que obsequió al viajero con gran porción de joyas de oro puro, y como Balboa le preguntase dónde podría encontrar el rico metal, respondióle el muchacho que al otro lado de los estados de su padre, hacia el sur, había otro mar cuyas orillas proporcionaban oro y perlas en gran cantidad.

Regocijado con estas noticias y deseoso de sacar provecho de ellas apresuróse el gobernador de la Antigua a comunicar a España el descubrimiento en perspectiva, pidiendo hombres y recursos para poder llegar a aquel mar desconocido.

Lejos estaba de pensar en aquellos momentos Vasco Núñez de Balboa, que a la sazón habían llegado a España noticias de la deposición de Nicuesa, y que injustamente culpado de ella, se pensaba en substituirle por otro gobernador, Pedro Arias de Avila, más conocido por Pedrarias, y a quien sus amigos llamaban también el galán y el ajustador, por su elegancia en el vestir y su destreza en los torneos.

Hay hombres que parecen tener el privilegio de las inspiraciones misteriosas y acertadas. Núñez de Balboa era uno de estos hombres. Viendo que transcurría el tiempo y de España no contestaban a su petición, empezó a desconfiar y determinó ir en busca del mar desconocido sin pararse a esperar los hombres que había pedido a España.

Reunió a sus amigos de la Antigua, y juntos discutieron las dificultades de aquel viaje, que acaso les permitiera llegar al misterioso Cipango de Marco Polo, objeto principal del célebre viaje de Colón. Bien podrían necesitarse para tal expedición unos mil hombres, pero no era posible disponer de tantos, y así, el número de expedicionarios hubo de reducirse a ciento noventa que salieron de la ciudad el 1.º de septiembre de 1513, llevando a su frente a Vasco Núñez de Balboa y a Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y acompañados por numerosa jauría de sabuesos, muy útiles para luchar contra los salvajes, y por buen acompañamiento de esclavos indios.

Las dificultades de la empresa parecían ya antes de salir insuperables; una vez vencidas, resultaron increíbles. La expedición tuvo que sostener frecuentes y terribles luchas con feroces y belicosos montañeses. Continuos odios y enemistades entre los mismos expedicionarios dilataban y entorpecían la marcha. Las dificultades topográficas eran inmensas, tanto más, cuanto que era costumbre entonces que los españoles fuesen en estas expediciones cubiertos con sus armaduras, que ardían bajo los rayos del sol tropical. Imagínese lo que sería, con el peso de cascos y corazas, el paso del pequeño ejército a través de espesos y casi impenetrables bosques, de selvas vírgenes cuyo suelo pantanoso desaparecería casi bajo espinosas malezas, o a través de abruptas montañas que sólo con gran dificultad podían escalarse. La distancia desde la Antigua al término del viaje no era larga, menos de cien kilómetros y, sin embargo, transcurrió cerca de un mes antes de que los expedicionarios acabasen de recorrerla.

El valor y el entusiasmo de Balboa salvaron todos los obstáculos. Hizo amistad con los caciques indios que a ello se prestaron; guerreó con los que preferían ser sus enemigos, y al fin, al entrar en el territorio de un cacique llamado Cuarecua, llegó al pie de una sierra desde cuya cima le dijeron los guías indios que podría ver el objeto de su viaje. Solamente sesenta y siete españoles se hallaban en estado de poder subir a la montaña. Las fatigas o las heridas incapacitaban por completo a los demás. Al romper el alba de 25 de septiembre, la pequeña compañía, y con ella Balboa y Pizarro, comenzaron la ascensión de la sierra. Aún no había llegado el sol al meridiano cuando ellos alcanzaron la cima. Delante se elevaba un cono de roca, un picacho que les ocultaba toda la parte sur.

—Allí, —dijo uno de los guías,— desde lo más alto de aquella roca, podéis ver el mar.

Núñez de Balboa dió la voz de alto a su gente, y adelantándose solo escaló el peñasco.

¡Qué magnífico espectáculo se ofreció a los ojos del atrevido gobernador de la Antigua! Cubiertas de espléndida vegetación, cual solo en aquella región puede encontrarse, las faldas de la sierra bajaban de sus pies en rápido declive, cortado aquí y allá por ondulaciones y peñascos, y allá a lo lejos, en el horizonte brillaba una línea de plata que confirmaba cuanto los indios habían dicho sobre la existencia de un nuevo mar. Desenvainando su espada y levantándola hacia el cielo, Balboa tomó posesión de aquel mar para Castilla y León, y le bautizó con el nombre de "Mar del Sur". Después llamó a sus soldados. Con Pizarro a la cabeza, la pequeña tropa estubo pronto a su lado. Aquellos hombres enérgicos, endurecidos por la fatiga y por el espectáculo de muchas batallas, miraron asombrados la extensión de agua que se veía brillar a lo lejos a los rayos del sol, lo mismo que si contemplasen una visión. Alguno de ellos comenzó a musicar las primeras palabras de un canto religioso; otros siguieron, y por primera vez sonó en aquella roca del itsmo de Darien un "Te Deum".

Cuando todos aquellos hombres hubieron contemplado a su gusto el lejano mar, con sus dagas y sus hachas de armas derribaron algunos árboles, subiéronlos sobre el peñasco y allí levantaron enorme cruz, que sostuvieron con algunas pesadas piedras. Después pensaron solamente en tocar las aguas de aquél océano, en pisar las arenas de su playa. La cosa no era fácil, pero a los pocos días de abrirse camino a través de la selva lo consiguieron. La marea estaba baja en aquel momento, y hubo que esperar a que subiera, porque entre ellos y el agua había ancho espacio de arena fangosa donde los hombres se hundían hasta la rodilla. Tan pronto como el mar empezó a subir, Núñez de Balboa llevando en una mano la bandera de Castilla y en otra su espada desnuda, penetró en las verdosas ondas hasta que le llegaron a la cintura, y tomó formal posesión del mar y todas sus orillas en nombre de Fernando de Aragón y de su hija doña Juana de Castilla.

Aquel mar era el mismo que Magallanes había de llamar más tarde, con notoria impropiedad, Océano Pacífico.

Pequeñas verdades

La única tristeza sin consuelo en la vida, es la tristeza que se ha merecido.

—A los hombres superiores no se les puede querer como a los demás hombres. Al lado de un hombre de talento, el cariño de la mujer debe velar como al lado de un enfermo.

—El dinero no puede hacer que seamos felices; pero es lo único que nos compensa de no serlo.

—Esa alegría nerviosa, esa falsa alegría con que tratamos, más que de engañar a los demás, de engañarnos a nosotros mismos, es el primer momento de una gran tristeza. Las grandes tristezas son así: se clavan tan hondo, tan hondo en el corazón, que parecen perdidas. y, con asombro nuestro, el mismo corazón no las siente; pero dura poco el engaño; están bien clavadas para toda la vida; primero es llanto; quejas, rabia, quizá; después es la resignación, una sonrisa triste, dolorosa, como una herida abierta siempre.

Jacinto BENAVENTE.

El arte en la casa

"Una casa de familia es un edificio construído y dispuesto para ser habitado por una familia y debe, por lo tanto, adaptarse a tal fin".

Esta fué la definición que dió, hace muchísimos años, el ilustre Perogrullo. Pero fuera porque no quiso publicarla (sus razones tendría) o porque no se la quisieron publicar so pretexto de que era "avanzada" o bien porque no tuvo la paciencia y el valor de repetirla con la aterradora frecuencia necesaria, el hecho es que ha quedado ignorada hasta nuestros días y que la gente, por eso, tiene una idea distinta y casi contraria a la del genial y axiomático maestro del buen sentido.

Creen algunos, por ejemplo (sugestión del tapicero), que la casa debe ser un bazar y hacen colocar o dejan que les coloquen en ella, jarrones menos persas que chinos con marcado acento alemán, estatuitas baratas que pagan caras, colgaduras sofocantes, tan pesadas como antihigiénicas, gobelinos que jamás lo fueron, muebles inhospitalarios que estorban y molduras y arabescos que no perdonan rincón y que marean.

El resultado es, a la verdad, maravilloso; la sucursal del o de los bazares y casas de modas complicadas en el crimen es completa; la réclame es admirable, evidente la intención de exhibicionismo y refinado el mal gusto. Sólo faltan, y es lástima, las tarjetitas con los precios.

Otros ciudadanos han descubierto que la casa es un museo o sea un lúgubre depósito de cosas obscuras, tristes, rotas, apolilladas, podridas y borrachas y falsificadas por añadidura, opinión bien disculpable, si se tiene en cuenta que se alimenta con la leña que le arroja un tan hábil como lucrativo comercio que vive del eterno snobismo. Lo de leña está muy bien, porque, no por más caros, merecen otro destino los muebles reumáticos a fuerza de vivir a la intemperie (cuestión de pátina) y apolillados con perdigones con que el aludido comercio especial propaga la epidemia y engorda, como los microbios, con la enfermedad de sus víctimas.

Otros, que no son los menos, sostienen que la casa o que la jaula, porque a veces no es más grande que ésta, debe ser la maqueta de algún suntuoso palacio europeo y que tiene la ineludible obligación de ajustarse a un estilo extranjero de época remota, y así lo hacen hacer, y esperan con orgullo, en su palacio o en su jaula, a las visitas, ya que es para éstas y no para los que viven en ella, que la casa se llena y la bolsa se vacía.

Y hay otra clase de compatriotas, los más, que no creen ni esto ni aquello ni lo de más allá, porque no saben creer maldita la cosa, pero que ven y copian o hacen copiar al vecino, sin preocuparse si es o no fiel el copista y que viven dentro de lo que resulta, despreciando profundamente a los que se retardan en esto de hacer igual a los demás y de convencerse por cuenta ajena y de memoria.

Y es a este enjambre dominante de los "dime lo que haces para saber lo que haré", de los amorfos "pasticheros" de estilo común y de iniciativa en grandes masas, a los que se debe esas oscilaciones curiosas y solidarias del blanco al negro, del amerengado Luis XV al liso moderno, del empolvado Luis XVI al barroco colonial y del ripolín cerusa al misionero ahumado.

Los más graciosos de todos y los de actualidad son los del museo. Pretenden que se les confunda, y merecen que Dios los confunda, con los coleccionistas estudiosos y eruditos que buscan las cosas viejas y las pagan bien cuando son auténticas y bellas y que, porque saben, aciertan casi siempre, sin que se les ocurra pensar, no obstante su pasión, que esas piezas raras y a veces por demás interesan-

EL COLOR DE MI CRISTAL

(Con este título, el escritor Cupertino del Campo, médico distinguido, eximio literato y pintor ilustre, acaba de publicar un interesante volumen de crítica, reuniendo en él, como el autor lo dice, "páginas nacidas en épocas distintas, pero hijas siempre de las mismas convicciones que le prestan cohesión, a la vez que les sirven de cimientos". Sin perjuicio de juzgar después, con mayor reposo, la aguda personalidad de este raro artista, cuyas tareas de alto funcionario (todo el mundo sabe que del Campo es director del Museo de Bellas Artes) no le impiden ser un espíritu independiente, de extraordinaria perspicacia, y de sutiles aptitudes para el manejo feliz de la ironía, nos complacemos en adelantar a nuestros lectores, este simpático espécimen de lo que, gracias al diáfano "color de su cristal", ve, en nuestra estética doméstica, el acertado crítico.)

tes, sean las más indicadas y únicas para cumplir funciones decorativas en un interior moderno y de aprovechamiento práctico en la vida cotidiana. Pero se resignan por satisfacer un gusto propio, y como carecen de local "ad hoc", viven incómodos, y lo saben. Es como el caso del bibliófilo, que llena de estantes todas las paredes de la casa, hasta las del comedor, porque sus libros, que tanto necesita y quiere, no le caben desgraciadamente en otra parte.

Y así se ve claro, por el modelo elegido que dentro del pasivo mimetismo hay una gratuita vanidad de conocedor analfabeto y una más gratuita y tan absurda pretensión a gusto personal y manía propia, sin que los protagonistas de la farsa se den cuenta de que muestran la hilacha por los bordes, sobre todo cuando, próximo al mueble joven de prematura vejez por vida perra, se ve la antipatiquísima figurita dura "de Carrara" y ¡líbreme Dios! el infame cuadro pseudoantiguo, obra de un pintamonas falsario, con más hambre que oficio, que es tan distinto del moderno, no por lo de la edad, sino por lo de mamarracho.

Perogrullo, sin embargo, daba reglas tan claras y precisas que es un dolor que la primera parte de su interesante manuscrito se perdiera en el incendio de la biblioteca de Alejandría y, la segunda, en el de la de Lovaina.

A raíz de su afirmación inicial, negaba terminantemente lo de bazar, de museo y de palacio porque esto era, decía textualmente: "como llamar puño a la mano abierta", sosteniendo, a renglón seguido que lo primero "como es lógico es ocuparse de la lógica", entendiendo por tal la adaptación al fin de su definición sintética.

Según él, la lógica o sea "la belleza de las matemáticas y de lo demás", como también le llamaba, obligan a una distribución general de la casa y a un amueblado particular de las piezas en forma tal que se entre y se salga por donde debe entrarse y salirse y se llegue a donde debe llegarse por donde debe llegarse. Lo que es claro como el agua.

Sentado así sólidamente este principio fundamental, entraba de lleno en los detalles y explicaba: El comedor, por ejemplo, es para comer y por su mesa, sus sillas, cristaleros y trinchantes, así como por el espacio necesario para el contenido material y humano y la libre circulación del fámulo, debe servir, no tanto para aviso gratis de la casa Firulete y Cía., cuanto para la adecuada y amena nutrición de los presentes.



La esposa. — ¡Si tú fueras bueno, Andrés!...
El esposo. — ¿Vestido o sombrero?

El escritorio es para escribir y para estudiar, si se quiere, aunque los que escriben no estudian, y requiere urgentemente una mesa distinta de la del comedor, bien iluminada y provista y una disposición de la biblioteca que permita el acceso al libro de consulta y su subsiguiente manoseo sin la intervención inmediata del departamento de investigaciones y pesquisas ni de acrobatismos peligrosos para el exquisito cuanto indispensable instrumento orgánico del presunto intelectual.

El dormitorio es para dormir—se comprende. Debe tener el cubicaje reglamentario, su gota de sol para que no entre el médico y los menos trastos y recovecos posibles. Es en él, especialmente, donde se pide por favor que no haya cuadros antiguos... de aquellos, a fin de prevenir la combinación del insomnio con la pesadilla y demás trastornos psicofisiológicos alucinantes.

"Et cœtera".

Con este latín cómodo y un punto redondo, como puede verse arriba, el autor, algo fatigado al parecer, terminaba en forma brusca la enumeración anterior. No hablaba aquí nada de arte, pero como si lo hablara. Quería decir, entre líneas, según los comentaristas de más frondosa inventiva, que esto de la lógica es ya de por sí belleza y, tal vez, la más esencial y profunda de los seres y las cosas, como lo prueba la fealdad evidente de todo lo que hay de ilógico en el mundo. Así, verbigracia, nos parece feo un hombre con un ojo en la nuca o con la boca cosida o con los pies en el sitio de las manos; un árbol con bigote y pera (exceptuando al peral); una mujer con voz de bajo profundo y un bajo profundo con voz de tenor, y no nos entusiasma hasta el delirio una sopera humeante, que está tan bien en la mesa del comedor, cuando la encontramos sobre el sofá de la sala, ni un par de zapatitos de baile, tan graciosos en los diminutos pies de una niña, cuando nos obligan a llevarlos colgados de la cadena del reloj.

"Dénme a mí una casa que sea, ante todo, una casa y un cortaplumas que sea, ante todo, cortalápices", exclamaba el eminente autor citado. Y tenía razón, porque siempre es agradable que le regalen a uno una casa con su correspondiente cortaplumas.

Del cortaplumas, Perogrullo pasaba a ocuparse de los cuadros, por explicable asociación de ideas. Y—es natural—el cuadro no era para comer ni para aprender historia, ni siquiera—en esto insistía con subrayados dobles—para adornar. El cuadro, si se trataba de figura, tenía una agradable acción éxcito-sedante, aunque parezca paradoja, sobre la usina subcalótica del pensamiento y hasta repercutía en el estómago por continuidad nerviosa, aumentando la secreción de jugo gástrico (peptogenia). Si se trataba de un paisaje de mucho color y mucho ambiente, que es como quien dice una ventana abierta al campo, cumplía, además de lo otro, casi una función respiratoria. De modo, pues, que lo de cuadro de comedor, de sala y de vestíbulo, que dicen las señoras, era pura conversación, y estaban mejor en sus fuentes respectivas, que enmarcados y en las paredes del comedor, las hortalizas y frutas y las martinetas y liebres colgadas de las patas, y mejor en las crónicas picantes de una época frívola y decadente, que en la sala, los príncipes pastorcitos que, por enamorar a las duquesitas al barniz Martín, descuidaban a las inocentes ovejitas.

En el último capítulo—"A través de la historia"—Perogrullo sostenía que todo hombre había vivido y debía vivir en su tiempo, por lo menos en su siglo, y en el lugar donde viviere, y citaba, en apoyo de su tesis, a los grandes maestros antiguos y contemporáneos, desde los anónimos trogloditas del reno, hasta los futuristas beligerantes.

Todo lo demás cae por su peso como la manzana que sorprendió Newton y la licorera que rompió el mucamo. La indirecta está clara. El autor nos quiere significar con sus interminables ejemplos, que bien pudo abreviar, que nosotros debemos ser argentinos (condición de lugar) del siglo XX (condición de tiempo) y no franceses del siglo XVIII ni otra cosa peor o mejor cualquiera.

"Y si no, no serás nada", como nos dijo San Martín cuando nos hizo lo que somos.

RODAR, RODAR SIEMPRE...

Por Julio FRANZOSO.

Para "Fray Mocho".

I

Contaba solamente treinta y cinco años, era rico, sin familia casi, y como ya principiaba a sentirse cansado del mundo, no hallaba placer más grande que viajar, viajar siempre, eternamente, no detenerse mucho tiempo en parte alguna, y vivir así, frente a paisajes nuevos y sintiendo el contacto de gentes desconocidas. Llamábase Roberto Casas y era grande de alma. Tenía para todas las cosas una frase justa, humana, como correspondía a quien vió mucha tierra y mucho mar. Su temperamento de bohemio infatigable le impulsaba fuertemente hacia países extraños donde otras gentes tenían diferentes maneras de vivir. Más aún, él llegaba hasta amar aquella su existencia, limpia de sentimientos complicados. Y en sus correteos interminables meditaba serenamente, sin que jamás el espectáculo de la vida y de los hombres alterase su serenidad interior.

II

Un día, en un lejano rincón del mundo, sintió un vuelco en su corazón y le parció que algo en sus adentros palpitaba de un modo desconocido, y sintió también como una agradable y delicada emoción turbaba su alma. ¿La causa? Muy sencilla: una mujer. Y para mayor felicidad aún, una mujer joven y hermosa, de ojos raros, grandes, verdes, como el mar. Sin embargo — pensaba él, — aquellos ojos debían de mirar de un modo inquietante frente a una traición... Hombre al fin, carne débil la suya, Roberto Casas no hizo nada por apartarse de ella, y como eran su pasión los viajes sentimentales a través de las almas, fué hacia ella atraído, llamado por el misterio de aquellos ojos. Entonces, puso en sus labios toda su juventud, que parecía renacer de improviso, y arrojó a sus plantas el mejor regalo: su vida...

No obstante, él sentía que allá, tras los ojos verdes como el mar, había un misterio que, por conocerlo, pagaría con un pedazo de su alma...

III

¡No! Era fatalmente necesario no ilusionarse. Estaban muy lejos aquellos años, casi perdidos en la memoria, en que las ilusiones éranle permitidas. Antes, cuando aún creía en la sinceridad de la vida, el encuentro con esa mujer hubiera sido su salvación, pero ahora... Ahora, ya estaba gastada su alma, un poco frío su espíritu, como todos los que viviendo apresuradamente derrocharon sin medida el oro de las alegrías. ¡No! Él poseía una "vieja juventud", una dolorosa experiencia y esto le molestaba enormemente ahora. Además, en su interior, luchaban su costumbre de rodar, de rodar siempre, contra el deseo aquel de quedarse allí, fijo, junto a la mujer querida. Aquello no fué más que un alto en el camino de su vida aventurera y nada más. Por lo tanto, otra vez esperaban a sus ojos panoramas nuevos, diferentes paisajes, novedades, absoluta novedad en todo, hasta en la forma de querer...

IV

Tuvo miedo al separarse de aquellos ojos verdes. Le pareció que llegaban a su alma con la frialdad de dos puñales. Se diría que así eran aún más bellos, pero mucho más peligrosos también. ¡Ah, el peligro de aquellos ojos! ¡No! ¡no! Antes que descorrer el velo del misterio que los embellecía era preferible rodar, rodar siempre...

. . . .

Luego, aquellos ojos verdes fueron los eternos compañeros de sus aventuras. Le siguieron fielmente a todas partes. Estaban clavados en su memoria y los veía reproducidos en otros rostros de mujeres, sobre otros ojos... Más de una vez, al creer encontrarse frente a ellos, sintió frío en el corazón...

ULTIMO ENSUEÑO

Argumento poético, escrito para una melodía de la compositora chilena, señora Elvira Pérez.

En sueños te digo: ¡ven!
y al no tenerte, amor mío,
siento tan grande el vacío,
como grande es tu desdén.
Pero humilde te repito,
hoy que tu voz ya no escucho,
que el haberte amado mucho
es mi único delito.

Y sufro porque también,
en mi callado albedrío,
mis labios yertos de frío
no se acercan a tu sien.
Y en mi angustia cruel y loca
son mis recuerdos despojos,
porque no beso tus ojos,
porque no beso tu boca...

Fué tu fragancia de rosa
la que me embriagó una tarde,
y hoy, ¡ingrata! haces alarde
de mirarme desdeñosa:
envuelta como en un tul
por aquel *kimono* lila,
como una *mousmé* tranquila
que mirase un lago azul...

Mientras yo con mi dolor
lloro una ilusión perdida,
y estoy triste cual mi vida
que está huérfana de amor.
Mientras yo ¡pobre de mí!
te adoraba en una estrella,
y suspiraba por ella
¡pensando que era por ti!

Ricardo H. [illegible]

El buen domesticador

I

Oh, dolor,
buen domesticador,
que en el rudo combate de la vida,
con tu tenacidad jamás vencida,
vas domando impertérrito las almas,
tornándolas más calmas,
pues cada corazón que se rebela,
a impulsos de tu látigo invencido,
—que es lección que fustiga y que consuela—
se entrega más sereno y ya rendido...

II

Oh, dolor,
buen domesticador,
compañero infaltable del camino,
forjador invencible del destino,
que en la marcha sin fin de la pelea
eres la recia voluntad, la idea
que todo lo ilumina
y a impulsos de su luz vibra y germina...

III

Yo no sé qué decirte, compañero.
Mil vientos encontrados, al velero
de mi vida azarosa,
surcando la marea procelosa
del mundo y sus pasiones,
hechos furia infernal de mil ciclones
despedazan el lienzo de su vela,
borrando del destino la áurea estela...

Y es así como vienes, buen dolor,
en la hora precisa del naufragio,
con tu voz de patriarca orientador
y el numen que deshace mi presagio,
a impulsar hacia bíblicas auroras
las ansias siderales de mis proras!...

IV

Oh, dolor,
buen domesticador,
gran señor del consuelo y de la pena,
mística floración de luz serena
que en la noche enlutada de la vida
refulges cual estrella bendecida...
No abandones la cruz de mi Sendero;
sé corona, sé espina, sé madero
de mi largo calvario:
el mundo es un estuario,
y aquel que no lo cruza, en él perece!...

V

¡Mas mi fe se abrillanta y por ti crece!...
¿Por qué debo temer si estás conmigo?...
De los mares del mundo eres mi abrigo;
y si tengo en la noche un fiel lucero,
lo debo sólo a ti, mi compañero...
Bienvenido por siempre, buen dolor;
que en la hora precisa del naufragio,
con tu voz de patriarca orientador
y el numen que deshace mi presagio,
impulsas hacia bíblicas auroras
las ansias siderales de mis proras!

Ricardo Tudela

Mendoza, 1924.

CESENA

por el conde de Gobineau

(Traducción de SARA FABREGAT)

En una casa de la villa.—Una habitación que sirve de retiro.—Don César Borgia ante una mesa con despachos y cartas.

El duque (en alta voz).—¡Haz entrar al señor Machiavelo! ¡Sed bienvenido, Mesir Nicolás! ¿Qué novedades hay de Florencia?

Machiavelo.—Nada de bueno, Monseñor.

El duque.—Me alegro. ¿Estáis fatigado de vuestro viaje, ó preferís decirme en seguida el objeto de vuestra misión? ¡Tengo algunos asuntos de importancia que me obligan a no perder tiempo.

Machiavelo.—Con permiso de vuèstra alteza, expondré el objeto de mi misión.

El duque.—Os escucho.

Machiavelo.—Monseñor, mientras estuvisteis en Milán después que el rey Luis...

El duque.—Debo deciros, además, que la caridad que me habían prestado de ese lado ha desaparecido como niebla ante mis explicaciones.

Machiavelo.—Sin embargo, vuestra alteza había dejado en sus estados tropas escogidas para asegurar el buen orden, y esas tropas eran mandadas por capitanes de gran reputación.

El duque.—Es un punto muy importante el de confiar el poder militar a buenas manos.

Machiavelo.—Desgraciadamente, estos no son tan fieles como hábiles. Acosados por el temor de veros muy elevado y de no tener que respetar más que a vos, vuestros jefes de guerra han hecho llegar a nuestra señoría la nueva de que aliados a Juan Bentivoglio de Bologne, a Pandolfo de Siena y a otros señores desterrados, han resuelto volver sus armas contra vos. Nos piden nuestra alianza, ofreciéndonos remitir los territorios y las villas que nosotros deseemos designar.

El duque.—Vuestra presencia aquí, Mesir Nicolás, me demuestra suficientemente que la sabiduría de los florentinos no cae en trampas tan groseras. Además, la buena fe de los Orsini y de la casa Vitelli os és bastante conocida.

Machiavelo.—Estoy encargado de aseguraros, Alteza, que la república no tiene la costumbre de traicionar a sus aliadcs; está llena de respeto para la Santa Silla Apostólica y podéis contar con ella. Además, espera que vos no os prestaréis a ninguna proposición que venga de los venecianos.

El duque.—Ese es un punto delicado del que hablaremos con más comodidad. Nada nos apura. Pero, entre nosotros, Mesir Nicolás, entre nosotros, puede mostrarse más indiscreción, más fanfarronería, sumergida en tan gran cantidad de salsa de necedad que supere a mis condotieros. ¡Atacarme a mí!... Y ellos no han reflexionado siquiera que eso era ofender al Papa, insultar a Luis, meterse sobre el brazo de los alemanes, con quienes estoy tan bien, que no se puede estar mejor! ¡Me repiten que los aragoneses me quieren mal! ¡Yo dejo creer, Machiavelo, yo dejo creer!... Esos pobres soldadones sublevados se han imaginado, los desgraciados niños, que políticos consumados como vosotros iban a encerrarse con ellos en el terrible atolladero en que ellos se han aventurado, todo por recibir algunos miserables lugares imposibles de conservar! ¡Francamente, eso es hacer el ridículo con exceso, nada más! Esta sublevación es tan impotente que, os lo confieso, no he creído jamás, ni un instante, encontrarme en el menor peligro!

Machiavelo.—La Señoría no ha considerado las cosas como Vuestra Alteza. Ella ha visto que estaréis sin tropas en lo sucesivo; que vuestros capitanes, al retirarse de vuestro lado, dejan a un hombre desarmado, de hecho todo desarmado; que los pueblos que os pertenecen desde hace poco más de un mes, os abandonan sin ninguna pena, y hasta, en ciertos lugares, con una alegría afligente. Los franceses os rinden sus buenas gracias, me lo habéis dicho, lo creo, y tanto más, que he visto alrededor de aquí tropas de esa nación marchando con las vuestras. La Santidad del Papa no os hará tampoco falta, es bastante probable, y sin embargo ella os hizo fuerte para defenderos en Roma contra las revueltas de las casas Vitelli y Orsini. Creéis estar bien con los alemanes y hasta con los aragoneses; eso es, en todo caso, muy nuevo, y nosotros tenemos motivos para no ser de vuestro parecer. Y oidme, Monseñor, si por una suposición, vuestros capitanes, en lugar de perder su tiempo en parlamentar en el país de Perusa, en razonar, contrarrazonar y desrazonar; si Pagolo, Vitellozzo, Oliverotto, los Gravina, los Petrucchi, los Bagioni y los otros se han amparado, simplemente, de vuestra persona mientras que estabais solo, despojado, sorprendido en Imola, no se comprende cómo habríais escapado de intrigas, Es, entonces, que han pensado en Florencia, y por esta razón han supuesto que nuestro socorro no sería inoportuno; pero si la amistad de mis magníficos señores ha seguido una falsa ruta, y eso os inquieta demasiado, vos debéis excusarlos por la intención.

El duque.—¡Hablaremos con el corazón en la mano! Nada podía serme más agradable que vuestra venida, y vos agradeceréis a los que os han enviado. Yo no estuve el otro día en Imola, tan apurado como parecéis creerlo. Tenía, creedme, más de una cuerda en mi arco! Conocía no sólo medios de salvación, sino certidumbres de triunfo! Sin embargo, la situación, no lo negaré, era diferente en algunos puntos, que la que yo había deseado. Todo ha cambiado en lo sucesivo. El árbitro, el dueño, soy yo! ¿Quréis que fracase mi proyecto? Hacedlo ejecutar por una coalición de hombres; no es suficiente la concentración de voluntad de uno solo para producir esta cosa difícil, una acción. Si muchos de ellos se han puesto a tramar contra mí; pero tengo la ventaja sobre ellos de no ser más que yo para determinar mi defensa. Héme aquí a la cabeza de una fuerte caballería italiana que me ha dejado el tiempo de recoger quinientas lanzas francesas que me he tenido tiempo de llamar, y, ló que es mucho más precioso, con la amistad de los florentinos, que estaba á punto de terminar. Vos no me salváis, sin duda, pero me servís muy a propósito.

Machiavelo.—La magnífica Señoría encontrará el castigo de los perjuros muy merecido, por severo que pueda ser.

El duque.—No es cuestión de nada semejante. En ciertos casos, la dulzura se impone. No es que haya escrúpulo de castigar traidores y asesinos notorios como Vitellozzo y Oliverotto: Italia está ensangrentada con sus crímenes. Sin embargo, tengo las intenciones más conciliadoras... ¡Bautista!... ¡Bien!... Conduzca al señor secretario a mi cámara. Que le den buen alojamiento y todo lo que desee. Mesir Nicolás es mi amigo particular.

Bautista.—Sí, Alteza.

Machiavelo.—Estoy confundido con tantas bondades, Monseñor.

El duque.—Adiós.

"Colón. En el día de la Raza"

Así se titula el canto escolar que, con motivo de la gloriosa efemérides del día 12 de octubre, ha compuesto el profesor de escuelas normales y primarias, don J. Serpentini, con letra perteneciente al señor Julio F. Picarel.

Trátase de una inspirada composición destinada a los alumnos de las escuelas, donde con inspiradas estrofas y bellos motivos musicales, se enaltece la maravillosa epopeya de las carabelas hispanas.

SECCION VERMOUTH

UNA BUENA DIPUTADA

—Yo creo que mi esposa haría un buen miembro del Parlamento.

—¿Por qué?

—Porque no hace más que hablar y hacer proyectos para que yo gaste plata.

EL NÚMERO EXACTO

—¿Cuántas veces voy a tener que decirte que dejes de hacer ese barullo?

—¡Ocho!—exclama el chico después de pensar un rato.

BASTABA CON LA APARIENCIA

—¿Acaso no manda usted en su casa?

—No. Pero mi mujer, me hace creer que sí.

ERA FRANCA

—Inés. Esta pieza está muy sucia. ¿Es que no la barre usted.

—Sí, señora. Algunas veces.

EL MARIDO IDEAL

El marido ideal es aquel con quien toda mujer debió haberse casado, pero nunca con el que tiene.

UNA PREGUNTA

—Querida mía. Jamás te he visto ese collar, que, por otra parte nó te he regalado... ¿Quieres decirme de dónde proceden esas perlas?

—Estas perlas, querido esposo, proceden como todas... de las ostras.

POCO TACTO

—Permítame que recuerde...—dice la soltarona al caballero a quien la presentan en una reunión.—Tengo la seguridad de haberlo visto en otra parte... ¿Acaso fuimos juntos a la escuela?...

—Claro que sí... Usted ha sido mi maestra...

AÑO PERDIDO

—¿Cuántos años tienes, Panchito?

—Seis... Pero tendría siete si no me hubiera pasado todo el año último enfermo en la cama.

NO HABÍA IDO A ESO

—¡Pero cómo ha venido a caerse aquí al agua?—exclama el lanchero, después de salvar al que se estaba ahogando.

—No. Si yo no he venido aquí para caerme al agua. Yo vine sólo à pescar.

DISCO NUEVO

—¿Cómo quiere que le corte el pelo, señor?

—Sin hablarme una palabra del vuelo de Zanni.

SEMEJANZA

—¿En qué se parece un autor teatral a un delincuente?

—En que después de realizado el acto esperan la sentencia.

ASÍ, NO JUGABA

—Le apuesto una caja de cigarros contra una de bombones, a que me quedo soltera.

—De acuerdo. Va apostada.

—¿Habla usted en serio, Juan?... Bueno, entonces, no la apuesto.

TENÍA POR QUÉ

—López, le ha quedado muy agradecido por haberle prestado esos cincuenta pesos.

—Ya lo creo. Me los pidió para mandar a su esposa y su suegra a pasar un mes en el campo.

MODOS DE VER

El profesor.—Como éxito, reconocerá que ha sufrido usted un fracaso.

El alumno.—Pero no me negará que como fracaso, ha sido un éxito.

BASTANTE CASTIGO TENÍA

El ladrón.—¿Dónde está su esposo?

La mujer (temblando).—Escondido debajo de la cama.

El ladrón.—Entonces no me llevo nada. Bastante pena tiene usted con tener un marido tan cobarde, para que yo le robe encima.

ASÍ NO GASTABA TANTO

—¡Pero qué moda es esa de tener libreta en cuatro almacenes?

—Lo hago porque así no es tan grande la cuenta a fin de mes.

DECÍA LA VERDAD

Un comerciante había anunciado que necesitaba un muchacho, y se presenta uno.

—¿Te gusta trabajar?—le pregunta.

—No, señor,—responde el muchacho.

—Entonces, para ti es el empleo.

UN PIE EN EL SEPULCRO

Por ROBERT FRANCHEVILLE

Al salir del hospital, tres semanas después del accidente de motocicleta de que fué víctima, Neptuno Polayou regresaba a su casa cojeando cuando se encontró con una báscula automática que le decía imperiosamente:

—¿Dónde va usted, caballero? ¿No sabe usted que quien se pesa a menudo se conoce, y quien se conoce disfruta de buena salud?

—Es verdad, no me acordaba—exclamó Neptuno deteniéndose.—Me conviene pesarme para estar seguro de que mis heridas no me han hecho adelgazar demasiado... porque adelgazar es envejecer.

—Echó diez céntimos por la ranura de la báscula y aguardó su veredicto.

—¡Demonio!—dijo, palideciendo, al ver la cifra donde se detenía la aguja.—¿Cuánto peso he perdido?

En lugar de los setenta y dos kilos de antes, pesaba ahora solamente cincuenta y ocho. Había, pues, perdido catorce kilos en tres semanas. ¡Era espantoso!

Para esclarecer sus dudas se pesó en otras básculas más científicas. Todas respondieron lo mismo.

—No hay error, amigo mío. Has perdido catorce kilos.

Y se metió en su casa lleno de angustia.

—Tengo que recuperar lo perdido; si no, soy hombre perdido.

Desde entonces inició un régimen de superalimentación gargantuesco. Se atracó de huevos crudos, de carne de vaca chorreando sangre, de mariscos, de todo cuanto podía caber en estómago humano. Pero cada vez que se pesaba comprobaba la inutilidad de sus esfuerzos. Siempre tenía en su peso el mismo déficit: catorce kilos. A veces la falta era de catorce kilos y medio.

Desesperado entonces al ver que caminaba vertiginosamente hacia una tisis galopante, se encaminó a casa del doctor Babue, el eminente cirujano que le había operado y asistido en el hospital.

—¡Hombre, tú aquí!—le dijo el médico.—¿Qué te ocurre que traes esa cara tan triste?

—¡Doctor!—gimió el desgraciado.—Estoy gravísimamente enfermo. He perdido catorce kilos de peso y no puedo recuperarlos. No sé qué puedo tenér para adelgazar de este modo, pero el caso es que estoy con un pie en el sepulcro.

—¿Un pie en el sepulcro? ¡Naturalmente! El pie izquierdo. El que tenías en la pierna que tuve que amputarte cuando te atropelló la motocicleta. ¡Ahí tienes los catorce kilos que te faltan, animal! ¡Anda, vete de aquí!

—¡Pues es verdad!—exclamó Neptuno, dándose una palmada en la frente.—¡Y no habérseme ocurrido una cosa tan sencilla!... ¡Pero hay que ver lo que son estos médicos! ¡No hacen más que vernos y en seguida saben lo que uno tiene!

Eres el primero que ha venido a ofrecerse y no me ha dicho una mentira.

PRUEBA EVIDENTE

—¿No has observado, Adela, que la ausencia aumenta el cariño?

—Cierto. Desde que se fué Emilio, quiero más a Luis.

UN CONSEJO APROVECHADO

—¡Y para pedirme veinte centavos de bicarbonato me despierta a las 3 de la madrugada?—exclama el boticario malhumorado.—Con haber bebido un vaso de agua caliente el resultado hubiera sido el mismo...

—¿De veras? Entonces no se moleste en abrir... ¡Buenas noches! Y se fué el tipo.

UNA CABEZA DURA

—Mamá. Guillermito me ha roto la muñeca.

—¿Cómo ha sido eso, querida?

—Porque yo le pegué en la cabeza con ella.

GEDEONADA

La mujer de Gedeón ha ido al teatro y a su regreso pregunta el insigne bobo:

—¿Qué tal el estreno?

—¡Magnífico! ¡El drama es muy hermoso, pero muy triste! ¡Muere mucha gente al final!

—Me lo he figurado cuando esta tarde he visto llevar varias coronas al teatro.

EXPLICACION

—Una vez me encontré con un león —dijo un explorador africano.— Como no tenía armas de ninguna clase, apelé a un recurso supremo: Me senté y lo miré fijamente.

—¿Y...?—preguntó la compañera, ansiosa.

—Me fué perfectamente. El león no se movió siquiera para tocarme.

—¡Qué raro! ¿Y por qué habrá sido?

¡Jem...—repuso el explorador. — Ahí verá usted... A veces me inclino a creer que fué porque me senté en una rama de un árbol muy alto.

LA ELECCION NO ERA DUDOSA

—Puedo dejarle el perro en cien pesos.

—Yo me lo llevaría; pero temo que mi marido se enfade.

—No se apure; es más fácil que encuentre usted un marido que un perro como éste.

NO HABIA PELIGRO

—¿Dónde es el fuego?

—En la lechería.

—Entonces no hay cuidado. Sobra agua.

DEDUCCION FEMENINA

—¿Y por qué dices que a Alicia le hacen gracia las feas?

—Porque siempre que se mira al espejo se sonríe.

EL MEJOR SISTEMA

—María, siento mucho que mi señora tenga que estar regañándole a usted a cada momento.

—El señor es muy bueno; pero no debe preocuparse por eso. Haga lo que yo: no hacerle caso.

NO HABIA DUDA

La señora gruesa.—¿Y usted cree que estos paseos a caballo hacen adelgazar?

El lacayo.—Desde luego. Es la segunda vez que montamos y el caballo de la señora ya está más flaco.



GUERRA GUARANITICA

POR VICTOR ARREGUINE

El artículo que transcribimos a continuación, pertenece al libro "Los Orientales. Tierra salvaje", recientemente editado; y al reproducirlo en nuestras páginas, creemos oportuno entresacar del prólogo del citado volumen, las siguientes palabras que Julio Piquet, dedicara el malogrado escritor uruguayo: "El talento de Arreguine ha llegado a la espléndida madurez que prometía, llamando la atención en sus trabajos tanto la profundidad como el brillo de sus conceptos. Si es verdad que el rasgo que caracteriza a las grandes obras literarias, de toda índole, es el número de aforismos que las esmalta, "Los Orientales" merece considerarse entre aquellas producciones, pues, a cada instante, se encuentran en su lectura esas breves condensaciones de pensamiento, de que sólo son capaces los cerebros privilegiados".

Las cuestiones coloniales dijéranse resueltas por el tratado de Madrid (1): los portugueses devolvían a España la Colonia, en permuta de parte de la América del Sud. El límite en el Plata arrancaría de Castillos Grandes, siguiendo la orilla oriental del lago Merim, y más al Norte las altas cimas de las sierras; las Misiones orientales, con "los siete pueblos" (2), pasaban a ser portuguesas. Una cláusula del convenio obligaba a las dos coronas a auxiliarse en el caso de resistir las poblaciones el nuevo señorío. Para hacer cumplir lo pactado por su rey D. Fernando VI, vino al Plata el marqués de Valdelirios. Aquí lo abordaron los jesuítas y el gobernador de Buenos Aires, Andonaegui, para que no pusiese por obra las instrucciones que traía, antes de que el rey se expidiese en un pedido de revisión del tratado, con cuyo cumplimiento, añadieron, España perdería su comercio mediterráneo, sin contar la sublevación de los indios echados de sus tierras.

El marqués, hombre conciliador, convocó junta de personas notables, y entre ellas el provincial de los jesuítas, deseosos de ganar tiempo y estarse a posibles cambios en el cuadrante de los vientos políticos; cambios que sobrevendrían barriéndolos al tratado y a ellos. La junta en cuestión se dilató con trabas y más trabas de los representantes de la Compañía y sin mayor impaciencia de los lusitanos, que nada perdían con retener la ciudad del contrabando; pero al fin, el marqués, sabiendo que en las Misiones se incitaba desde el púlpito a los indígenas a no aceptar las tierras que se les cedían al Oeste del Uruguay y a la resistencia armada y que se levantaban ejércitos, declaró su decisión de cumplir sin más dilaciones el tratado.

Mediaba 1752. Al pie de Castillos Grandes, unidos departían los comisionados de las naciones contratantes. Iniciada la demarcación, graves contratiempos salieron al paso de las comisiones, no siendo el menor el alzamiento de los indios de Santa Tecla, ante cuya actitud las partidas demarcadoras huyeron.

Valdelirios, autorizado para llevar la guerra a Misiones, apeló, con intenciones pacifistas, a la oratoria sacerdotal (3). Inútil expediente por cuanto las resoluciones reales, leídas en los púlpitos del dilatado territorio, acabaron por ser arrebatadas y quemadas en público, y el último lector y predicador por poco fué echado al río.

Habiendo, pues, estallado la lucha, movida por la mano de la Compañía, que nada hacían los indios espontáneamente, fuerza era aceptarla, debiendo pelear españoles y portugueses, los unos al lado de los otros.

Lejos de toda perturbadora influencia, lejos mismo del mundo, como en solitario asteroide, en la isla de Martín García, juntáronse entonces el comisionado de Portugal, Gómez Freire, el marqués español y el Capitán General Andonaegui, acordando el plan de campaña. El gobernador de Buenos Aires, con 1200 soldados, atacaría a San Nicolás, y Gómez Freire, general a lo Cicerón, haría lo propio con Santo Angel. La campaña empezó, mas por lo malo de los tiempos, a la altura de Casupá, ¡salve rientes colinas! vióse Andonaegui impedido de seguir e incomunicado en medio del campo, mientras las bestias se le morían entre el lodo (4). En esa situación envió 6 hombres a Yapeyú, en demanda de cabalgaduras con que pudiera salir de la soledad y del invierno; mas, los yapeyuanos, aunque su aldea no estaba comprendida en la permuta, haciendo causa común con los otros pueblos, mataron a los comisionados, excepto uno que pudo traer al campamento la nueva destinada a encender en ira el alma cruel y fogosa del gobernador de Buenos Aires.

Los generales de la alianza no se entendían, con lo cual ni la campaña prosperaba ni las tropas respetaban a sus jefes, siendo así que por habérseles vuelto a sus pagos los correntinos y santafesinos, quedó el español reducido a 600 plazas, clavado a orillas del río Negro.

Aquí, junta de guerra, bajo las arboledas sombrías. D. Joaquín de Viana (5), recién llegado al ejército y ya muy prestigioso en sus filas, hombre de dulces palabras y recio corazón, está por el avance, y así se resuelve, pero antes es menester engrosar las fuerzas, para lo cual se reclutan nuevos soldados.

Entre tanto, los portugueses no podían vanagloriarse frente a Santo Angel y hubieron de pedir tregua, ofreciendo mentirosamente a los indios la reconsideración del tratado, mientras mandaban chasque tras chasque al español. Andonaegui, que estaba enfermo a orillas del Daymán, hasta donde penosamente avanzara, hácese conducir hacia el Norte, en hamacas, seguido de sus tropas. Un año entero se pasó en escaramuzas, sorpresas y combates antes que los aliados llegasen al centro de la resistencia indiana. Ya cerca de él, capturaron a un escucha y en el suplicio le hicieron declarar la posición de los campamentos, y en particular el del cacique Ñanguirú (6), Nicolás I, emperador de las Misiones, coronado por los jesuítas, según la leyenda.

A medida que avanzaban los aliados — unos 3.000 — iban hallando las señales del suicidio colectivo: campos arrasados, chozas reducidas a escombros, selvas carcomidas por el fuego. El 30 de enero (7), el capitán general presentóse con sus grandes aires en una aldea india, y como le preguntaran con qué autoridad entraba en aquellas tierras.—¡Con la autoridad del rey! respondió el soldado. A lo cual los indígenas le observaron que el suelo era de ellos y Dios se lo había dado.

Entre Santa Tecla y Batoví, hallábase Shepé, uno de los más famosos caudillos. Sale a su encuentro Viana con 300 soldados y habiendo matado, personalmente, de un tiro al cacique, que estaba a caballo, dispersa a sus amarillentos guerreros.

El grueso de las fuerzas indianas—de 1700 a 2000 indígenas—se atrincheraba en Caaybaté, alto y escarpado cerro. Allá marcharon los aliados, y los míseros indios, en cuanto vieron los estandartes, solicitaron tregua y acaso dijeron que estaban prontos a la obediencia. El español contesta al cacique Nicolás Ñanguirú que en el espacio de una hora abandonen sus posiciones y vuelvan a sus pueblos, sin armas, tropas, caciques, corregidores, curas, si no quieren ser pasados a cuchillo. Los tapes, sin sí ni no, según los cronistas y los vencedores, se refuerzan y aperciben a la lucha. Mas, por imposición de Viana, los blancos se arrojan sobre ellos. Los indios se dejan matar como ratas; conocen ahora cuán terriblemente verídica era la amenaza del soldado y reciben, en montón, en un claro día de febrero del año de gracia de 1756, sepultura al pie de sus mismas trincheras. Batalla apellidaron los cronistas a esta degollina, en la cual perecieron de una parte de 1200 a 1300 amarillentas criaturas y 4 soldados de la otra.

Andonaegui proclamaba de antes "el bautismo de sangre".

¿Qué extraño, pues, que secundado por Viana y por los portugueses, resueltos a todo, no escatimara el extremo rigor?

En Caaybaté terminó la guerra.

San Miguel fué incendiado por sus moradores y San Lorenzo, que no quiso oír las cartas dirigidas por el capitán general a los pueblos, invitándoles a rendirse, fué batido y subyugado por Viana.

Al regresar al Sud, los vencedores vinieron encontrando amenazas de muerte, ya en cartas fijadas en postes, a la vera de los caminos, ya escritas con carbón o jugo de plantas en cueros de vacuno estaqueados en medio del campo.

La campaña fué de tan manifiesta impopularidad que al saberse la sustitución del gobernador de Buenos Aires por el general Pedro de Ceballos (8), en quien se veía la promesa de una política opuesta a la de los últimos años, el regocijo fué tal que no parecía sino que la felicidad inauguraba su reinado en el Plata.

(1) 1750.
(2) Santo Angel, San Francisco de Borja, San Juan, San Lorenzo, San Luis, San Miguel y San Nicolás. La población de estas aldeas y sus territorios pasaba de 30.000 habitantes.
(3) No jesuítica, por cierto, pues los de la Compañía habían sido separados de los siete pueblos.

(4) Fué para él no pequeña suerte que los charrúas acabasen de invadir el Brasil, llevando el terror hasta más allá de San Pablo.
(5) Coronel de los reales ejércitos y primer gobernador de Montevideo. Al llegar al país lo había hallado en alarma por la revuelta de los charrúas a quienes derrotó en dos sorpresas, gracias a que, en el suplicio, un indígena reveló el paradero de las tribus.
Montevideo, elevada a gobernación desde el 2 de diciembre de 1750, dependía, en lo militar, del gobernador de Buenos Aires.
(6) De tres modos: Nanguirú, Ñanguirú y Neenguirú, háse escrito el nombre de este cacique.
(7) 1756.
(8) Esta designación (1756) fué obra de los ministros de Fernando VI, caído en la demencia.

EL NAUFRAGIO DEL MANAIA

Horas de angustia pasadas por seis amigos que fueron a pescar

Un sábado del mes de junio del 1913 — salió de la isla de Limestone (Nueva Zelanda), la lancha automóvil Manaia, tripulada por unos amigos que se proponían pasar el domingo pescando entre los arrecifes del grupo de islas llamado, la "Gallina y los pollos".

Esas islas no son otra cosa que unas rocas destacadas de la tierra y más allá de las cuales las olas ruedan sin obstáculos hacia el Cabo de Hornos.

Los amigos eran, Fitz Gibbon, administrador de correos de Limestone, y autor de este retrato, Prince, Colthart, Rhodes, Lipton y Hewlett, propietario de la lancha.

En invierno, es una locura acercarse a Los Pollos—comienza el autor del relato—pero el barómetro anunciaba buen tiempo y llevábamos tres semanas de calma y sol. Zarpamos al amanecer y a las nueve de la mañana echamos el ancla a un cuarto de milla del Pollo Exterior y nos pusimos a pescar con gran suerte. El mar estaba como una balsa de aceite y a las cuatro de la tarde, cuando ya teníamos a bordo una buena cantidad de pesca, el capitán dió orden de levar el ancla, porque a las nueve de la noche habíamos de asistir a un banquete en honor del presidente del Consejo de ministros del dominio, que había llegado a Limestone en viaje oficial. Lipton y yo, nos fuimos a hacer la maniobra, pero, apenas habíamos levado el ancla se levantó bruscamente un fortísimo viento del oeste.

Hewlett estaba en la máquina, pero aún cuando se trataba de un excelente motor de trece caballos, que jamás sufría entorpecimientos, aquel día quiso nuestra desgracia que se negase rotundamente a funcionar, y faltándonos la máquina estábamos en completo desamparo.

En un minuto las lentas ondas marinas se habían convertido en furiosas olas, que nos empujaban furiosamente hacia los acantilados del norte de la isla, de tal suerte que siguiendo la misma marcha no tardaríamos en vernos pulverizados entre las rocas.

Cuando vimos que el motor no funcionaba, volvimos a soltar el ancla, pero no agarraba en el fondo rocoso del mar. Ya estábamos casi debajo de los acantilados y parecía que no había esperanza. De pronto el ancla prendió y nos detuvo un segundo, sólo un segundo, porque en seguida volvió a soltarse, pero el tirón que sufrió la embarcación hizo que al descender cayese sobre la roca por la parte de proa en lugar de hacerlo por el centro, lo cual hubiera sido la muerte para todos al partirse la lancha.

Sin embargo el choque fué tan violento que a los tres que estábamos sobre cubierta nos arrojó por la borda como monigotes.

Ya en el agua, a causa de las olas, no podía ver a mis compañeros Lipton y Colthart, porque con mucha mar no es fácil ver nada por buen nadador que se sea.

Una ola gigantesca me arrojó, me dió inconsciente a un borde de roca donde me sentí tomado por el cuello y arrastrado hacia tierra.

Mi salvador era Lipton que había llegado a las rocas un minuto antes. ¿Pero dónde estaba Colthart? Siendo, como era, un buen nadador debía haber llegado antes que nosotros? ¿Habría recibido algún golpe y se habría ido a fondo? Un instante después lo vimos en lo alto de una ola flotando con la cara hacia abajo y, evidentemente, ahogándose.

Lipton se quitó el jersey y yo me descalcé para intentar el salvamento, cuando entre el ruido del mar y del viento sentimos un grito. La lancha seguía a flote. Hewlett había tomado un salvavidas y se arrojaba al agua.

Luchando contra la espuma se abría camino hacia el compañero que se ahogaba y le ponía el salvavidas. Cómo lo consiguió era una maravilla, pero lo cierto fué que salvador y salvado nadaban hacia la orilla contra viento y marea.

Las olas jugaban con los dos hombres brutalmente, pero Hewlett no soltaba a su compañero.

Lipton y yo nos situamos en el borde de la roca para ayudarles a tomar tierra, aún cuando era imposible precisar en qué punto ocurriría eso. Los dos hombres llegaron en lo alto de una ola.

Hewlett llevaba puesto un brazo en torno a la cabeza de su compañero y al chocar contra las rocas se le quedó sin piel la mano, mas gracias a esa protección no quedó Colthart con la cabeza machacada. Fué una admirable prueba de serenidad, intrepidez y altruísmo.

Respirando débilmente, Colthart cayó como un tronco en la roca. El golpe sufrido al caer por la borda le había quitado el conocimiento y le causó una extensa herida en la cabeza.

La lancha se estaba hundiendo. Veíamos a Rhodes haciendo funcionar la bomba de achique. Ni él, ni Prince sabían nadar y sin duda preferían aguardar su fin a bordo y no buscarlo entre las agitadas aguas.

De pronto sonó un grito a mi lado. La lancha estaba a merced de las olas, Rhodes y Prince permanecían echados boca abajo y bien agarrados al techo de la cámara, mientras la embarcación tomada por un remolino venía hacia el sitio donde nos hallábamos nosotros.

Rhodes y Prince, aprovechando un momento propicio saltaron a tierra donde los recibimos tendiéndoles los brazos. Mientras tanto sonó un chasquido y la Manaia quedó reducida a fragmentos.

La saliente de la roca donde nos hallábamos iba quedando cubierta por las aguas. Diez metros más arriba, una falla de la roca formaba una especie de hornacina donde podríamos sentarnos y estar algo más cómodos si lográbamos llegar a ella.

La noche se venía encima y como no había luna decidimos hacer el intento en seguida. Apenas sé cómo pudimos subir. Fué una especie de pesadilla.

El refugio era estrechísimo, pero ni aún de día hubiéramos podido llegar más arriba. Pero allí, por lo menos, no nos alcanzaban las olas.

Muy apretados, uno contra otro, para darnos calor y teniendo en el centro al pobre Colthart aguardamos a que transcurriesen las interminables horas de la noche.

Ya cerca del amanecer recobró Colthart el conocimiento. Le habíamos creído muerto por lo cual no hay que decir la alegría que experimentamos. Se nos había quitado el hambre, pero la sed era angustiosa. El aire parecía saturado de sal y cada bocanada que aspirábamos era una nueva tortura.

En cuanto amaneció resolvimos buscar otro sitio más resguardado, aprovechando la baja mar que dejó caminos practicables entre las rocas.

El temporal había amainado y por la tarde vino a recogernos un vaporcito tripulado por amigos, quienes al notar nuestra prolongada ausencia salieron en nuestra busca.

LA ELEGIA DEL CANARIO

Hubo un poeta bonachón a quien se le murió un canario-flauta que tenía en gran estima. Reinaba María Antonieta, la Venus austriaca, cuando acaeció este grave suceso en la vida mansa de nuestro poeta. Vivía en un barrio apartado de París, y decidió encerrarse en su casa para componer una sentida elegía en memoria de su canario.

Fué una pieza poética bastante extensa. Cinceló primorosamente las rimas, hizo toda suerte de retóricos malabarismos con las palabras y, al cabo de seis meses de trabajo, puso su firma al final de las múltiples hileras de renglones cortos. El poeta respiró satisfecho; su canario estaba llorado poéticamente.

Durante su aislamiento se desarrollaron los más sangrientos episodios del "Terror".

El poeta, que no se había enterado de nada, llevó al "Mercurio" la elegía del canario, creyéndola de gran interés poético, cuando a diario centenares de cabezas humanas caían en el cesto de Maese Guillotín.

A mí me sucede un poco lo que a este poeta. En los cuatro años de la guerra he estado muy distraído haciendo elegías a los canarios-flautas, y no me he enterado de nada. Sabía que la muerte y el diablo se folgaban copiosamente al calor de la hoguera del mundo, y que se estaba escribiendo la página más abominable para la historia de la locura de la humanidad.

Realmente, las agencias telegráficas hubieran contribuido a mi confusión; los aliados y los imperiales obtenían idéntica victoria en la misma batalla, según las conveniencias subterráneas de las fuentes informativas que llegaban a calmar mi curiosidad. Esta era una broma demasiado pesada. Decidí, pues, dedicarme a la filosofía donde la materia se desborda, falta de la mónada directriz.

Las testas coronadas tienen trágicas pesadillas en las doradas alcobas de sus palacios. A nuestro rincón llegan salpicaduras de la putrefacción mundial, y se plasman los odios violentos en esta hora que debiera ser de la piedad universal.

Más allá del tiempo y del espacio, Shakespeare, Goethe y Hugo se funden amorosamente a la serena y dorada luz del Elíseo.

Son la eternidad del genio humano sobre las divisiones geográficas, sobre los crímenes de los ejércitos, sobre los rojos odios de esta hora siniestra de la historia.

El poeta que escribió la elegía del canario, durante el "Terror", fué superior a sus contemporáneos; su pluma no se manchó con el fango del odio, ni sus manos con la sangre fraterna.

Emilio CARRERE.

PUCHITOS

El verdadero granizo cae sólo en verano, y cuanto más calor hace más grandes son las piedras.

* * *

La lana de los conejos de Angora, debidamente limpia y peinada, vale 40 chelines la libra.

* * *

Los pescadores de St Ives, Cornwall, juegan a las bolitas, en sus ratos de ocio, y tienen tanta habilidad para ello como los chicos que van a la escuela.

* * *

Avisos colocados en las estampillas de correos de Inglaterra, produjeron durante el pasado año fiscal, una renta de 427 libras esterlinas por semana.

* * *

A los árboles productores de la quinina se debe la salvación de muchos millones de seres.

* * *

Antes del reinado de Enrique VIII, los vidrios en las ventanas de las casas particulares, eran muy raros. Sólo se colocaban en las iglesias y en la vivienda de los potentados.

* * *

En una de las joyerías de West End, en Londres, se ha ofrecido recientemente en venta un kilo de perlas cuyo valor es de 250.000 libras esterlinas.

* * *

En Londres se habilitan durante la estación de verano, 80 sitios destinados al juego de los niños al aire libre. De esta manera se evita que se reúnan en las calles.

* * *

Están de moda zapatos de colores brillantes con pinturas hechas a mano. Los tacones son muy finos y muy altos.

* * *

Lord Harris, que cuenta ahora 74 años de edad, tomó parte en un reciente match de cricket y ocupó uno de los primeros puestos. En uno de los tiros pegó tan fuerte que rompió su pala.

* * *

Todos los hombres y mujeres de más de cuarenta años de edad, deben visitar al médico por lo menos una vez cada seis meses, para someterse a un examen. Así afirma una eminencia médica de Francia.

* * *

En algunos grandes establecimientos comerciales de Estados Unidos se facilita a las clientes, unos cochecitos para los nenes. Una encargada tiene cuidado de los pequeños, que para ser reconocidos se les coloca un número del que se da un duplicado a la persona que los deja.

* * *

Los niños y niñas recién nacidos son ahora vestidos del mismo modo con trajecitos de lana. Cuando tienen un año de edad el aspecto exterior es igual en uno y otro sexo.

* * *

La primera excursión realizada a Escocia en ferrocarril, lo fué el año 1849. El viaje de Derby a Edimburgo requería 16 horas y media. En 1846, se había realizado otra, pero en esa se utilizó el ferrocarril y la embarcación.

* * *

Los diarios de París que tienen una sección especial para los "Accidentes callejeros", publican ahora otra para los "Accidentes ferroviarios" y en ellos se mencionan los que ocurren en todas las líneas francesas.

* * *

El correo irlandés utiliza un matasellos que dice "Aprenda usted el irlandés".

* * *

El bambú del Indostán tarda treinta años en adquirir su completo desarrollo. A esa edad florece y muere.

* * *

Al nacer, el pulso de un individuo normal, es de 136 pulsaciones por minuto, y a la edad madura, de 70 pulsaciones.

* * *

Según un periódico dedicado a las construcciones navales, la vida ordinaria de un barco es de diez y ocho años en Estados Unidos; veinte en Francia; veintidós en Holanda; veinticinco en Alemania; veintiséis en Inglaterra; veintisiete en Italia y treinta en Noruega.

* * *

El tennis se ha hecho muy popular en el Japón. En Tokio hay gran número de fábricas de vaquetas.

* * *

Montreal (Canadá), posee el molino más importante de tierras británicas. Fabrica 5.000 barricas de harina por día.

* * *

Las manos femeninas aumentan de tamaño. El término medio de los guantes, hace pocos años, era de 6 y ¼ a 6 y ½; ahora va de 6 y ¾ a 7.

* * *

El Ministerio de la Slud, en Inglaterra, afirma que la tuberculosis disminuye en ese país. Los casos fatales que eran de 3,189 por millón, en 1847, alcanzaron en 1921 a 845 por millón.

* * *

Se han descubierto recientemente unas estampillas de correos de Nueva Gales del Sur, que datan del 1855. Los peritos las han avaluado en 900 libras esterlinas.

OLVIDO FATAL



—¿Pero quiere usted llamar á su perro? ¡Que me va a morder!

—No puedo.

—¿No es de usted?

—Sí; pero acabo de comprarlo, y no me acuerdo cómo se llama.

MUSICA POPULAR



—¡Muy alto gritan esos!
—Claro, como que están poniendo el grito en el cielo.
—¿Por qué?
—Como el congreso no les ha llevado el apunte, se dirigen al Padre Eterno.

Dib. de Rojas.



FLORICULTURA JAPONESA



Uno de los artísticos kioskos, en que expone sus variedades florales el señor Shibajara.



El ingeniero agrónomo japonés, señor M. K. Shibajara, implantador en Buenos Aires de la floricultura japonesa





Haciendo ramos con flores japonesas que resultan de un bello matiz y muy artísticos



Un artístico rincón con decoración floreal japonesa.

El ingeniero agrónomo japonés, señor M. K. Shibajara, ha impuesto entre nosotros la moda de la floricultura japonesa, habiendo llamado la atención de los inteligentes, las muchas curiosidades florales y forestales presentadas por dicho señor en varias exposiciones. Las varias especies de flores monstruo, sin que pierdan aroma y color, así como los jardines japoneses en miniatura, creación del ingeniero Shibajara, son cosa fantástica y encantadora, pero sobre todo los árboles enanos, entre otros el "Acer Japónica", son algo que asombra, pues dada su pequeñez, que no pasa de 50 centímetros de altura, son árboles que tienen arriba de cincuenta años.

Pero el trabajo mayor de este inteligente floricultor ha sido aclimatar entre nosotros esas especies de flores y de árboles, lo que, excepción del Japón, no se ha logrado hasta el día en ningún otro país.





Jardines japoneses en miniatura y árboles enanos con más de 40 años de existencia

Centenario de la dama patricia doña Dolores Silva y Zavaleta



Doña Dolores Silva y Zavaleta.

Hija y nieta de gobernadores, esposa de un mártir de la libertad, víctima ella misma de la tiranía, cuya saña decretara su destierro; madre de un esclarecido presidente de la República; cantada por el poeta Echeverría y celebrada por insignes escritores argentinos, fué doña Dolores Silva y Zavaleta una dama de la más alta y genuina representación social y política del interior del país, cuyas tradiciones y abolengo resumía en su venerable persona.

Nació hace una centuria en la ciudad de Tucumán. Entroncada a las viejas familias de la conquista española, forjóse su carácter resignado y patricio en el hogar cristiano, que en los albores de la revolución de mayo, formaron don Juan Manuel Silva, más tarde gobernador de aquella provincia y doña Tomasa de Zavaleta, hija ésta de don Clemente Zavaleta, primer gobernador intendente de Tucumán y protector de la primera fábrica de armas del ejército del general Belgrano y de la señora Dolores Ruiz de Huidobro, ardorosa patriota de ilustre prosapia, que contribuyó pecuniariamente al mantenimiento de la defensa durante las invasiones inglesas.

Breve fué la infancia, transcurrida, parte en la ciudad y parte en la estancia de Tafí, al pie del Aconquija, heredada de sus mayores, que la obtuvieron por merced real de Carlos III. Siguiendo las costumbres de la época y la casi invariable tradición familiar, fué Lola, así llamada en el seno de los suyos, destinada muy luego al matrimonio.

Frisaba en los quince años, cuando el joven doctor Marco Manuel de Avellaneda solicitara su mano. Crónicas de entonces, nos transmiten el relato de aquel acontecimiento social, realzado por el prestigio de los novios, el rango y la fortuna; y festejado con pomposa ceremonia religiosa y baile suntuoso, realizado en los salones estilo imperio del viejo caserón de los Silva.

Corría el año 40. El doctor Avellaneda, que a la sazón contaba 26 años de edad, levantó los pueblos contra la tiranía de Rosas, pudiendo consumar entonces su vibrante pensamiento de la "Coalición del Norte". Al año siguiente recibió la investidura de gobernador de Tucumán. Los hechos que siguieron han sido historiados y la hora de su martirio fué marcada con caracteres indelebles en el corazón de los patriotas unitarios.

Por orden de Oribe, fué degollado en Metán. Su cabeza fué clavada en una pica en la plaza de Tucumán y de la piel de su cadáver ordenó el bárbaro que lo hizo inmolar, se hiciese un "rebenque", que envió de regalo a Rosas.

El hecho histórico conmovió a las almas puras y fué entonces cuando el poeta Echeverría templó su lira para cantar la noble empresa. No pudo menos de recordar a nuestra biografiada, cuyo retrato esbozó así:

En su rostro de tipo tucumano
viva resalta la pupila negra
sobre el óvalo nácar; renegrido
sobre su tez de leche se dibuja
el arco de su ceja y, el sedoso
perfil de su pestaña,
sombreando con finura
de sus rasgados ojos
la lánguida y tristísima hermosura.
Su gallarda estatura,
su fino, airoso talle,
cubre un traje de viso de esmeralda
y una manta de raso, cuyos pliegues
dejan ver la blancura
de su torneado seno y de su espalda.

El sacrificio fué cruel, llegando a desgarrar las fibras más sensibles. La desdichada viuda emprendió el camino de la proscripción, refugiándose en Tupiza, territorio boliviano. A lomo de mula, acompañada de cinco hijitos, entre ellos una niña de pecho que murió de hambre por el camino, consumó la heroica mujer la orden de los mandones. Cuéntase que fué tan grande su dolor y la embargabilidad de su espíritu, que, en la travesía, la debilidad llegó á tales extremos que perdió insensiblemente su calzado, caído de sus pies sin notarlo. Su pensamiento oscilaba entre la muerte de su esposo y la salvación de sus vástagos. Entre éstos, destacóse, en el correr del tiempo, el doctor Nicolás Avellaneda, que alcanzó, en edad temprana, la primera magistratura de la República.

Doña Dolores, interponiéndose a sus pesares, creyó necesario llenar una misión trascendente en su vida, siempre austera y modesta, consagrándose a la educación de sus hijos. Volvió a la República y después de varios años de viudez y todavía en plena juventud, contrajo segundas nupcias con don Fernando de Guiñazú y Altamira, rico hacendado y hombre de mundo natural de Mendoza, que contaba entre sus ascendientes, a los primeros conquistadores y pobladores de las provincias de Cuyo. Después de cinco años de matrimonio del que provino la respetable matrona, doña Dolores Guiñazú de Ruiz, única sobreviviente del patriarcal hogar, quedó nuevamente viuda, y, desde entonces hasta el fin de sus días, dedicóse a embellecer su vida interior, practicando la oración y la caridad. Fué sumamente bondadosa; de sus labios no se escucharon jamás agravios ni reproches, no obstante la tormentosa vida pública de su primer esposo y la de su hijo Nicolás. Dícese de ella que apartaba su vista de los diarios opositores que solían salpicar con la calumnia política las intenciones más puras; y que, en su conversación, siempre vivaz y amena, quitaba deliberadamente al relato la pasión que estallaba en su alma, sin ser revelada al exterior. En su ancianidad, más de una vez recibió complacida de nuestros grandes hombres, el homenaje a sus virtudes. Realmente hermosa en su juventud, conservó hasta su muerte sus expresivos ojos, llenos de brillo y viveza, pero suaves y dulces como sus sentimientos de esposa y madre ejemplar. Falleció el 18 de octubre de 1890, a la edad de 72 años.

NOTAS MUNDANAS



Señora Cora Raquel A. de Bazo Munilla.



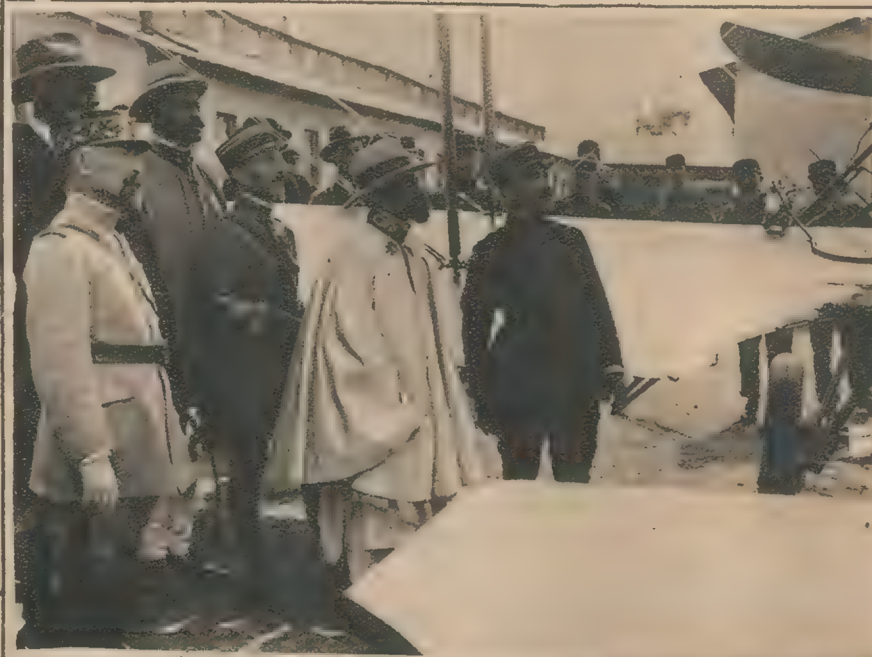
La señorita Rosa Glas y el doctor Constantino Galperin, después de la ceremonia de sus esponsales.



Señorita Sara Fuentes Crosa.

VARIAS INTERESANTES NOTAS DE LA ACTUALIDAD EXTRANJERA


FRANCIA. — Preparativos científicos para fotografiar el último eclipse de sol. El aparato especialmente construido para tal objeto.


Durante la visita del príncipe de Etiopía, Ras Taffari, al campamento militar de Bourget.


SUIZA. — Un combate de toros del Valais, en Martigny.

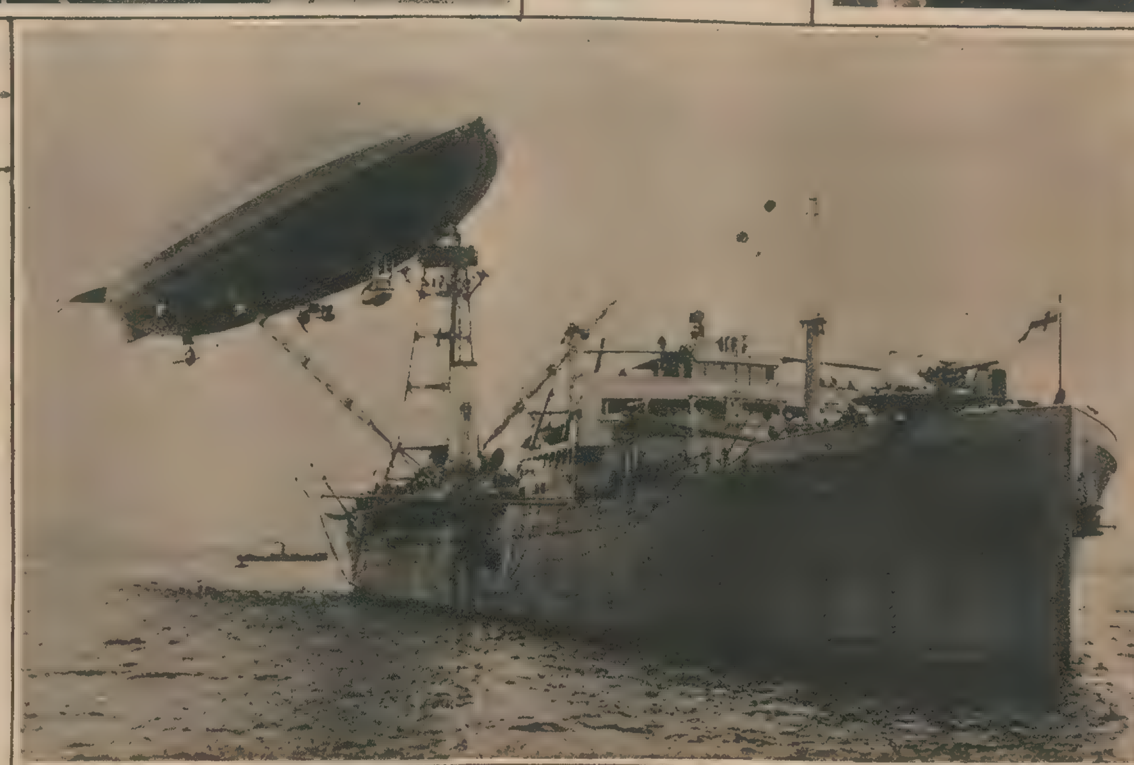

FRANCIA. — Brillante casamiento entre chinos, realizado en la embajada de China, en París.


Un obrero que perdió su brazo izquierdo en la última gran guerra y que continúa ejerciendo su oficio de arreglador de torres.


SCAPA FLOW. — Extrayendo del fondo del mar las naves de guerra alemanas, hundidas durante la conflagración europea, para rescatar su armamento.


Miembros que integraron la delegación alemana del Reich, fotografiados en la primer jornada de la Conferencia de Londres.


NUEVA YORK. — Cuatro de los ponies del equipo americano, que tomaron parte en los partidos internacionales de polo, jugados contra los ingleses, en Meadowbrook.


NEWPORT. — Un gran piloto de amarre, para los dirigibles aéreos, instalado a bordo de un navío norteamericano.


WIMBLEDON. — Campeonatos internacionales de lawn tennis. Miss Helen Wills, estadounidense, y Mrs. Cowell, inglesa.


El vapor "Newhaven", encallado en la playa de Berneval.



FRANCIA. — Pr
último eclipse d



SCAPA FLOW.
del fondo del m
guerra alemanas
rante la conflag
para rescatar



LA EXPOSICIÓN de A. RIGANELLI



''Chica de arrabal''.



''Retrato de la señora Estela Morra de Cárcano''.



''Máscara de dolor''.

Un verdadero acontecimiento artístico, lo constituye la exposición del escultor argentino don Agustín Riganelli. En ella, puede apreciarse con todo su considerable valor, la obra de este trabajador silencioso, para el que ninguna contrariedad material, ha implicado un obstáculo, en su avance impetuoso y continuo.

Este gran idealista, nos muestra en distintas expresiones, el rico y múltiple caudal de su talento. En la escultura, desde los hombres rudos y dolorosos, la faz cubierta de pelambre de bestia, la amargura contrayendo las pobres fisonomías, en las que se adivina una maldición que se forma, Riganelli pasa a las cabecitas infantiles exquisitamente castas o de un letal sentimiento, al vigoroso retrato de hombre, o aquella maravilla de fineza y aristocracia que representa a la señora Morra de Cárcano, hasta llegar al monumento funerario que recordará la memoria de aquel patriota que se llamó Rufino de Elizalde. En esta pieza, fundamentalmente hermosa, la emoción se desliza como el agua de una inagotable fuente. El menor detalle, la línea que inclina el busto o anuda las manos en un signo de eternidad, el pliegue lleno de gracia, forman un único canto.

En las tallas, surge siempre el maestro, en la suntuosidad oriental de sus realizaciones; y en los proyectos de decoración o en los dibujos, aparece la nota deliciosamente íntima de las inquietudes de un espíritu, que vaga escudado por el ensueño dentro de su propia e implacable soledad. — R. G.



''Tanagra''.



''El poseído''.

PAYSA

Nues
do esc
que ac
ñor Se
del lit
se ha

Aspect

ARTIGA
mentos

eminent
hacia n
colorad
res en
agasaja
se dice
todos lo
La ll
bierno,
han ro
una a
popular
riño, rea
vidiable
Artig

La jira del presidente de la República del Uruguay, ingeniero Serrato



PAYSANDÚ. — La llegada del presidente ingeniero Serrato. El automóvil que conducía al primer mandatario, rodeado del público que fué a esperarlo.



El presidente durante su visita a la Escuela Industrial de Paysandú

Nuestro corresponsal en Montevideo, el conocido escritor y periodista señor Rómulo F. Rossi, que acompañó al presidente de la República, señor Serrato, en su reciente jira por las ciudades del litoral uruguayo, la califica de triunfal. Jamás se ha visto en el vecino país, manifestaciones tan eminentemente populares y tan grandiosas hacia ningún otro mandatario. Blancos y colorados, con rara unanimidad de pareceres en esta emergencia, se unieron para agasajar al ecuánime mandatario, de quien se dice "que es el verdadero presidente de todos los orientales".

La llaneza del ilustrado hombre de gobierno, unida a su indiscutida rectitud, lo han rodeado de una aureola de popularidad y cariño, realmente envidiable.

Artigas, Salto, Paysandú y Fray Bentos, lo recibieron jubilosamente; y, mientras las bandas rompían en marchas triunfales, mientras los morteros arrojaban á los espacios estruendosas bombas, las plantas del mandatario ejemplar, pisaban las flores que manos femeninas arrojaban desde las azoteas y balcones.

Concepción del Uruguay también dispensó al paso del mandatario uruguayo, cariñoso saludo. El muelle y la explanada del puerto rebosaban de pueblo; y, mientras que una banda de música ejecutaba el Himno Uruguayo, al surcar lentamente las aguas el "General Artigas", la de la Guardia Republicana, de a bordo, hacía oír los acordes del Himno Argentino.

Puede afirmarse también, que este paseo tuvo sus alcances internacionales, por cuanto el ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Manini Ríos, fué ampliamente agasajado por los pueblos brasileños de Qurahí y argentino de Concepción del Uruguay, los que visitó acompañado de los ministros argentino, brasileño y paraguayo, acreditados en Montevideo, y de cuyos actos guarda el canciller uruguayo el más grato de los recuerdos.



Aspecto que ofrecía el banquete realizado en el teatro Florencio Sánchez.



El presidente en el hospital Galán y Rocha, acompañado de la comitiva oficial y altos empleados del establecimiento.



Un grupo de damas y caballeros rodeando al ingeniero Serrato, en un intervalo del baile realizado en el Casino.



ARTIGAS. — El presidente de la República momentos después de descender en la estación ferroviaria.

Durante su visita al Liceo.



La señorita Hortensia Serrato, que acompañó a su señor padre en la jira, rodeada de un grupo de damas que la agasajaron.




SALTO. — El presidente rodeado de un grupo de damas y señoritas de la sociedad salteña, durante la fiesta con que fué inaugurada la Exposición de Arte y Labores.


El ingeniero Serrato acompañado del ministro argentino, doctor Lagos Mármol, contesta las aclamaciones que se le tributaron en Concepción del Uruguay.


SALTO. — El presidente del Uruguay en muy buena compañía.


Parte de la concurrencia que asistió al acto inaugural de la Exposición de Arte y Labores, ceremonia que presidió el primer mandatario uruguayo.


El ingeniero Serrato escuchando el discurso del presidente de la Asociación Agro-Pecuaria del Salto, en la inauguración de la Exposición ganadera.


El presidente contemplando el desfile de los campeones premiados en el certamen ganadero.


QUARAHÍ (BRASIL). — Una instantánea obtenida durante el lunch servido en la Intendencia Municipal y ofrecido en honor del ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, doctor Manini Ríos.

DEMOSTRACION AL SEÑOR JUAN DANTE FRANCESCHINI


Con motivo de haber sido recientemente ascendido a gerente del Sierras Hotel, los empleados del restaurant de la Estación Retiro F. C. C. A. ofrecieron una demostración al señor Juan Dante Franceschini, consistente en un lunch y una medalla de oro conmemorativa del acto. — El obsequiado acompañado de las personas que le tributaron el homenaje.

La evolución de un mapa

El Nuevo Mundo a través de cuatro siglos

Fácil nos será comprender el gran interés que despertó en Europa y sobre todo en España el descubrimiento de América y la curiosidad por saber su forma, su tamaño, su posición geográfica. ¿Era una isla? ¿Era una península? ¿Era una prolongación del Asia o el Asia misma? ¿Era grande? ¿Sería menor que España o el doble que Europa? Si no estas preguntas otras análogas se han venido repitiendo desde que Cristóbal Colón pisó el 12 de octubre de 1492 la isla de Guanahani, hasta que Vancouver completó el mapa de América después de su viaje en 1788.

El primer mapa que del Nuevo Mundo se tuvo, fué hecho en 1493 por el mismo Colón.

Desde esa fecha hasta 1509 tenemos varios mapas, pero tan incompletos que no dan idea de lo que eran las tierras descubiertas. El más antiguo de éstos es el del célebre piloto Juan de la Cosa, dibujado en el año 1500. Este interesante documento fué a parar a manos de un geógrafo llamado Walckenear y a la muerte de éste en 1852 se vendió en pública subasta siendo adquirido por el gobierno español. Figura en el Museo Naval. En 1502 apareció el mapa de Cantina y algunos años después el de Pedro el Mártir. Pero todos estos mapas no señalaban sinó la costa y no satisfacía la curiosidad de la gente que pedía más detalles, la forma del continente descubierto, sin que nadie se decidiese a hacerlo hasta que un cartógrafo Gregorio Ruysch, más fértil o menos escrupuloso hizo un mapa en 1515 en el que aparecía América delineada en sus costas Norte y Este y la meridional cortada en un tajo en una línea recta, como trazada con tiralíneas. No llegó su atrevimiento a dibujar la costa occidental y para salir del paso ajustó a una escala la parte izquierda de la carta dejando que otro lo completara. Leonardo de Vinci hizo uno en 1515 y otro en 1520, con todos sus contornos, mapas que no están a la altura de lo que del famoso pintor podía esperarse.

Stobnicza hizo un mapa que da una ligera idea de la verdadera forma de América, donde ya aparece el istmo de Panamá y a su izquierda la isla de Zipango o Japón.

Las notas que los marinos traían a Europa de sus viajes por el Nuevo Mundo servían de base a los cartógrafos españoles, portugueses, italianos, alemanes y otras para ir completando sus mapas y en 1520 apareció el de Schöner con más detalles, pero también muy lejos de la realidad. En el mismo año un suizo llamado Bienewitz, y conocido con el nombre de Apiano, creyó que daba en su mapa la forma exacta del mundo occidental y en él aparece escrita la palabra América. Tiene forma alargada, se aproxima algo a la verdadera y se separa por completo de los anteriores sobre todo de los dibujados por Leonardo de Vinci.

Durante algún tiempo hubo un verdadero pugilato de cartografía entre las naciones de Europa y en aquella época llamaron la atención el de Lorenzo Frisón publicado en 1522 y el de Luis Boulenger no se sabe por qué, pues son de lo más inexacto que se hizo.

Pocos años después aparece el mapa hecho en Portugal por Maillo, original y caprichoso, sobre todo en la parte meridional de la América del Sur. La aguda forma de Patagonia y el Cabo de Hornos desaparece, o mejor dicho no aparece.

Un gran adelanto en la cartografía de América, se debe al célebre Mercator el cual en 1541 pintó un gran mapa que afirmaba reproducía fielmente la figura del Nuevo Mundo. Sin embargo se rieron de él, sobre todo en Francia e Inglaterra donde no querían oír hablar de su mapa, ni de su proyección.

A pesar de todo el mapa de Mercator sirvió de base para descifrar el misterio de la forma y tamaño del continente descubierto por Colón. En la citada carta se ve Terranova, se inicia el Salvador, Florida, Yucatán, las Antillas, Centro América y el Istmo, los golfos, sacos y penínsulas del Norte de Colombia y Venezuela y el contorno del Sur se acerca a la realidad.

La línea de la costa occidental sigue aun indecisa e incompleta especialmente en las latitudes altas. Buriel asegura que en 1757 nada cierto se sabía de su contorno. Al siguiente año Vancouver hacía un viaje de exploración y el mapa definitivo determinando las costas de Norte América.

Cerca de 300 años costó hacer el mapa contorno del Nuevo Continente; más de 400 han pasado y aún hay países en América que no han sido visitados. ¿Pasarán otros 300 años antes de que se tenga por los europeos, un completo mapa de América?

Los peligros del color blanco

Puede decirse que es casi universal la costumbre de vestir a los niños de blanco, color que desde el punto de vista estético no ofrece ningún reparo, pero en cambio es muy discutible desde el punto de vista médico.

Si hemos de creer lo que dice un especialista que ha publicado un informe muy documentado sobre esta cuestión, el blanco, ese color blanco puro con que acostumbramos a rodear a la gente menuda, poniéndolo en su ropa, en sus cunas y en sus habitaciones es causa de trastornos profundos y duraderos. En primer lugar, el blanco demasiado crudo ejerce efectos desastrosos en la vista y no hay que ir a buscar más lejos el origen de los trastornos visuales cada día más frecuentes en las nueas generaciones.

Perc quizás no es esto lo peor. Lo peor es que esos trastornos visuales acompañan o determinan trastornos mentales no menos característicos, no menos frecuentes y no menos profundos y duraderos.

Si somos demasiado nerviosos es porque en nuestra infancia nuestros padres nos ponían demasiado blanco ante los ojos.

Si queremos que nuestros descendientes vean más claro y sean menos irritables e inquietos que nosotros no le expongamos demasiado al color blanco.

TIERRA COLORADA

por

DOMINGO SASSO



La "Bajada Vieja" es en Posadas un plano inclinado que va desde la colina en que se alinean los primeros caseríos de la ciudad y precisamente el macizo más antiguo, hasta las rocas graníticas que muerde el Paraná y termina en medio del mismo río en la restinga de piedras que ha dado el nombre primitivo al lugar: "Itapúa", esto es, Punta Piedras. Ha sido, pues, la primera vía de comunicación entre el puerto viejo y el villorrio que se formaba en la altura circunstante.

Muy mal tenida e iluminada, sin más pavimento que el natural de piedra cuyas asperezas angulosas han sido desbastadas por la acción del tiempo y la violencia de las aguas pluviales que por allí se precipitan en furiosas avenidas, es una calle de mala reputación, bordeada por ranchos y barracones de madera y *tacuara*, totalmente habitados por una población inquieta y maloliente que da mucho que hacer a las autoridades. Allí están las famosas *bailantas* lugares de orgía de las peonadas adventicias que suben el gran río, camino de los obrajes.

En tales boliches y lugares de baile y mala vida, esos infelices gastan en alcohol y mujeres los pocos pesos que como *adelanto* les entregan los agentes de conchabo y pasan así muchos días con sus correspondientes noches, al cabo de los cuales, medio idiotizados por los excesos de toda índole se embarcan en los vapores que los conducen *a destino*: el triste destino de los obrajes diseminados a lo largo de las dos costas del Alto Paraná y sobre los que, con bien raras excepciones, parece ceñirse la leyenda fatídica que el Dante imaginó escrita en las puertas del Infierno:

Lasciate ogni speranza, voi che' ntrate...

Y la caravana *se renueva* incesantemente...

Todos saben esto en Posadas y nadie, ni los más bien intencionados se atreven a ponerle remedio, para no herir intereses de parte. Es que los obrajes necesitan de los peones para vivir como la fragua necesita del carbón que consume para alimentarse...

Por lo demás, esos peones reclutados entre las clases más ignorantes y desheredadas tienen forzosamente que tener un lugar de *reunión* y esparcimiento. Conviene a quienes los reclutan. Recorriendo las bailantas se los encuentra a todos y es fácil arrear la recua humana que va a alimentar los obrajes... Y la caravana se *renueva* incesantemente...

La población de Posadas, por otra parte, ha dejado de ser un villorrio y merece desde hace mucho tiempo los honores de ciudad. Una cómoda avenida une el puerto nuevo, construído gracias a la acción y al esfuerzo inteligente de un hombre progresista, a la estación del ferrocarril desde donde la vía férrea entronca por *ferry-boat* con la red paraguaya que prosigue hasta Asunción. Y otra importante arteria, bien macadamizada, bordea la barranca y en graciosa curva que sigue por breve espacio el curso del Paraná se levanta en dulces tramos como principal comunicación con los barrios nuevos que constituyen el núcleo positivo y eficiente de la capital de Misiones, gentil ciudad llamada seguramente a un risueño y próspero porvenir.

Bien trazada, su edificación, modesta en un principio, se ha transformado en pocos años en manera sorprendente, dándole un aspecto de villa cosmopolita, que si bien desmerece del encanto primitivo, es señal indiscutible de progreso y bienestar.

De humilde origen, el pueblo de las "Trincheras de San José", que se formó sobre la barranca con la base irregular de los vivaques del Regimiento 24, acampado allí durante la guerra del Paraguay, ha evolucionado hasta constituir un núcleo social importante que tiene tradiciones honrosas y respetables.

Pero el *cáncer* de Posadas son las *bailantas* y su "callejón del Pecado" por decirlo así, la "Bajada Vieja" en cuyas barracas no desdeñan concurrir los jóvenes de las familias acomodadas en busca de fáciles aventuras, algunas de las cuales terminan a tiros y puñaladas.

La vida social de Posadas — muy movida y pintoresca, transcurre ajena por completo a esos excesos en sus clubs y confiterías, en sus dos principales plazas, bien cuidadas y arboladas y en las tertulias continuas en que alternan—noche a noche las familias ávidas de diversiones, que un teatro—con mucho de *galpón* y dos o tres *cines* deficientes, no alcanzan a satisfacer.

La sangre que sobre el viejo tronco guaraní han volcado los europeos inmigrados ha dado origen a una raza inteligente y apasionada, pródiga de buenos mozos y de muchachas bonitas.

Ya el guaraní ha sido desterrado como de mal gusto entre las elegantes y algunas afectan ignorarlo,—por más que todas lo hablen en la intimidad o por lo menos lo entiendan—y si bien las viejas matronas fuman todavía en el santuario del hogar, no hay peligro que el olor del tabaco profane el aliento impecable de las bellas posadeñas.

Pero no sucede lo mismo en la "Bajada Vieja". ¡Contraste terrible! Allí las mujeres, aún las más jóvenes, llevan impreso en el rostro el sello inconfundible del vicio en sus más repugnantes manifestaciones: el abuso del sexo y del alcohol.

Esto no impide que la superstición más ridícula tenga apariencias de religión entre esa gentuza miserable y que todas esas mujeres, cual más, cual menos, tengan la estampa de un santo o de una virgen en sus cuchitriles, delante de la cual prenden una vela votiva que apagan dando vuelta a la imagen cuando empieza el rito pagano de sus desenfrenadas orgías.

Y sin embargo, la naturaleza ha sonreído bondadosamente aún en ese rincón maldito de aquel suelo privilegiado. Los bananeros muestran entre los cercos de tunas y los brazos espinosos de los cactus, sus troncos pletóricos de savia ostentando el plumero triunfal de sus hojas lustrosas y enormes y los naranjos principescos y nupciales sostienen los tupidos festones de las madreselvas y de los jazmineros del país.

El Paraná perezoso a los pies de la barranca, canta su eterna melodía:

Jugando entre las fronda corren sus [aguas claras
Que ruboriza el beso de fúlgido arre- [bol,
Mientras acariciando las plácidas *ta-* [*cuaras*
Se oculta entre las islas, enamorado el [Sol...

Doña Reparata García de Palique, viuda de don Pacífico Palique, un belicoso gallego que en los tiempos heroicos del pueblo había comerciado en el contrabando de caña y de tabaco, era en la época reciente en que comienza este relato, una de las más respetadas damas de Posadas.

Descendiente de una fundadora del pueblo en el campamento del 24, le habían nacido dos hijos que perdió antes de contraer matrimonio con don Pacífico, quien la había obsequiado con uno, que era su orgullo.

El marido le había dejado, además varias casas en la planta urbana, tres o cuatro *sitios* o terrenos en las inmediaciones y una bonita chacra en el barrio de "La Picada" donde estaba dándole renta un tupido naranjal.

Doña Reparata era, pues, una señora *acomodada* y se la consideraba como un elemento social de primer orden por su posición económica y su parentesco, ya que por innumerables lazos de consanguinidad colateral estaba vinculada con lo *mejorcito* del lugar.

Era *mestiza* con el tipo criollo característico de los descendientes de español y guaraní y los rasgos de la raza dominante se habían acentuado en el hijo que era totalmente rubio, si bien conservando algo del color atezado de la raza autóctona.

Doña Reparata había sido buena moza; todavía como un palacio en ruinas mostraba restos de su antiguo esplendor. La cabellera abundante, lustrosa y negra en que raleaban aún los hilos de plata, los ojos magníficos y brillantes, la nariz pequeña, los labios sensuales, dejando lugar a una sonrisa picaresca que la perfección y blancura de los dientes hacían muy agradable.

Sólo las arrugas ensombrecían demasiado su semblante en las sienes y en las mejillas que se abatían fláccidas sobre las quijadas, acentuando los pliegues de la boca en una mueca que parecía de disgusto.

De regular estatura, había cerrado en un vestido casi monástico las formas del cuerpo, demasiado castigado por los años. Su severo traje negro, sólo dejaba ver las manos regordetas y pequeñas y los pies diminutos calzados en elegantes zapatitos que renovaba con bastante frecuencia como resarciéndose del tiempo en que los tuvo descalzos en su lejana niñez.

Por lo demás, doña Reparata era de costumbres sencillas y devota asidua de la iglesia parroquial: su principal lujo era un coche medio desvencijado que arrastrado por dos escuálidos jamelgos la conducía todas las tardes apacibles a pasear por las calles de la ciudad, recogiendo y repartiendo sonrisas y saludos.

Desde lo alto del pescante gulaba Manuel, un criado del marido, a quien ella había ascendido al oficio de cochero y mayordomo con jurisdicción sobre *la servidumbre*, constituída por una cocinera que había sido contratada para "todo servicio".

Esa tarde doña Reparata había salido como de costumbre, en su coche y dado en él unas cuantas vueltas a la plaza, después de lo cual por el camino nuevo, Manuel llevóla hasta el puerto, deteniendo el coche frente al edificio de la Aduana desde cuya terraza el receptor de rentas hizo a la digna señora un saludo protocolar en

el que pareció quebrarse en dos mitades en riguroso ángulo recto.

Cansada de contemplar con mirada distraída el paisaje mil veces familiar y de quedar un rato aspirando la brisa fresca que soplaba desde el río, doña Reparata dijo al cochero con leve escalofrío: — "Es tarde, Manuel, volvamos y agregó, arrellenándose en el asiento:—*Subí* por el camino viejo"...

El cochero contrariado, dióse vuelta a medias en el pescante y observó: —"No sé, si darán los caballos", pero al no escuchar contraorden, se incorporó vivamente y fustigando los jamelgos, hízoles doblar a la izquierda empezando la azarosa ascensión de la cuesta. Dando tumbos a cada rato y con fragoroso quejido de muelles descompuestos el carricoche ponía a duras pruebas la paciencia de su dueña, que de vez en cuando tenía sus veleidades y la curiosidad de pasear su mirada inquisitorial por los barracones de la "Bajada Vieja". Ella hubiese querido fulminar aquellos albergues del vicio que se le antojaban dignos del fuego sagrado... lo que no impedía que con cierta frecuencia paseara —en coche por supuesto—su imponente persona por el pavimento irregular de la calle maldita.

Algunas criaturas de ambos sexos, casi desnudas y en natural promiscuidad, escuálidas y ventrudas, trepaban los veredones a lo largo del sendero estropeado por las aguas pluviales y una que otra china sentada a la puerta de su rancho se estaba peinando o libertaba a su perro favorito del martirio de las pulgas.

Al llegar el coche un poco más arriba de la mitad de la cuesta, una chica como de quince años, atravesó corriendo la calzada desde el frente opuesto y riendo como una loca, se metió en un barracón más grande que los otros y que ostentaba enhiesta en un palo larguísimo una pequeña bandera colorada. La chica llevaba el cabello suelto y por lo poco que podía verse de ella podía juzgársela bonita.

Esa impresión se confirmó, porque al poco rato asomó la mitad del cuerpo a través de una mugrienta cortina que velaba la entrada y entonces pudo notarse el rostro agraciado y picaresco, los ojos enormes y rasgados, la nariz perfecta, la boca pequeña que se abría a una risa burlona, que la blancura de los dientes realzaba con encanto irresistible y luego la barbilla graciosa que cerraba el óvalo del moreno semblante,.. La chica en nerviosa actitud, descubría un hombro y la mitad del seno palpitante y avanzaba su brazo derecho desnudo y bien modelado, rematado en una mano pequeñita, cuya palma abierta llevábase alternativamente a la boca, que se golpeaba con mimo casi infantil. El resto del cuerpo quedaba invisible entre los pliegues de la sórdida cortina y la mueca de burla era dirigida a un mocetón como de veinte años, regularmente vestido y bien parecido que tambaleándose y riendo la risa imbécil de los ebrios pretendía perseguirla torpemente, murmurando palabras entrecortadas en idioma guaraní.

Manuel tuvo que detener el coche para no atropellar al ebrio que se le venía encima en tortuosa trayectoria y así pudo verse de pronto un rápido cambio de escenario. La figura graciosa de la niña regocijada desapareció arrastrada por una fuerza oculta y en su lugar, corrida totalmente la cortina, ocupó el umbral una repugnante mole de más de dos varas de alto y una de diámetro en el cuerpo. Era una mujer indígena de cabello corto y cara mofletuda y variolosa, senos fláccidos y enormes, vientre elefancíaco, brazos largos, terminados en manos sarmentosas una de las cuales empuñaba un resto de escoba en actitud amenazadora. Un torrente de insultos é improperios en guaraní se desbordó como de una cloaca de su boca negra y desdentada.

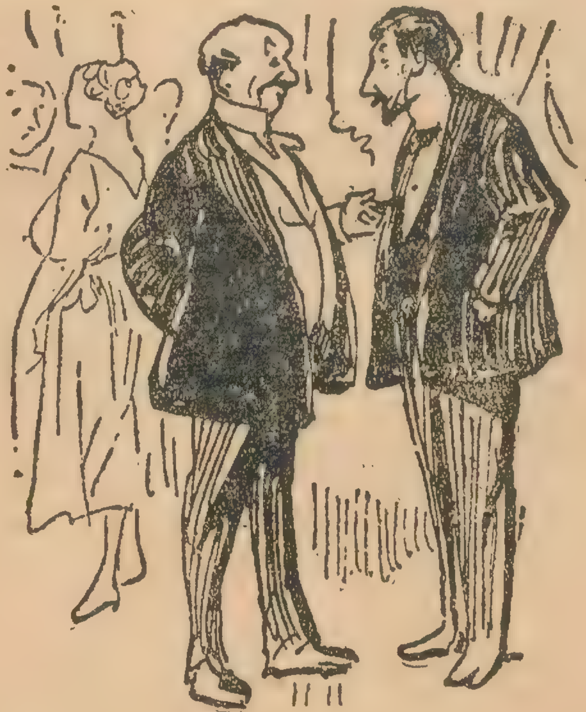
Manuel se echó a reír. —"¿Qué dice?—le interrogó altivamente la señora de Palique, por más que hubiese entendido perfectamente.

El cochero contestó con sorna: "Lo está retando al mocito, porque dice que persigue a la Leandra y que la chica no es *"para él"*, que es un perdido, un borracho, un hijo de la"... — "¡Manuel, ¿qué palabras son esas?"...—le increpó doña Reparata con voz atiplada por la cólera.

—"Usted disculpe, señora; pero usted me ha preguntado"—dijo Manuel un poco mohino.

—"Bueno, bueno—le ordenó su ama, lárgate a escape de este lugar de perdición" y el coch( ) fustigó los caballos que salieron al trote en un desesperado e instintivo esfuerzo por llegar a la cumbre.

—"¡Ave María purísima, sin pecado concebida!...—suspiró la señora reanudando su diálogo, picada por la curiosidad.—*Decime che*—¿vos *conocés* a esa gente?"...—"Un poco— contestó Manuel con cautela. La vieja es Ramona y la conoce "todo el mundo", el mocito es un correntino *mensú* que se gasta la plata que le han adelantado y que conoce a la chica *"dende criatura"* y ella es una paraguayita de la Villa *muy nuevita*,



VIDA SOCIAL

—¿Qué le parece mi sobrina?
—Deliciosa.
—Sí; espiritual, instruída, bonita, cariñosa... Desgraciadamente, no posee un centavo.
—Entonces tiene todas las cualidades para quedarse soltera.

que se ha traído la Ramona el otro día; porque dice que es su sobrina y que ha quedado *güerfana*."

—"¡Buena educación le va a enseñar!—gruñó doña Reparata, sofocada por la indignación. Manuel volvió a reír.—"Ya anda la muchachada... como moscas a la miel—dijo sujetando los caballos que por haber llegado arriba pretendían disparar. Y en cuanto algún *vivo* le muestre a la Ramona *veinte pesos*... se acabó con la novedad..."

—"¡Qué barbaridad, por todos los Santos Inocentes!"—gimió la buena señora y estuvo un rato pensando en que era una lástima que una criatura *nuevita* pudiera ajarse en un santiamén. Ella lo sabía...

Pero de repente tuvo una inspiración que la hizo temblar emocionada.

—¡Manuel!—exclamó. Acuérdate que hoy es cumpleaños de mi casamiento con el finado... Voy a hacer una *buena acción*. Pediré que le quiten la chica a esa bruja y que me la den para cuidarla y educarla cristianamente. Así también puede servir de algo en casa ahora que viene Lelo y habrá más que hacer... Sí, sí, eso es... ¿No te parece bien, Manuel?"

El cochero poniendo los caballos al paso, contestó con su tonada guaraní, *comiéndose las eses*:—*"I-eñora"*.

Y doña Reparata, siempre más aferrada a su proyecto le ordenó, ya decidida:

—Vamos a lo de Filemón, en seguida. Filemón era su sobrino político, jefe de policía, funcionario que en los territorios tiene *más autoridad efectiva* que el mismo Presidente de la República en la capital federal.

Y Manuel hizo salir al trote largo los caballos por la calle principal que se animaba al resplandor de los focos eléctricos, rumbo a la casa del jefe, mientras en el cielo la luna que parecía salir del fondo de un naranjal — como una burla a todas las *buenas intenciones*—mostraba en su cuarto menguante sus dos cuernos de plata.

A la mañana siguiente, muy temprano, ya estaba el comisario Giménez—brazo derecho del jefe—junto a la barraca de la Ramona.

Entró sin llamar, empujando la puerta destartalada y diciendo en alta voz: Ave María. La vieja desde un rincón donde chupaba mate, gruñó: Güenos días Don. Estaba medio alterada por el alcohol y parecía caerse de sueño.

El funcionario la miró a hurtadillas contrariado, no sabiendo cómo empezar el desempeño de su comisión; pero la interpeló por las dudas:—"Aquí tenés una chica que se llama Leandra"...

La vieja se incorporó en el acto como si sospechase un peligro y repuso con voz agria:

—"Si está conmigo—¿qué hay?" —Nada; ¿qué es de vos la chica?— preguntó el comisario—"Es mi sobrina, hija de mi finada hermana Encarnación que murió en el Paraguay... ¿qué tiene?—interrogó la bruja, con insolencia. Bueno, bueno, contestó el funcionario, impaciente, menos preguntas vieja y *pará bien la oreja pa* contestar bien... *Mirá* que vengo como *autoridad*... ¿Quién es el padre de la chica?..."

Ramona rió con una risa idiota mostrando una boca enorme que parecía un antro y contestó, preguntando—"¿Y qué sé yo? Mi hermana no me dijo nada al darme la Leandra: me la entregó como hija suya y nada más: de quien es el padre,— y volvió a reír, como si la pregunta le hubiese parecido ridícula—... ¿qué sé yo? ¡vaya a saber!"

El comisario sacó un cigarrillo y encendiéndolo lentamente, volvió a preguntar:

—"¿Dónde está ahora la chica?... —A tiempo que Leandra saliendo a gatas de una especie de cueva que daba sobre la barranca se le paraba delante y se le quedaba mirando de hito en hito.

—*"Vení pa cá*, buena pieza,—gritó el comisario agarrándola de un brazo. —¿Qué andás haciendo tan sucia y desgreñada?"... lo que no impidió que según su costumbre en tales casos, la palpara con manos expertas. Era el hábito de *palpar de armas*...

—"Suelte, carancho—decía la Leandra lloriqueando y forcejeando, a la vez que intentaba clavar los dientes y las uñas en la mano que la oprimía al ver que el otro no aflojaba.

—"Sosegáte que te voy a lastimar" —gritaba el comisario enardecido, sin poder impedir que la Leandra se le escapara al fin de las uñas y se cobijara detrás de la vieja, gritando al polizonte todos los bajos y obscenos insultos que había aprendido en el barrio.

El comisario ofendido en su majestad de guardián del orden público tocó un pequeño silbato y dos gendarmes que tenía apostados aparecieron como por arte de encantamiento.

—"Yo les voy a enseñar a que respeten a las buenas o a las malas, dijo *Don Giménez* con imperio: ¡esta chica tiene que venir conmigo"... La Ramona empezó a protestar a grandes voces y la Leandra a chillar:—*"No quiero dir, no quiero dir... ¡quiero quedarme con la tía!"*...

Y entonces el funcionario se dignó explicar su procedimiento...— "Cállense la boca—*yeguas*—y respeten la autoridad. Tengo orden de llevar a la chica."

—"¿Y por qué, Don?"...—inquirió la vieja extrañada.— ¡Porque si no, la echarías *a perder* dándole *mal ejemplo!* El Señor Gobernador, e hizo la venia y el señor jefe están de acuerdo en eso: aquí traigo el *papel*" y el comisario mostró un pliego.



—"Pero, lloriqueó la Ramona... ¡si el gobernador y el jefe son los *piores!*"...

—"No quiero dir, no quiero dir, chillaba la chica, me caigo en el Gobernador y *en el otro*" y agarró un cuchillo en actitud agresiva.

El comisario abrió los brazos en el colmo del estupor y miró a los dos gendarmes como llamándoles testigos de un hecho tan asombroso de *lesa majestad* y dijo con voz terrible: —"Atentado a la autoridad con armas: ¡procedan!" Y así fué cómo Leandra, alias *la pintona*, de catorce años de edad y padres desconocidos —así decía el parte— fué llevada casi en andas al Departamento de Policía en cumplimiento de la alta misión que incumbe a los poderes públicos de amparar a las menores bonitas para que no se *echen a perder*.

El jefe que era hombre de mundo y de mucho sentido común, rióse bastante del *desacato* e hizo repetir a la Leandra sus frases pintorescas contra el Gobernador, después de lo cual, adoptando un tono protector la amonestó:

—"Vos no *tenés* la culpa de esto, ni *sabés* lo que te *decís*... Te voy a colocar en una casa decente; donde te tratarán como una hija y donde aprenderás mucho. En casa de la señora de Palique vas a estar bien: es ella quien te ha pedido..." — "¡No quiero, no quiero!, y que se vaya a la gran..."—gritó la chica exasperada.

Y el jefe volvió a reír con ganas, muy regocijado con esa cólera infantil; pero le dijo en tono terminante y muy serio:—"Vas a ir, porque allí te voy a colocar, de acuerdo con el Defensor de Menores: está resuelto... y tomando un aire seductor acercó su silla a la chica y la aconsejó suavemente:

"La señora te quiere y te va a vestir bien: tendrás buena comida y buena cama, te va a llevar en coche con ella... ya verás, *zoncita*, cómo te va a gustar"—y le acarició las mejillas".

La chica, medio rezongando, preguntó:—"¿Y me dará un par de zapatos de charol con hebilla, de esos que vi en lo de Don Núñez?"— "¡Pero cómo no!—repuso el jefe, muy contento con haber ganado el *lado flaco* de la criatura que atrajo hacia sí, besándola."

—"¡Pero cómo no! *si te portás bien*, yo me comprometo a que te los regale con un lindo par de medias de seda que *vos* misma elegirás."

—"¡Me gusta, me gusta!"—gritó la chica pasando con natural atolondramiento a la alegría más desenfrenada y golpeaba las manos, saltando sobre los menudos pies descalzos, presa de una repentina felicidad.

El jefe observó que la chica no tenía puesta más que una especie de delantal sobre las carnes elásticas y le pareció *muy inmoral* que se presentará así en la casa patricia de Palique, amén de que esas carnes exhalaban un tufillo de *conserva al natural* que no era para todos los gustos y que sus sentimientos *estéticos* no consentían.

Entonces con gesto magnánimo levantóse y mandó comprar unas prendas de vestir en la tienda más próxima, hecho lo cual, empujó a la menor hacia su gabinete particular al lado de su despacho.

Allí había un buen baño, confortablemente instalado y el jefe que era hombre de buen gusto y amigo de la higiene se divirtió un buen rato en el aseo de la chica que salió del baño lustrosa como una manzana y hasta perfumada con polvos.

El buen jefe la hizo vestir en su presencia con las prendas de rigor que le trajeron: calzón, camisa, enagua y un delantalcito a cuadros que le sentaba a las mil maravillas. Peinó él mismo a la muchacha un poco torpemente; pero lo bastante para *acostumbrar* el cabello y le hizo poner un par de medias negras que le llegaban hasta *arriba de las rodillas* y calzar un par de sandalias número 35.

Leandra no parecía ser la misma criatura que había entrado al baño: salía de él más *recatada, más decente, más mujer* y el jefe no se cansaba de recomendarle que había de seguir *portándose bien*. Y muy emocionado la besó nuevamente y se hizo besar al despedirla...

Así fué cómo Leandra, conducida por un sargento de policía, llegó esa misma tarde a la casa muy linajuda de doña Reparata García de Palique donde quedó al amparo de un hogar respetable que cooperaba con los poderes públicos en la elevada función de impedir que pueda malograrse el honor de una chica bonita menor de quince años.

Doña Reparata empezó por *lo primero*, es decir el *cuidado del alma* y por ello por espacio de un mes mandó a la chica a la escuela de las buenas hermanas de San Francisco, donde le hizo aprender un poco de religión, para que se le despegara *mandinga*.

Y luego la tuvo a su lado como un perro, mejor dicho, como una perra favorita, mimándola en consecuencia. La chica que era muy *viva*, parecía una santa o por lo menos una virgencita en vías de beatificación y había aprendido ciertas *caídas de ojos* que volteaban los corazones.

Lelo—el hijo único de doña Reparata cuando volvió de La Plata durante las vacaciones, quedóse *idem* al ver a la Leandra. Como estudiaba en la facultad de filosofía y preparaba su tesis sobre "las *razas humanas*" declaró que la chica era un magnífico ejemplar de raza *autóctona* y por ciertos rasgos fisionómicos, uno de los pocos *puros*...

Había que *estudiarlo* antes de que *se mezclara* y pidió permiso a la madre para tomar *de visu* ciertos datos esenciales en homenaje a la ciencia y a la anatomía comparada.

La buena señora, no obstante sus escrúpulos, tuvo que convenir que para la ciencia no debía haber nada imposible y así fué como con el consentimiento de la chica que se prestó como *sujeto y objeto*, tras algunas sesiones preparatorias, Lelo se arriesgó a estudios personales más profundos. Tanto que doña Reparata sorprendiéndole en una entrevista demasiado muda, hubo de reconocer que, coincidiendo *en ese capítulo* todas las razas humanas, no se necesitaban estudios especiales. Y retiró el permiso.

Pero la buena señora amaba demasiado a su querido Lelo y por eso ni pensó dar mayores proporciones al pequeño escándalo—como hubiera sucedido si hubiese *entregado* la chica al defensor.

Lejos de ello, guardó prudente silencio y en su fuero interno encontraba disculpable que el *nene* hubiese caído en tentación, lo mismo que Adán en los siglos prehistóricos.

La culpa era de *Eva y del demonio* por los malos ejemplos que ella habría recibido en casa de la tía, que era tía al fin.

Nada dijo tampoco a la Leandra que pudiese significar un reproche por la escena de *confrontación de las razas*; pero con enigmática sonrisa que vislumbraba un plan, la reconvino a los pocos días:—"Mujer, ¿por qué no visitas a tu parienta?... No digo que la frecuentes; pero de vez en cuando una visita—vamos—¡a la hermana de tu madre, mujer!... siquiera sea por la voz de la sangre"...

BUENA NOTICIA



El acreedor.—Considere usted lo fatigoso que es subir todas las semanas hasta este quinto piso para cobrar esta cuenta.
El deudor.—No se preocupe. Hoy tengo una buena noticia que darle. Mañana me mudo al piso bajo.

Y Leandra que tenía un loco deseo de volver al barrio del puerto donde había triscado como una cabra sobre las rocas graníticas de la barranca, allá fué candorosamente una buena tarde, con la sorpresa llevada a la estupefacción de la tía Ramona que al verla dejó caer del mostrador una botella de caña. Y Paco Arroyo el correntinito que no salía del barracón de la Ramona por haber hecho las paces con ella al saber su desgracia, fué el que mayormente se aprovechó del inopinado regreso.

Leandra fué suya por fuerza de una afinidad irresistible; esos dos muchachos cayeron en brazos el uno de la otra casi instintivamente, buscando por ley natural el complemento de su juventud en flor. Todas las semanas iba Leandra con el permiso de doña Reparata a visitar a la tía, y todas las semanas repetía con Paco el ardoroso idilio interrumpido...

Lelo ya no podía molestarla; porque el ojo vigilante de doña Reparata se lo impedía absolutamente.

Y una vez que el *niño* haciéndose el imbécil se *equivocó* de pieza, la voz de la madre tronó como la de Jehová en el Sinaí:—Hijo, al confiarme esa menor, la sociedad me ha dicho; ¡vela sobre ella, *vela!*

Y el pobre filósofo en quiebra no tuvo más remedio que salir y disculparse poniendo cara de desgraciado; porque los ojos de doña Reparata, más que la luz de una vela parecían focos de luz incandescente.

Pero los acontecimientos se precipitaban... ensanchando la cintura de Leandra. Doña Reparata frunció el entrecejo: la moral había sido ultrajada en la persona de una menor confiada a su custodia. ¿Quién sería el osado culpable?

Reconocía haber sido muy bondadosa y condescendiente con la chica: reprobábase su tierno corazón al permitirle sus visitas periódicas a casa de la tía. Allí debía haber ocurrido la *catástrofe*... Así pretendía la buena señora engañarse a sí misma.

Con aire de juez instructor interrogó discretamente a la muchacha que contestó:—"Sí, señora, con el *negro* Paco Arroyo somos novios desde chicos... y nos queremos"...

Doña Reparata levantó ambos brazos al cielo, imponente en su indignación.

—"¿Pero desdichada que va a ser de ti?... ¡Debiste pensar en que deshonrabas mis canas y mi casa, prorrumpió teatralmente, si es que no te preocupabas de ti, desgraciada! Leandra, medio amoscada le contestó:—"Si no es para tanto, señora, si el niño Lelo...".

Pero doña Reparata como si estuviera sofocada por el peso de la revelación la despidió de su presencia, gritándole con voz furiosa: —"¡Basta!, no exageres tu falta. Yo también soy culpable por no haberte protegido bastante y por eso he de hacer por ti mi deber hasta el fin. El culpable de tu deshonra será castigado a menos que no te *devuelva el honor* como Dios y la ley mandan"...

Y esa misma tarde la recluyó en el Colegio de las Hermanas con órdenes severísimas. Y se fué al jefe de policía con la denuncia.

El jefe que estaba tomando café con coñac, después de una siesta bien aprovechada, se indignó a la par de la excelente señora, la acompañó en sus críticas acerbas contra la corrupción de los tiempos y convino en que era necesario dar un escarmiento. Hizo redactar por un escribiente de buena letra un acta con un capítulo de cargos formidable para el pobre Paco, presentándolo como el ruín seductor de una chica casi impúber y pidiendo el amparo de la justicia para ésta y el castigo inexorable de aquél. Doña Reparata que lagrimeó un poco durante la lectura del acta, la firmó al fin con rasgos enérgicos.

(Concluirá)

FIGURAS HISTORICAS

La princesa de los Ursinos

El día 1.° de noviembre de 1700 se desarrolló una memorable escena en el palacio real de Madrid. Acababa de morir Carlos II sin sucesión directa y toda Europa esperaba con interés el nombre del sucesor señalado por el rey difunto en su testamento. Francia tenía su candidato en la persona de Felipe, duque de Anjou, hijo del Delfín y nieto de Luis XIV. El candidato de Austria era el archiduque Carlos, hijo del emperador Leopoldo.

Cada una de ambas naciones creía haber triunfado en la batalla diplomática librada junto al lecho del moribundo monarca. Se sabía que había hecho testamento, pero se ignoraba su contenido.

La incertidumbre era abrumadora. A las puertas de palacio se agolpaba la muchedumbre y la regia antecámara estaba llena de embajadores y de grandes. Al fin se abrió una puerta y apareció el duque de Abrantes. Había escuchado la lectura del testamento y salía rebosante de satisfacción a descubrir el gran secreto. Instantáneamente le rodearon los presentes y él mirándolos con calma se mantuvo en solemne silencio hasta que su mirada se detuvo en el conde de Harrach, embajador austriaco que con sonrisa expectante aguardaba la noticia. Abrantes se sonrió también y arrojándose en brazos del conde exclamó:

—Señor, con gran placer...—hizo una pausa y volvió a abrazar al embajador. — Sí, señor; con verdadera alegría...—Segunda pausa.—Con infinita satisfacción me separo de vos y me despido para siempre de la augusta casa de Austria.

La sensación que produjeron tales palabras fué indescriptible. Todos comprendieron que había vencido Felipe de Anjou. El asombro y la indignación del conde de Harrach le privó momentáneamente del habla y permaneció inmóvil, rabioso y chasqueado. Después dió media vuelta y se retiró de la antecámara.

El joven duque fué proclamado rey de España con el título de Felipe V, y el 4 de diciembre salió de la corte francesa para tomar posesión de su reino.

Luis XIV, su augusto abuelo le despidió diciendo:

—Anda, hijo mío, anda; los Pirineos han dejado de existir.

Felipe contaba a la sazón diez y siete años. Era un joven amable, pero débil e indolente, y Luis XIV que conocía sus defectos, le buscó por compañera una mujer que supliese sus deficiencias y eligió a María Luisa, princesa de Saboya, que aunque muy joven todavía, pues escasamente contaba catorce años, se distinguía ya por su prudencia y discreción y por otras prendas de carácter muy superiores a su temprana edad.

Comprendiendo Luis XIV que la reina gobernaría a Felipe, buscó a continuación una persona que gobernase a la reina y encontró a la princesa de los Ursinos, dama francesa que llegó a ser célebre en la corte de España y en la política de aquel siglo. El marqués de San Simón la retrató así en sus memorias: "Era una mujer más bien alta que baja, morena, con ojos azules, que decían lo que quería; torneada cintura, hermosa garganta, rostro encantador, aunque no bello y aspecto noble. Tenía en su porte cierta majestad, y tanta gracia aún en la cosa más insignificante, que a nadie he visto que se pareciese, ni en cuerpo ni en entendimiento; agasajadora, cariñosa, comedida, agradable por sólo el placer de agradar y seductora hasta un punto que no era fácil resistir. Añádase a esto cierto aire que al propio tiempo que anunciaba grandeza atraía en vez de imponer: su conversación era deliciosa, inagotable y divertida, como quien ha visto muchos países y conocido muchos personajes; su tono de voz y manera de hablar agradables y dulces. Había leído mucho y meditado bastante; y como había tratado tantas gentes, sabía recibir a toda clase de personas, por elevadas que fuesen... Como tenía mucha ambición era también dispuesta a intrigas; pero era una ambición elevada, muy superior a la de su sexo y a las de muchos hombres". Llamábase Ana María y era hija de Luis, duque de Noirmoutiers, del ilustre apellido de la Tremouille. Casó primero con Adriano de Talleyrand y en segundas nupcias con el duque de Bracciano, Flavio de Orsini.

La princesa no tardó en adquirir una influencia decisiva sobre el rey y la reina. Si para agradar a Felipe V daba fiestas en las que se representaban las obras de Corneille y Molière, para ganar el afecto de los españoles se puso a la cabeza del partido formado por el conde de Montellano que, aceptando la dinastía de los Borbones, quería que ésta se españolizase.

La regencia confiada a María Luisa por hallarse Felipe V en Italia (1702) contribuyó a robustecer el crédito de la princesa de los Ursinos, que llamaba a dicho tiempo la época de su "primer Ministerio". Enemistada Ana con Portocarrero, Luis XIV resolvió que Ana saliese de España, pero el prestigio de la princesa era tan grande para Felipe V, que el monarca francés hubo de esperar a que su nieto marchase a la frontera de Portugal. En vano se resistió María Luisa a complacer a su suegro, porque al fin salió de la corte su íntima consejera, si bien pudo conmutar su confinamiento a Roma con el del mediodía de Francia adonde se dirigió por último; y de esta circunstancia al parecer insignificante sacó no mucho después la princesa el partido que deseaba, pues habiendo obtenido permiso para pasar a Versalles, desbarató todos los cálculos del anciano monarca y consiguió volver a España con mayor ascendiente que en tiempo alguno, restableciendo ministros y consejeros que el embajador Grammont había hecho separar durante su ausencia. Su entrada en Madrid fué un verdadero triunfo. Salieron los reyes a esperarla fuera de la población y quisieron que ocupase un asiento dentro de su carroza, aunque ella tuvo la prudencia de no aceptar honra tan desusada. Fué recibida en la corte como si en su nombre estuviesen vinculadas las esperanzas de la monarquía y el mismo Luis XIV la hizo depositaria de toda su confianza.

Al morir María Luisa de Saboya perdió la princesa de los Ursinos su mejor apoyo. Una galería que hizo construir desde sus habitaciones a las del monarca, y el retiro absoluto y misterioso en que mantuvo durante ocho meses a Felipe, hombre de imperioso temperamento, dieron origen a los rumores recogidos por Saint Simon y otros, que los aprendieron de Alberoni, cuyo testimonio es sospechoso: decíase que Ana ya septuagenaria, aspiraba a la mano del rey que contaba treinta años de edad. Lo cierto es que Felipe había dicho a la princesa: "Buscadme una esposa" y que Ana, engañada por Alberoni, contribuyó a que la elección del monarca recayese en Isabel de Farnesio, la cual si se había de creer al astuto Alberoni, era "una buena parmesana nutrida con manteca y queso" de carácter tímido y fácil de dominar.

Dos cartas dirigidas por Ana a Isabel no tuvieron respuesta. Recelosa la primera adquirió informes que la llevaron a intentar que se deshiciera el casamiento y al efecto envió a Parma un hombre de confianza para suspenderlo, pero el mensajero, amenazado de muerte a su llegada, guardó silencio y quedó efectuado el matrimonio por poderes. La ruina de Ana estaba resuelta. "Sólo os pido que despidáis a madama de los Ursinos", escribía Isabel a Felipe V; y el rey respondía: "Si os habla solamente dos horas, os cautivará".

Los desposorios debían ratificarse en Guadalajara y la princesa de los Ursinos determinó adelantarse hasta Jadraque para dar aquel testimonio de respeto a la nueva soberana. En Jadraque pues, se avistaron las dos princesas y sin preparación alguna estalló la catástrofe del drama que habían forjado sus mutuos resentimientos. Recibió la reina a la princesa con fingida afabilidad, y creyendo ésta sincera su benévola demostración se permitió hacerla algunas observaciones sobre la crudeza del tiempo, que era el 24 de diciembre, sobre la hora un tanto intempestiva y parece que sobre el tocado que llevaba la reina, que no debió juzgar muy a propósito o de muy buen gusto.

Indignada la altiva señora por semejante atrevimiento, llamó al capitán de su guardia y le mandó que sacase a aquella mujer de allí y la llevara adonde no volviera a insultarla más con sus insensatas advertencias. Acto continuo la metieron en un coche, sin permitirla ni aún mudar de traje y sin consideración al extraordinario frío que estaba haciendo, ni a la nieve que casi interceptaba los caminos, la obligaron a tomar el de Francia, sola con una criada y dos oficiales, privada de todo auxilio y con todas las apariencias de un reo de Estado o de una mísera aventurera.

Consolábala en medio de su desventura la esperanza de que al saber Felipe el injusto tratamiento a que se le había sometido, desaprobaría tan violenta resolución; pero pasaron días, y al cabo recibió una carta del mismo rey, que se reducía a permitirla que tomase descanso en el punto que le agradase y a prometerla que se le pagaría su pensión con toda puntualidad. De este modo llegó a París y fijó su residencia durante algún tiempo en casa de su hermano el duque de Noirmoutier.

No logrando despertar el interés de aquella corte, porque así convenía al duque de Orleans, aunque se le concedió una renta de 40.000 libras, y mal recibida en Holanda por los estados generales, fijó su residencia en Génova y después de la caída de Alberoni se estableció en Roma. Allí encontró a dos antiguos enemigos, Alberoni y Giudice, también desterrados.

Vivió en el lujo gracias a las pensiones de Francia y España; dirigió los asuntos de los Estuardos y al morir, aunque octogenaria, su cuerpo no se había doblado al peso de los años y su espíritu conservaba la alegría y algunos atractivos.

Hoy se conservan Memorias y Cartas no desprovistas de valor literario, escritas por aquella mujer que tanto influyó en la política de una época.

EMBUSTE PIADOSO

Por MAXIMO LUIS AMBAO

I

Oscar Medina salió de su casa agitado, nervioso. Un dejo de amargura advertíase en la comisura de sus labios.

La escena que sostuvo con su mujer le ha dejado apenado. La pobre tísica recordóle sus deberes de esposo, de hombre bueno y reclamó la presencia de él a su lado, ¡ahora que le restaban tan pocos días de vida!... Hablóle ella con voz dulce, cautivante, que le llegó al alma. Pintóle el puro amor que su corazón sentía por "su" Oscar, la dicha que la embargaba en los venturosos días precedentes a los de su enfermedad, lo mucho que se desvelaba por satisfacerlo en todo...

Y él, conmovido, sintiendo inundarse su alma de una profunda piedad, prometió no separarse de su lado y le mintió amor.

Y para que ella no le viese llorar, para que ignorara que él también sufría, habíase largado a la calle pretextando tener que liquidar un asunto pendiente de suma urgencia.

II

Reclinada indolentemente en un diván de su elegante gabinete, la hermosa Olga Terrán contempla, con ojos semicerrados, las espirales de humo de su cigarrillo egipcio, que se pierden en la habitación.

Un regio confort impera allí. Ricos tapices de magníficos dibujos, suntuoso moblaje estilo Luis XV, espléndida araña de brazos dorados, valiosos cuadros de pintores famosos..., en fin, que allí hay de todo cuanto una mujer ambiciosa pueda desear. La estancia se halla iluminada por la rojiza luz de una ampolla eléctrica que hace más encantadora la intimidad de ese albergue.

Amante de Oscar Medina, lígale a él su extremado afán de lujo. No le ama, ni mucho menos, pero con él tiene cuanto apetece. Sabe que basta una sola palabra suya para ser complacida en el acto.

De pronto llaman a la puerta. Acudió a abrir y se halló frente a su amante. Arrojarse en sus brazos y besarlo frenéticamente en la boca fué cuestión de segundos.

—Oscar, qué malo eres—reconvino mimosa.—¡Cuánto tiempo sin verte!...

—Una semana nada más, queridita.

—Es mucho para una mujer que te quiere como yo te quiero—mintió ella cínicamente.—¿Por qué has estado tantos días alejado de mi lado?

—Mi mujer...—disculpóse él—Tú comprenderás. La pobre está muy enferma y no sería humano hacerla morir en la creencia de que ella no significa nada para mí; de que su hermosura de ayer, no consiga retenerme hoy.

—¿Entonces tú...?

—Le he dicho que sólo a ella amo, que mis relaciones contigo no habían tenido mayor trascendencia, que sólo fueron el resultado de unos instantes de inconsciencia, de locura. Le aseguré que ya te había dejado...

—¡Eso dijiste!...

—Y que no me separaría de su lado, que la acompañaría hasta la muerte...

—¡Esto más!...—exclamó irritada Olga.

—Sí, Olga, sí. Debemos separarnos por unas semanas. Sé buena—añadió implorante.—Accede...

¿Acceder? ¿Y quién pagaría sus lujos, sus caprichos? ¿Dónde encontraría en ese breve lapso de tiempo otro tonto a quién desplumar?

—¡Nunca!—clamó ella, fingiendo admirablemente—¿Crees acaso que por una tísica voy a perder tus caricias?

—Es tan sólo por poco tiempo. En cuanto ella deje esta vida seré tuyo otra vez, más que ahora puesto que seré libre...

—No quiero saber nada—interpuso enérgica.—Mío o de ella. Elige.

—Es que...

—Por última vez, ¿te quedarás a mi lado?

—Pero no es posible que tú, siendo tan buena...—dijo tratando de ganar su corazón.

—No me vengas con zalamerías. Mío o de ella.

Y al decir así, se irguió altanera, segura de su triunfo.

Oscar vaciló antes de tomar una resolución. Esa mujer le atraía poderosamente; sentía por ella una extraña pasión.

Pero sus sentimientos de hombre bueno predominaron al fin. Vió claro el egoismo de su amante y la resignación con que Amelia había soportado su alejamiento. Y asqueado, en un gesto de valentía, contestó al reto de esa mala mujer:

—¡Sea!...

Y decidido, tomó el sombrero y salió, dando un fuerte golpe a la puerta que se estremeció bajo sus goznes.

Olga le vió salir y permaneció inmutable. Le juzgaba como a la mayoría de los hombres: débiles y sujetos a las veleidades de las mujeres coquetas, caprichosas. Se encogió de hombros y una sola palabra salió de sus carmíneos labios.

III

Anochece. El departamento de los esposos Medina se halla envuelto en espeso velo de tinieblas. Los últimos rayos del muriente sol de invierno que se cuelan por los intersticios de la entreabierta persiana del balcón, ponen en el ambiente cálido y perfumado de la habitación, una nota de triste nostalgia. De la calle, asciende confuso clamoreo de voces humanas y un trajinar continuo de vehículos de todas clases: es el Buenos Aires comercial que abandona el trabajo...

Tendida en el lecho, apoyada la lívida cabeza en los blancos almohadones, Amelia parece muerta. Tiene los ojos brillantes, fosforescentes, circundados de grandes y violáceas ojeras; la boca contraída en un rictus doloroso. Los cabellos sueltos, caen desordenadamente sobre sus hombros, siendo vanos los esfuerzos que unos dedos largos y afilados, realizan por arreglarlos.

La vista fija en el infinito, en el más allá, Amelia espera tranquila la muerte. Cree que su marido la ama y esto la hace feliz, inmensamente feliz.

Oscar, junto al balcón, deja vagar su imaginación en pensamientos imprecisos, obscuros.

—Oscar—dijo ella con voz débil.—Ven, acércate...

Él obedeció y fué a su lado.

—Más cerca. Así... Escucha, Oscar. Siento que me voy, que la vida se acaba para mí...

—No digas eso. Tú vivirás muchos años...

—No trates de engañarme y engañarte. Debemos resignarnos. Lo siento por ti, que no tendrás ya a tu esposa para cuidarte. Las amantes no sirven para eso...

—¡Ah!, no, no—protestó él, mintiendo piadosamente.—Ninguna mujer fuera de ti, logró poseer ni poseerá nunca mi cariño, mi amor.

—¿De veras, Oscar, de veras?—preguntó ella gozosa.

—Te lo juro... Pero no hables más. Te fatigas mucho y eso te hace daño.

—¡Es que me haces tan dichosa!...

Permanecieron largo rato silenciosos. Él, acariciándole suavemente los cabellos; ella, mirándole dulcemente a los ojos.

El sol habíase ocultado en el horizonte. Densas sombras sumieron por completo la habitación en las penumbras. Hasta allí llegaban débiles, los opacos reflejos de los focos eléctricos de la calle.

—Oscar, Oscar...—dijo ella de pronto, con una voz tan débil que parecía un murmullo.—Esto se acaba... Acércate más... Quiero llevarme tu rostro bien impreso en mi retina... Así... Así... Que... bueno... eres...

No dijo más. Una convulsión sacudió todo su cuerpo y un último vómito de sangre esputó su boca.

Y el embuste piadoso dió sus frutos. Una sonrisa de felicidad desdibujábase en los descarnados labios de la moribunda.

Y con su vida, extinguiéronse en un piano cercano, los últimos arpegios del "Ave María" de Gounod...

LOS SERVICIALES, por Blay



—Señorita: ¿me permite que le resguarde con el paraguas?
—¡No, señor!
—Nunca creí que con tanta agua me diera una contestación tan seca...

ANSIEDAD DE OLVIDAR

He llegado a este parque con el alma tranquila.
He vestido mi traje de olvido esta mañana.
¡Despojado de todas mis páginas sombrías
gozo la inmensa dicha del que no siente nada!

El aura suspirante, parece en mis cabellos,
una mano de novia que los acariciara;
mientras marcan mis pasos un ritmo somnoliento
por una senda angosta que alfombra la hojarasca!

Una fiesta de trinos celebran en las frondas
las aves tempraneras; elevo las miradas
a los palacios verdes que edifican las hojas,
y en ellos mis pupilas de paz y amor se bañan!...

¡Qué bien se está en un parque tranquilo y solitario!
¡Qué gozo, despojarse de las férvidas ansias!
¡y vivir insensible, y beber en el vaso
del olvido, un buen sorbo, de una vida hecha lágrimas!

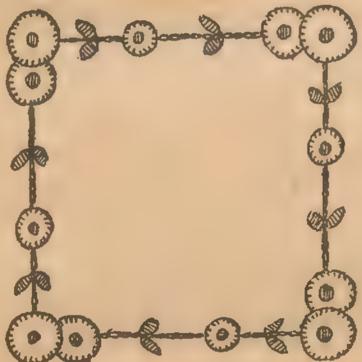
Ricardo M. LLANES.

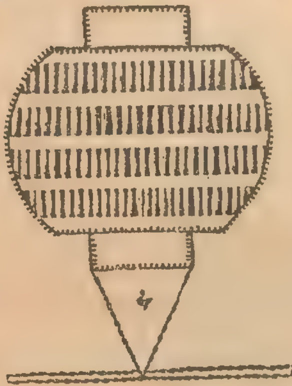
LA MUJER Y EL HOGAR

Un poco de lencería

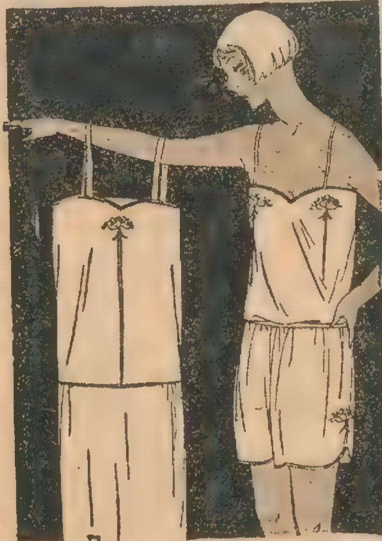


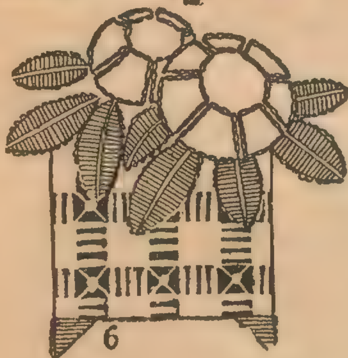














A pesar de ser muy simples y poco cargadas de adornos, estas piezas de lencería resultan muy graciosas y elegantes.

La N.º 1 es encantadora y su ornamentación consiste solamente en un conjunto de vainicas y un cuadrado bordado al pasado y festoneado con algodón, cuyo dibujo adjunto (2). Es de crespón de China rosa pálido, completando el juego una hermosa cofia igualmente adornada.

La N.º 3, en crespón de China amarillo, lleva como adorno un farol veneciano, cuyo modelo (4) también acompaño. Los contornos son festoneados y su interior lleva vainicas que le dan un aspecto original; los dobladillos están vainillados y las manguitas del camisón y el volado del calzón finamente pasados.

El N.º 5 es de seda malva, no tiene más adorno que una canastilla de flores, cuyo detalle (6) podréis observar. La canastilla lleva calados y las flores y hojas se bordan al plumetis y punto de hierba.

El N.º 7 es de linón cremita o lila, muy coqueto con sus grandes ondas de festón, que pueden ribetearse o festonearse, y la umbela que lo adorna (8) se bordan con nudos y plumetis.

CONSULTORIO DEL HOGAR

Limpieza de los encajes.—Los encajes blancos se meten en un recipiente en el cual se han puesto una disolución de carbonato de sosa en agua tibia. Se dejan remojar durante veinticuatro horas y luego se arrollan. Se aclaran en agua fría y se prenden de cada diente sobre una tabla envuelta en un pedazo de lana. Si se quiere darles un poco de apresto se pasa un poco de agua engomada con un pincel.

Cuando el encaje tiene manchas se pone en un poco de agua de Javel cortado con agua, la operación debe hacerse con mucha suavidad y volver a empezar si un primer ensayo ha quedado sin efecto.

El encaje de color de marfil se lava del mismo modo y después se aclara con un poco de cerveza.

Para los encajes de color gris se hace la misma operación y se pasan luego por un poco de te.

Los encajes negros se meten en un recipiente con agua y algunas gotas de amoníaco, se mueven sin restregarlos y después se tira al agua y se vuelve a empezar la operación hasta obtener un éxito perfecto, se prenden los picos sobre una tabla recubierta de lana y se pueden engomar.

Algunas personas emplean la cerveza, el te o el café, pero lo mejor es el amoníaco como resultado de limpieza y para conservar su brillo al color negro.

Varios medios de quitar las manchas.—Según el género de la mancha se emplea el remedio. Las manchas de grasa de ruedas de coche, se tratan con grasa o con aceite, lo mismo que las manchas de pintura. Primero se ablanda la mancha y al efecto nada mejor que un cuerpo graso, después se raspa suavemente de modo a no llegar hasta el tejido. Cuando el tejido queda descubierto se acaba la operación empleando las bencinas, la esencia mineral, o mejor que todo espolvoreando la mancha con polvo texiano. Las manchas de bujía son muy fáciles de quitar sin mucho aparato, y sin embargo, muchas veces se comete la falta de pasar un hierro caliente encima a través de un papel de seda cuya misión de absorber el cuerpo grasiento pero que en realidad toma muy poco dejando la mayor parte meterse en el tejido.

Es mucho más sencillo raspar suavemente la cera aglomerada y pasar luego un poco de alcohol encima y hasta un poco de agua con un trapo. Se frota enérgicamente y la mancha desaparece sin dejar ningún círculo de grasa.

El petróleo con su fluidez es desastroso y mancha todo lo que tiene la desgracia de encontrarse a su contacto. Los papeles los libros, las telas, todo sufre la ley inevitable de las manchas. El polvo texiano es maravilloso para quitar radicalmente estas manchas: se espolvorea el sitio manchado, se frota ligeramente y se quita el polvo, después se pone otro fresco y poco tiempo después todo ha desaparecido. Esta es una excelente receta llamada a prestar muchos servicios en los desperfectos ocasionados por las lámparas sobre libros, pruebas, manuscritos. Con este polvo todo se vuelve a poner en buen estado.

Las manchas de grasa se quitan sea con agua y jabón, cuando son recientes, o con bencinas y esencias minerales. El agua de jabón tiene la ventaja de no quitar el color y de no dejar círculos.

El jarabe, el café, las manchas de azúcar se quitan sólo con agua.

Las manchas de ácidos no pueden quitarse, pues el color queda comido, en estos casos no hay más que tapar la mancha o quitar el pedazo.

Las manchas de tinta.—Tan pronto como se ha derramado la tinta sobre el tejido se pone inmediatamente leche encima; a falta de leche se echa vinagre y se restrega, después se seca y se vuelve a empezar, hasta que la tinta haya desaparecido. Después se enjuaga en agua clara.

Cuando la mancha de tinta ha caído sobre madera, el agua de Javel está indicada, primero pura y después con agua. Es preciso frotar con un cepillo a fin de que la tinta salga bien, después se aclara sin dejar de frotar.

Conocimientos de economía doméstica

La comodidad de la habitación.—El mobiliario de cada habitación ha de ser completo y sólo reuniendo estas condiciones hallaremos en la casa el verdadero confort.

El comedor tendrá como buenos muebles esenciales, la mesa, el bufete, las sillas y las lámparas o luces.

La mesa es cómoda si no es ni demasiado alta ni excesivamente baja. Las mesas de comedor altas obligan a adoptar una mala posición de cuerpo y a abrir los brazos para comer. Si son bajas pueden mantenerse los brazos más unidos al cuerpo y conservar por lo tanto una aptitud correcta, aun en el momento de cortar algún manjar.

El bufete ha de ser capaz para contener la vajilla, las botellas, vinagreras, los postres, etc., etc., y ha de estar provisto de cajones para cubiertos y servilletas. Muy útil es poseer además del bufete una mesita o mueble auxiliar llamado trinchante, donde se depositan algunos platos u otros objetos.

Las lámparas han de poseer alguna pantalla para que la luz no hiera directamente los ojos. Modernamente se usan mucho las lámparas en el techo, o los candeleros en la pared. No obstante la lámpara central con su pantalla da a la habitación un aire de mayor intimidad familiar.

El salón ha de tener muchos muebles para sentarse que sean blandos y que puedan agruparse en forma de tertulia.

Los dormitorios tienen como muebles esenciales, las camas, el lavabo y los armarios.

Las camas son cómodas si están provistas de buenos colchones bien hechos, que no conserven la huella del cuerpo. Los abrigos de cama cómodos e higiénicos al mismo tiempo, son los que tienen poco peso y abrigan mucho. En el invierno son cómodos los acolchados los cuales reúnen ambas condiciones.

Los lavabos se hallan generalmente en los dormitorios, aun que modernamente hay tendencia a colocarlos en el cuarto de baño. De todas maneras se procurará que tengan agua corriente.

Además de un armario es conveniente que haya una mesa de luz.

En el recibidor o hall el principal mueble es el paragüero.

Consultorio femenino

María Rosa. M. Quilmes.—Para tener las piernas más gruesas es preciso caminar bastante y hacer bastante ejercicio a fin de desarrollar los músculos.

Las fricciones diarias con agua de Colonia son excelentes para acelerar la circulación.

El salto a la cuerda, la carrera, el paso acelerado, el baile, las flexiones y extensiones de las piernas conforman bien las pantorrillas.

La fricción siguiente da buenos resultados:

Esencia de trementina..	5	gramos
Rom.	100	"
Romero	2	"
Sal de cocina.........	5	"

Se fricciona todas las noches después de diez minutos de cultura física con movimientos especiales de flexión y extensión de las piernas.

Morocha de ojos verdes. Capital.—Báñelos con agua bastante caliente, comprímalos y úntelos por la noche con la pomada siguiente:

Yoduro de potasio.......	20	gramos
Lanolina	50	"

Cuando empiecen a disminuir, lociónelos con:

Agua de rosas..........	10	gramos
Esencia de lavanda.......	10	gotas
Alumbre	20	gramos

NOTA.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

COLABORACION ESPONTANEA

Piadosa

A un áureo zascandil.

Aunque el oro más brillante que creara tu avaricia,
hoy te cerque con su aureola, serás bajo, y serás vil,
no se compran los blasones con tesoros de impudicia,
ni se alquilan los abrigos de la torre de marfil.

Yo te veo de la altura donde el aura me acaricia,
donde hay luz, donde hay perfumes, donde flota lo sutil,
soportando que las gentes te salpiquen de inmundicia,
incapaz de rebelarte con arresto varonil.

Pobre rico que te engríes de tu inmenso poderío,
yo que tú llorara siempre por el gélido vacío,
de esa testa acostumbrada a doblarse ante el patrón.

Pero como ni mereces mi desprecio, yo me apiado
de tu suerte, miserable poderoso potentado,
y te honro al insultarte en mi límpida canción.

E. RODRIGUEZ GARCIA.

Consuélate...

(Para Delia).

Inspirada en tus íntimas quimeras,
me dijiste, con ánimo abatido:
"¡Qué desdicha el no habernos conocido
allá en mis diez y siete primaveras!..."

Y quedaste apenada por los años,
que han pasado a partir de aquella fecha,
cual si la triste cuenta vieras hecha
de todos tus amargos desengaños.

Consuélate, mi bien, que en esta vida
es la dicha una cosa prometida,
que sólo en sueños nuestro anhelo alcanza.

Renovemos la fe en nuestro destino,
que así podrá alumbrarnos el camino
la benéfica luz de la esperanza.

Diego DOSIL SANCHEZ.

Más que todo

Más que todas las cosas, quiero con todo mi corazón este amor que me hace vivir una vida ilimitada en este universo.
Kabir, XXIV, 1.

Más que todo, Señor,
quiero este amor.

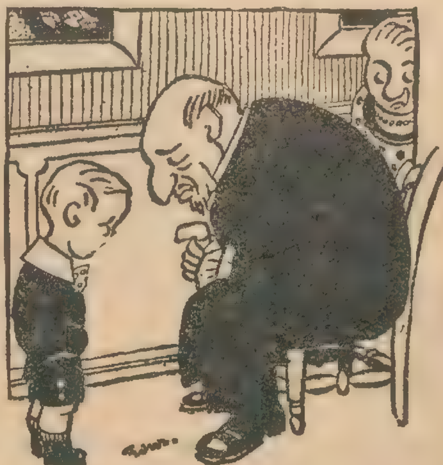
Este amor sereno,
suave y cantarino,
este amor que es bueno
porque de tu seno
a mi seno vino;
porque en mi extravío
me dió el blando arrullo
que nos da el estío,
y porque es tan mío
siendo, así, tan tuyo...

Más que todo, Señor,
quiero este amor.

Ahora en las radiosas
tardes, tengo rosas
para mi balcón,
y hay sobre mis cosas
olor de olorosas
frutas en sazón.
Ahora mi arroyuelo
es un pequeñuelo
que de cara al cielo
brinca en el jardín.
¡Loor al escalpelo
de mi torpe anhelo
que logró su fin!

Más que todo, Señor,
quiero este amor.

Este amor en que hundo
mi diafanidad,
que me da en el mundo
un vivir profundo
de una eternidad;
este amor sereno
suave y cantarino,


LÓGICA INFANTIL

El médico de la casa.—Vamos a ver, Juanito. ¿Qué hace falta para ir al cielo?
Juanito.—Morirse.
—Muy bien. ¿Y para morirse?
—Ponerse malo y llamarlo a usted.

este amor que es bueno
porque de tu seno
a mi seno vino...

Más que todo, Señor,
quiero este amor.

Emilio GERMAN ANDRICH.

El arroyo

(Para "Fray Mocho".

Va la esmeralda rayando
un hilo de agua y se pierde...
Obsesionado de verde
se desliza serpenteando.

Un viejo sauce llorón
describe un arco triunfal;
parece que en el cristal
destiñe haciendo un borrón.

Allá un flamenco salvaje
da una nota encantadora
porque su bello plumaje
recogió un poco de aurora.

Se apaga al irme alejando
una variación muy grata
que va el arroyo entonando
como en un flautín de plata.

Luis A. de LEON.

El valor de Adela

Mi hermanita Adela, la otra tarde
me decía que, sin hacer alarde,
era ante el peligro valerosa;
y que llegando la ocasión, un día,
me iba a demostrar su valentía
porque no la creyera mentirosa!

Pero ayer, temblorosa y jadeante,
mi hermanita, con pálido semblante,
entró corriendo a mi habitación;
todos nos alarmamos en la casa;
y al inquirirle yo.—¿Qué es lo que pasa?
Me contestó llorosa.—¡Era... un ratón!

Domingo F. ARIETTI.

La carta

—Con que grata alegría
reciben las mujeres una carta,—
pensaba Beatriz, mientras leía
una misiva de su hermana Marta.

En ese mismo instante,
la madre de Beatriz, sola lloraba.
Leyendo cierta carta de un amante
que mucho tiempo ha, la cortejaba.

Y mientras una ríe y otra llora,
el novio de Beatriz está abatido
pues ve, que con dolor pasa la hora
y el cartero a su casa no ha venido.

Risa, llanto y amor
unos pocos renglones significan
¡y pensar que al dolor
esos pocos renglones multiplican!

S. P. SCHERINI.

Primaveral

La tarde majestuosa, lenta oscila
la magnitud del astro que se oculta,
mientras la sombra leve la sepulta
con su tono atrevido semilila.

Una estrella asomada que titila
como si parpadeara, se consulta
con el ambiente suave que resulta
la anunciación crepuscular, tranquila;

y el frescor de las brisas ya recubre
la galana expresión que nos da octubre
con este anochecer primaverino,

mientras la ronda juvenil empieza
su culto a la feliz Naturaleza
que en la sangre volcó su ardor divino...

Alberto M. DURELLI.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18 — Sábados: de 9 a 12 — U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre „ „ $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre „ „ „ 5.00	Semestre. „ „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . „ „ „ 9.00	Año. . „ „ „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



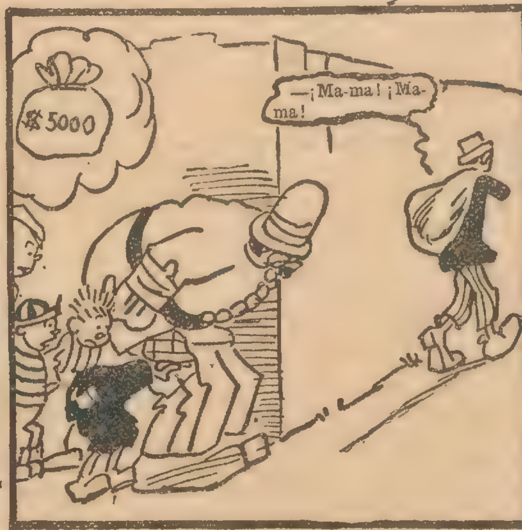


















No hay salud posible sin sol

La helioterapia, el gran remedio

Parece que nos obstinamos en no querer aprender la lección de la luz del sol, que la naturaleza nos está dando constantemente. La del aire fresco, empezamos a estudiarla y practicarla, pero sólo empezamos, pues aún hay miles de personas que viven con las ventanas cerradas día y noche cuando siempre debieran estar abiertas. La luz del sol es necesaria para la salud, para la vida y esto lo comprenden pocos, casi nadie.

En las ciudades y aun en el campo encontramos magníficas casas, pero casi siempre, por temor a que se estropee el mobiliario, por temor a las corrientes de aire, porque la luz mortifica, las ventanas están cerradas, las habitaciones obscuras y a menudo húmedas, excelentes condiciones para el desarrollo de toda clase de bacterias.

En estas casas, la anemia, la falta de salud tiene que ser la regla.

Las plantas que crecen dentro de las habitaciones, sin recibir directamente los rayos del sol, echan brotes débiles y pálidos, desprovistos de clorófila que sólo el sol procura, crecen macilentas, pobres, sin energía. El sol en las plantas mide la distancia entre la vida y la muerte. Otro tanto pasa con la planta humana. La persona que vive encerrada en su casa está pálida, es débil, su sangre es pobre, ligeramente teñida de rojo. La sangre roja y fuerte, el rosado color de las mejillas, los labios de granada, los reserva el sol para los que demuestran amor.

La luz del sol es energía, es poder. Los árboles se inclinan para buscarla y crecer bajo sus rayos, pinta de brillantes matices las flores y da a las mejillas el arrebol de la salud.

Sin luz no existiría el mundo. La vida no es posible en la obscuridad, la razón se pierde, la salud desaparece, la muerte llega.

El alimento que tomamos, el aire que respiramos no bastan para sostener la vida, necesitamos de la luz del sol. La luz del sol ya directa, ya difusa al caer sobre el cuerpo es absorbida en parte y en parte reflejada. Cuanto más morena es la piel mayor es la absorción. La cantidad de energía de luz que llega al cuerpo vestido, no es grande, pues casi todos los rayos son absorbidos por la ropa, por consiguiente, la cura al sol, la helioterapia, no se practica sentándose o paseándose al sol con la ropa puesta.

La energía que da la luz del sol es recogida por la sangre y repartida por todos los órganos del cuerpo humano y sirve no sólo para la buena manutención del cuerpo, sino para curar una infinidad de enfermedades.

En la antigüedad la cura al sol fué muy practicada, pero después se olvidó y abandonada ha quedado durante cientos de años hasta hace poco que ha vuelto a merecer la atención de la medicina.

Entre los niños raquíticos, los resultados de este tratamiento es asombroso y lo mismo sucede con los que sufren de tuberculosis ósea. Durante varias horas se expone al paciente en cueros a la luz del sol y casi sin excepción se les ve ganar en peso, en color, en fuerzas, hasta llegar a la completa curación.

En los casos de anemia los resultados son idénticos. La sangre, falta de glóbulos rojos se refuerza, se vigoriza, se tonifica y recupera, gracias al sol, la hemoglobina de que carecía.

Remedio excelente, por la misma razón, es para la debilidad, la tuberculosis, la neurastenia y para las convalecencias de las enfermedades. Expuestos debidamente al sol, estos enfermos mejoran rápidamente con este tratamiento. Las heridas tanto externas como internas reclaman como excelente remedio los baños de sol. En los hospitales de sangre se han establecido solanas en donde se exponen al sol los soldados heridos y los convalecientes, y sus benéficos resultados no han tardado en hacerse patentes. En muchos casos en que los rayos X han fallado, los rayos solares han triunfado.

En las enfermedades cutáneas, las curas son brillantísimas. Como casi todas estas enfermedades son de origen bacteriano la explicación no es difícil, pues la luz del sol es el bactericida más eficaz que se conoce. Eczemas, lupus, psoriasis y otras se curan rápidamente por este tratamiento.

Es la helioterapia el tratamiento de las enfermedades por medio de los rayos del sol cayendo directamente sobre el cuerpo desnudo del paciente o por la aplicación concentrada de los mismos por medio de lentes o reflectores cóncavos en los lugares donde está localizada la dolencia. En el caso de la adenitis cervical, por ejemplo, se proyecta un haz concentrado de rayos solares sobre las glándulas del cuello, durante media hora y después se toma un baño de sol general.

Para que este tratamiento dé el resultado apetecido, no hay que llevar ni la más tenue vestidura y exponer todo el cuerpo a los rayos solares protegiendo únicamente la cabeza.

Para acostumbrar al paciente gradualmente se empieza por exponer al al sol durante diez o quince minutos, los pies y la pierna de la rodilla para abajo. El segundo día la exposición abarca los muslos, al tercero de la cintura para abajo y al cuarto ya, el cuerpo entero. El tiempo, igualmente se va aumentando todos los días hasta que el baño de sol dure una hora o más. En invierno el tiempo del baño puede ser de horas, durante varios días.

Sea cual fuere la clase de enfermedad que se desea curar, el baño de sol ha de ser total, es decir, exponiendo todo el cuerpo a los rayos solares y de esa manera, toda la sangre que circula por la superficie del cuerpo recibirá la influencia bienhechora de la luz del sol.

La reintroducción de la helioterapia, añadida a los importantes descubrimientos que durante los últimos veinticinco años se han hecho en el campo de la bactereología, promete grandes victorias sobre las enfermedades de origen bacteriano.

¿Dormimos mucho o poco?

Mucho se ha hablado de la cantidad, mejor dicho, del número de horas que debemos dormir, y todavía ni nos han convencido ni nos hemos puesto de acuerdo sobre la duración que debemos dar al sueño, ni es probable que se pueda señalar una cantidad de horas marcadas, como es imposible afirmar que las únicas botas que conviene use la humanidad sean las del núm. 37.

Hace algunos años se trató, con gran interés y calor, la cuestión de la duración que debíamos dar al sueño, y muchos abogaron por la jornada de cuatro horas, no de trabajo, sino de descanso en la cama, presentando numerosos ejemplos y queriendo demostrar que todo lo que pasara de dormir cuatro horas era perder el tiempo y que el poco dormir no estaba reñido en la longevidad.

Littré, el gran filósofo francés, que dedicó veinte años de constante trabajo a hacer su diccionario, trabajaba hasta las tres de la mañana y a las ocho se levantaba. Sin embargo, murió a los ochenta años.

Sir Jorge Elliot durmió sólo cuatro horas al día, durante los tres y pico de años del sitio de Gibraltar, y llegó a vivir ochenta y cuatro años.

Otros grandes trabajadores se han acortado grandemente las horas de sueño.

Napoleón dormía muy poco, cuatro o cinco horas; sobre todo en campaña era lo que le bastaba para recuperar las fuerzas gastadas, aunque este ejemplo no debiera citarse, pues el "Cabito" sólo vivió cincuenta y dos años.

Estamos cansados de saber que privar a un individuo del sueño es condenarle a la más horrible de las muertes. Nada abruma tanto como la falta de sueño, y nada refuerza, restaura y vigoriza el cuerpo y el espíritu como unas horas de tranquilo y sosegado dormir.

De esto nadie duda, y, sin embargo, los defensores del sueño corto afirman que tanto reponen cuatro horas de sueño, como diez o doce, lo que viene a ser como afirmar que tanto cansan cuatro horas de trabajo como doce, y que el mucho dormir atonta los sentidos y debilita en lugar de fortalecer.

Querer regularizar el sueño es querer reglamentar lo que no admite reglas, a no ser haciendo una para cada individuo, y ésa variable según las circunstancias y condiciones de cada uno.

La función natural del cerebro es la actividad, y en el desempeño de sus naturales funciones necesitará de menos tiempo para la reposición de un desgaste que cuando se le someta a una actividad extraordinaria.

El individuo mismo podrá regularizar su sueño atendiendo a su trabajo, a su constitución y a su costumbre. Un hombre acostumbrado a dormir ocho o nueve horas, sentirá graves trastornos si de repente se acorta la ración a la mitad, y viceversa una persona acostumbrada a dormir poco, porque su desgaste, su trabajo o su naturaleza no le pidan más no podría prolongar su sueño si le obligasen a quedarse en la cama el doble del tiempo a que estaba acostumbrado.

En resumen; tan falto de sentido es fijar la cantidad de sueño en cuatro horas como en ocho, como sería locura fijar en 30 o en 3.000 gramos la cantidad de carne que un hombre debe comer. Depende del estómago de cada cual.

Si es verdad que ha habido bastantes hombres que con pocas horas de sueño han llegado a los ochenta años y aún más, no es menos cierto que muchísimos que sacrificaban sus horas de descanso han muerto jóvenes, y que hay dormilones, verdaderas marmotas, que tienen una salud a prueba de bomba y tienen más años que un palmar.

En una palabra: cada cual debe estudiarse a sí mismo y marcarse el número de horas que necesita o le pida el cuerpo.

Las cárceles estadounidenses

El sistema favorito de castigo en los Estados Unidos es el de confinamiento solitario, o como si dijéramos, el sistema celular absoluto. La sombría celda de la cárcel de Sing-Sing causa terror. Constitúyela un aposento bastante grande, todo de piedra, donde no hay más que un mueble: un banco de granito, en el cual puede tomar asiento o acostarse cuando le plazca, el ocupante de tal vivienda.

La única puerta de acceso mide treinta centímetros y medio de grueso, y se cierra con todo el cuidado que requiere una cerradura de seguridad contra los ladrones.

Una vez dentro de la celda y echada la llave no llega a su interior el más mínimo ruido, y si hemos de creer a un carcelero yanqui que explica este sistema de castigo, el encarcelado no oiría siquiera el estruendo de una bomba que explotase en la misma puerta de la celda.

El mismo carcelero añade que ha visto entrar a muchos individuos en esta celda, y asegura que en ningún caso dejó de debilitar el castigo, tanto física como moralmente, al desgraciado preso.

Muchas veces hizo preguntas a los presos que habían cumplido condenas en aquel calabozo, y con raras excepciones, todos declararon que lo más doloroso del castigo era la dificultad de dormir, porque la obscuridad intensísima y el completo silencio producen un estado de agitación continuo que ahuyenta la sugestión del sueño.

El prisionero condenado a pasar el tiempo de confinamiento en la celda de que venimos hablando, que tiene ocasión de procurarse un alfiler, un botón o cualquier otro objeto insignificante es relativamente feliz, porque de ese modo no le falta algo con que distraer la imaginación. Ahora bien; ¿de qué sirve a estos desgraciados el alfiler o el botón? Ellos mismos se lo han dicho al carcelero. Cuando ya no pueden soportar el profundo silencio y la obscuridad que reinan en el recinto, se van al centro de la celda, tiran el alfiler o el botón lejos de sí, tapándose al mismo tiempo los oídos para no poder orientarse por el ruido que el objeto produce al caer, y en el acto se dedican a buscarlo entre las sombras.

El entretenimiento, por inocente que parezca, ha librado a muchos presos de volverse locos.

Tirando al suelo el botón o el alfiler, el preso se pone a gatas y recorre el piso de la celda, dándose de vez en cuando tropezones dolorosos con los muros o con el banco de piedra, y busca el objeto con gran cuidado; pero al decir de algunos, temen encontrarlo en seguida, porque entonces se pierde el interés y la excitación que la caza produce. Un preso que fué sentenciado a tres semanas de reclusión solitaria, dijo al salir que había conseguido encontrar un alfiler que había "perdido" al cabo de tres días de busca. En una cárcel yanqui se han dado casos de que hombres sentenciados a cien días de reclusión en la celda obscura, tardasen más de dos años en cumplir la condena, por haber tenido que salir a menudo de ella para pasarse temporadas en el hospital, y después de curados volver a ser sometidos a la pena del silencio y de la sombra.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Principales insectos y ácaros que dañan a los cereales en depósito. *(Conclusión)*

sulfuro, deben ser tapados, ya sea con papel pegado con engrudo, trapos, etc. Las puertas y ventanas deben prepararse con los mismos procedimientos. El techo o parte superior del granero, abiertos, pueden ser cubiertos con lonas o frazadas, debido a que la acción del vapor es hacia abajo.

El líquido puede aplicarse en platos playos, que se colocan encima de los granos, o también puede aplicarse el sulfuro directamente rociándolo encima de los granos. Cuando los granos no se destinan para semilla, es conveniente aplicar una parte del sulfuro en el interior del montón de granos por medio de un caño al cual se ha tapado previamente la extremidad. Una vez introducido el caño se le quita el tapón por medio de una varilla o alambre y se vierte una porción del sulfuro. Si el depósito es muy grande se puede repetir esta operación varias veces en otros sitios, a fin de repartir el líquido uniformemente.

La cantidad de bisulfuro de carbono que debe emplearse depende: 1.° De la cantidad de cereales que se deseen fumigar. 2.° Del cierre e impermeabilidad del depósito, y 3.° De la temperatura cuando se efectúa la fumigación. Cuanto más alta es la temperatura, más rápida es la evaporación y mayor cantidad de vapores para conseguir la saturación de la atmósfera. Al mismo tiempo, cuando la temperatura es alta los insectos son más activos, y debido a su respiración rápida, sucumben con mayor facilidad a los efectos del sulfuro. No se deben efectuar fumigaciones con el sulfuro de carbono cuando la temperatura no pase de los 16 grados centígrados. Las fumigaciones dan mejores resultados cuando la temperatura pasa de los 21 grados. Para la fumigación de parvas o graneros llenos, que permiten el cierre hermético, debe emplearse el sulfuro a razón de medio kilogramo por cada metro cúbico. Cuando no es posible conseguir un cierre hermético, se debe emplear doble cantidad de sulfuro. Para la fumigación de locales debe emplearse el sulfuro a razón de 1 kilogramo por cada 10 metros cúbicos, con una temperatura mínima de 20 grados centígrados.

En el caso de que la semilla no se destine para siembra, se puede prolongar la fumigación hasta 48 horas, pero en el caso de que se destine a ese fin, no debe exceder de 36 horas. Una vez terminada la fumigación se debe ventilar completamente el granero o depósito antes de entrar en él.

Precaución

Se debe tener en cuenta que los vapores del bisulfuro de carbono son sumamente explosivos, y, por consiguiente, no se debe entrar o aproximar a los graneros con fuego o luz. Aun es peligroso emplear el contacto de luz eléctrica en el depósito, por ser la chispa que resulta en el interior del contacto, suficiente para iniciar la combustión de los gases o vapores del sulfuro.

Destrucción de los gorgojos y palomitas por medio del calor

Una temperatura de 50 a 55 grados centígrados es suficiente para destruir todos los parásitos de los granos en depósito si se mantiene por 5 minutos. Debido a la dificultad de aplicar este procedimiento, para el chacarero, su uso se limita a los molinos y depósitos de granos, donde, frecuentemente, se encuentra instalados aparatos especiales.

Fumigación de los depósitos y graneros con dióxido de azufre

El humo que se produce al quemar azufre es de sumo valor en la desinfección de locales vacíos para destruir los insectos que puedan hallarse escondidos entre basuras, etc. Debido a la acción de estos vapores sobre el poder germinativo de los granos, su empleo queda limitado a la desinfección de locales vacíos. Debe emplearse a razón de 1 kilo por cada 25 metros cúbicos de espacio. Para efectuar la combustión del azufre, se le debe colocar en recipientes sin soldaduras, y sobre ladrillos si el piso es de madera. Para iniciar la combustión es suficiente verter y encender medio litro de alcohol de quemar por cada kilo de azufre.

FIEBRE AFTOSA

Breves indicaciones para combatirla

A. — Localización en la boca.

Abundantes y frecuentes lavajes con solución de vinagre al 50 por 100, o con emulsiones de creolina, acaroína, u otro antiséptico semejante, al 2 por ciento. Para estos lavajes bucales se empleará una jeringa de pera o un irrigador.

Distribuir algunos pedazos de sal de roca en los potreros, para que los animales puedan lamerlos a discreción.

A los animales más seriamente afectados se les puede suministrar 500 gramos de sulfato de soda (dosis para animales vacunos grandes), disolviendo esta sal en un litro de agua tibia; para los animales de tamaño mediano, novillitos y vaquilloncitas, la dosis será de 250 gramos; 50 a 80 gramos para los terneros.

Poner, en lo posible, los forrajes verdes y agua al alcance de los enfermos.

B. — Localización en las pesuñas.

Hacer pasar a los animales por una zanjita de unos 15 centímetros de profundidad, cavada a la salida de un corral o de una manga, y llenada con lechada de cal al 10 por 100 o con solución de sulfato de cobre al 2 por ciento.

Esta zanjita deberá ser suficientemente ancha para que los animales no puedan saltarla, y así se vean obligados a bañarse las pesuñas.

Se tratará de realizar este baño dos veces por día, por lo menos.

Si los animales están muy mancos o rengos, se evitará moverlos, efectuándoles los baños locales en el lugar donde se encuentren, alimentándolos y abrevándolos ahí mismo.

C. — Localización en las ubres.

Cuando la enfermedad está en su comienzo, se debe proceder así:

a) Lavar frecuente y suavemente la ubre con emulsión tibia de creolina o de acaroína, al 2 °|°, o con otro antiséptico semejante.

b) Si hay ampollas o llagas en los pezones, lavarlos con la misma emulsión y aplicar luego "glicerina yodada".

c) Ordeñar suavemente, dos veces por día, por lo menos, para que la leche no se estacione, y prevenir la inflamación de los cuartos.

d) Si ya existe la inflamación (mamitis), friccionar suavemente el cuarto enfermo con "pomada yodo-yodurada".

Si ya se ha producido la supuración, es decir, si se ha formado un "tumor" blando, dando la sensación de contener líquido, será necesario abrirlo en la parte más baja, con un hierro calentado al rojo (hecho ascua). Después se hace salir el pus o materia y se lava con la emulsión de creolina o de acaroína.

Alimentar los terneros con leche hervida o no dejarlos mamar cuando las vacas tienen llagas en los pezones.

Cuando se desea abreviar la duración de la epizootia en un rodeo, donde la enfermedad ha aparecido con caracteres benignos, conviene recurrir a la "aftización", es decir, la infección artificial.

Esta operación se llevará a cabo friccionando el morro y la boca de los animales sanos con un lienzo áspero, impregnado de baba de los enfermos, y haciendo vivir mezclados a éstos y aquéllos, para multiplicar las ocasiones de contagio.

La aftización o infección artificial hace evolucionar la enfermedad al mismo tiempo, más o menos, en todos los animales receptivos, o sea susceptibles de contagiarse, del establecimiento, y en un plazo más breve que si la fiebre aftosa se desarrollara espontáneamente.

MAXIMAS

La zorra que duerme no caza gallinas.

El trabajo no tiene necesidad de deseos.

El trabajo paga las deudas y la desesperación las aumenta.

La actividad es la madre de la prosperidad, y Dios nada niega al trabajo.

Desde que tengo un rebaño y una vaca, todos me dan los buenos días.

Tres mudas de casa equivalen a un incendio.

Más perjuicios causa la falta de esmero que la falta de saber.

Franklin.

La cosecha y la trilla de la soja híspida

Los sistemas usados dependen del destino que se da al producto, y el problema se plantea únicamente toda vez que no se aproveche el cultivo para la alimentación de los animales por simple pastoreo.

Si se cultiva la soja para ensilar, se corta con guadañadora común; esta operación se realiza cuando las plantas están parcialmente en flor, lo que sucede a los tres meses de haber sido sembrada, o algo más, según cómo se presente la estación.

La siembra de la soja para forraje se realiza conjuntamente con la del maíz.

La soja para semilla, que se siembra sola, está lista para su cosecha, a los cuatro meses aproximadamente de sembrada; así, con la que se siembra ahora, podrá ser cosechada en la primera quincena de Febrero, más o menos, según la marcha de la estación.

Se corta también en este caso, con guadañadora, y si se quiere con engavilladora de lino; se emparva y luego se trilla.

Respecto a la trilla, esta operación se realiza según la importancia de la explotación; con uno u otro de los procedimientos siguientes:

I—Con palos o látigos, extendiendo el producto en capas sobre un patio o sobre tablas o chapas en modo análogo a lo acostumbrado todavía en las regiones donde el pequeño cultivo no emplea maquinaria para la trilla de trigo, porotos, garbanzos, etc.

II—Con yeguas, tal como se hace para el trigo en muchas partes.

III — Adaptando las trilladoras de trigo, modificándolas oportunamente (reducción de velocidad, reducción de dientes en el cóncavo; espaciación oportuna, cambio de zarandas, etc.).

IV—Usando desgranadoras de maíz que den buen resultado, siempre que la soja esté bien seca.

V—Usando trilladoras especiales, las que son sencillas y de costo reducido. Estas sirven a la vez para soja, porotos, garbanzos, arvejas, caupí y otras legumbres. El Ministerio dispone de varias de estas trilladoras. Hace ya un año, una se envió a Santiago del Estero para la cosecha de garbanzos. Oportunamente se distribuirán las restantes en las zonas donde se haya cultivado en grande escala esta planta leguminosa, como el caso del cultivo extensivo hecho en Delicias, Paraná y Entre Ríos, donde se han sembrado treinta hectáreas de soja híspida.

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSAS-HUMORISMO

"DIOS", de Enrique García Velloso, Folco Testena y José González Castillo, en el MARCONI.

Siempre hemos considerado que es preferible una buena obra escrita por un solo autor sin obstáculos ni dificultades de ningún género, que esos esfuerzos realizados a base de un pie forzado, de una colaboración de espaldas o cualquier otro procedimiento en que sobre las dificultades de toda labor artística se hayan acumulado otros de carácter ideológico o material. En poesía preferimos el sencillo y fácil madrigal al acróstico espinoso y en pintura nos place más el cuadro amplio que la miniatura. Creemos que la más absoluta libertad de inspiración y de procedimiento son condiciones esenciales de toda obra artística. Bastante difícil es lograr la belleza plena, para que tratemos de ponerle todavía cortapisas, cuadrículas y obstáculos de ninguna especie.

Dentro de este orden de ideas, hubiésemos preferido tres obras en un acto cada una, a esa amalgama en la que necesariamente no han podido desplegar los autores ni toda su inspiración ni todos sus recursos.

Así se echa de ver en seguida la falta de unidad y de correlación en las escenas y la falsedad de los caracteres. Por lo demás, el título no tiene nada que ver con el argumento de la pieza y la idea de Dios sólo aparece de vez en cuando más como tema de discusiones esporádicas que como fuerza oculta que empuje las acciones de los personajes o que influya en forma alguna en el desarrollo de la trama. El dios absoluto, el del catolicismo y el israelita, aparecen como motivos teológicos en tres diálogos diferentes y las distintas tesis sostenidas por los interlocutores no trascienden sobre el sentido ni sobre el significado de la obra, sino que mueren con la última palabra del diálogo que suscitan.

Fuera de ello, se nos presenta en esta pieza un drama sentimental que tiene fuerza emotiva e interés y que está tratado con gran habilidad escénica. Sin embargo, al final falla la línea psicológica de los tres protagonistas, sin duda por haberse encontrado el autor con personajes que no los ha sentido o que por el desenvolvimiento de los actos anteriores no le ofrecían otras posibilidades.

A pesar de todo lo dicho, justo es reconocer que "Dios" constituye una pieza que sin ser nada extraordinario, merece el aplauso con que fué recibida por el público.

De la interpretación cabe decir que sacó todo el partido posible. Correcta y ajustada en todo momento nos ofreció con toda propiedad sus diversos matices y tanto en la parte dramática como en los episodios cómicos, resultó irreprochable.

De Rosas puso de manifiesto una vez más su dominio escénico y su talento de actor. En una escena de pasión amorosa en el segundo acto, alcanzó una fuerza de expresión insuperable, bordando en todo el resto de la obra una labor inteligente y primorosa. Nos satisfizo plenamente.

La señora Rivera, un poco declamatoria y cantarina al principio, corrigió después esa falla y se puso a la altura de las circunstancias, mostrándose en el tercer acto sumamente eficaz.

Los demás componentes del elenco se portaron muy atinadamente, destacándose las señoritas Brena y Gómez y el señor Bellucci.

PARRAVICINI ESTRENÓ CON ÉXITO, "RÓMULO Y REMO"

El cuarto estreno de la temporada de nuestro gran bufo, correspondió a la adaptación de la pieza de Monez-Eon y Fontanes, "Brin d'amour", hecha con el título de "Rómulo y Remo", por el actor Adolfo H. Fuentes.

La semejanza física de dos personas, tema que ha servido para otras piezas de teatro, ha sido explotada hábilmente por los autores franceses, quienes consiguen provocar situaciones de gran eficacia cómica, de seguro efecto sobre el público.

Desde las primeras escenas, "Rómulo y Remo" interesa y según avanza el "imbroglio", la acción se va enredando más y más hasta culminar en el tercer acto, que cierra la pieza de manera feliz.

Los diálogos no tienen mayor espiritualidad, pero la vis cómica de Parra allana toda deficiencia, pues nadie ignora que el notable actor, con su ingenio fresco y retozón, imprime gran colorido a todo lo que dice y hace, imponiendo con su juego escénico y el dominio que tiene sobre el público, todos sus papeles.

"Rómulo y Remo" gustó mucho y todo hace suponer que su estada en cartel del Argentino se prolongará largo tiempo.

En los dos personajes que interpreta, Parravicini está admirable y su desdoblamiento provoca grandes carcajadas por la gracia con que se transforma de un momento a otro, de mundano y elegante galán, en cerrajero y plomero. A su lado, actuaron con discreción las señoras Buschiazzo y Diana y demás actores que intervienen en la pieza.

"AGUA CORRIENTE"

Este sainete de los señores Rillo y Martinelli Massa, muestra en sus autores una buena intención por levantarse un tanto sobre el nivel bastante bajo en que ha caído nuestro teatro por horas. No es, desde luego, una cosa del otro mundo, pero conviene remarcar aquella intención, en estos momentos en que el sainete se desbarranca penosamente. Viejo el tema de "Agua corriente", es nuevo, empero, el aspecto que en él se presenta y la finalidad que lleva es estimable. Su construcción, un poco vacilante en los dos primeros cuadros, es mejor en el cuadro último, donde la acción adquiere relieve. Fué interpretado discretamente por los hermanos Simari y demás elementos del Apolo.

NACIONAL

Martínez Paiva, que en la presente temporada obtuviera un éxito discreto con su obra de marcado tinte dramático "La Cruz de Palo", estrenada por la compañía de Carcavallo, consiguió que la misma representara otra pieza suya titulada "El gaucho Casco".

Consta la obra de tres cuadros de escasa comicidad. Se trata en ella un asunto conocido y explotado en demasía. Un gaucho matrero y cobarde logra imponer su voluntad en toda una comarca, amparado en una falsa aureola de matón que le crearon otros tan cobardes como él.

Ocurre la acción en una provincia del litoral argentino. Una viuda y su sobrina, propietarias de una estancia y pasando por momentos de crisis financiera, fueron ayudadas por un extranjero que al morir deja a su hijo Ramón los documentos que gravan la propiedad de la viuda.

Ramón, mediante un traspaso simulado de los documentos heredados, llena de angustia a la propietaria a quien se amenaza con el despojo de sus bienes, mediante el apoyo de la justicia.

Notificada del desalojo, recurre al gaucho Casco en demanda de socorro. La presencia del temido gaucho atemoriza a todos menos a Ramón que abofetea al matrero.

El público bostezaba aburrido, consiguiendo salir de su sopor, en raras situaciones cómicas que fueron bien explotadas por sus intérpretes, entre los que se distinguieron Olinda Bozán y Paquito Bustos, que defendieron la obra.

"MALA SOMBRA", de Jorge Luque Lobos, en el SARMIENTO

Para cualquier espíritu un poco observado, parecería que el teatro gauchesco había sido ya agotado y que sólo podría ofrecerse alguna exhumación de lo ya realizado, y eso únicamente con carácter histórico o conmemorativo. No lo ha creído así el señor Luque Lobos o por lo menos ha pensado que no había sido dada todavía la nota narrativa y cómica con cierta apariencia literaria, y para completar el género ha escrito esta "Mala sombra" que responde a su denominación.

El asunto es el de siempre: un hombre honrado y trabajador que se hace matrero a raíz de un crimen al que se ve arrastrado por la injusticia de un patrón brutal. Se hace el terror del pago, mata a la mujer que se fugó con un ricacho y se entrega por fin a un oficial de policía que tiene encomendada la captura del criminal y que sólo espera ese triunfo, ¡ay!, para casarse con la hija del bandolero, la que como es natural había sido abandonada por el padre y la madre. ¡Qué cosa! ¿no?

Pues bien, todo esto se nos cuenta u ocurre en la obrita y algo más también, porque en ella hay de todo. Lo cómico y lo espeluznante se mezclan allí como el aceite y el vinagre de una ensalada de lechuga. Y de vez en cuando aparece un latiguillo melodramático con ciertas pretensiones o una frasecita de filosofía amarga como una ciruela verde.

Los elementos de ambos Ratti tomaron en serio la pieza y la interpretaron con todo cariño y acierto. Angel Walk en el papel de "Mala sombra" estuvo a buena altura como siempre y hasta nos convenció por momentos de que todo aquello era verdad. Muy eficaz Pepe Ratti en el papel de Nicasio y acertadas en los suyos Celia Cordero y Olga Casares Pearson.

"LO QUE LE DIERON AL PRÍNCIPE", de Franco Padilla, en la COMEDIA.

La empresa de la Comedia ha conseguido acreditar sus revistas por el buen gusto y el lujo con que son presentadas, lo que ya es bastante, pues si resultara que el oído no tuviese nada lindo que escuchar, siempre quedaría el recreo visual de los decorados y de los contornos del grupo coral femenino. No es este, sin embargo, el caso de "Lo que le dieron al Príncipe". En esta revista, la letra y la música son acertadas y se dejan oír con agrado. Así resulta un conjunto estimable y un éxito que ha de ser persistente. En la interpretación se distinguieron la Antune y la León, que hicieron sus respectivos números con mucha gracia y chic. Todo lo demás, bien.

UNA SUEGRA QUE ATRAE

El caso merece señalarse. Las suegras, según afirman todos los yernos de nuestro planeta y aún los de Marte, pertenecen a la fracción de mundo femenino más antipática. Huyen de la suegra como huyen las beatas del demonio. Suegra es, casi, casi, una mala palabra, y los poetas aseguran que sólo existe un vocablo que rima perfectamente con suegra: negra.

Sin embargo, he aquí que en el Nuevo se ofrece una suegra que, a pesar de ser una fiera, resulta de todas las simpatías del público, que en buen número ya y ríe de las zozobras de un pobre yerno encarnado por Casaux con la acostumbrada eficacia con que interpreta sus papeles el estudioso actor.

"Mi suegra es una fiera", promete un largo éxito.

PAN DULCE

Con anticipación a las fiestas de Navidad y Año Nuevo, la empresa del Buenos Aires brinda el tradicional pan dulce a sus favorecedores, que es la muchedumbre que invade la sala de Muiño y Alippi, atraída por la última revista puesta en escena y que, como lo sabe el lector, se titula "Aquí les traigo el pan dulce".

Sus fabricantes, Novión, Dupuy de Lome y el maestro Antonio De Bassi, brindan un postre muy apetitoso, tanto que a veces se sirve como vermut, lo cual implica una innovación en las prácticas gastronómicas.

Próximamente, "Una mujer de su casa", de Pico y Bengoa, compartirá el pan dulce del cartel.

GALVEZ EN CARTEL

"Nacha Regules" ha confirmado en sucesivas representaciones la favorable impresión que produjo el día de su estreno. Tanto la pieza en sí, como la esmerada interpretación que le da la compañía del Liceo, especialmente Angelina Pagano, atraen público a la sala de la plaza Congreso.

EL POEMA INMORTAL

Como no podía menos, "María" ha tenido en el público una repercusión simpática. A pesar de los versos del señor Rossi, que no acaban de convencernos, hay que reconocer que la famosa novela de Jorge Isaacs ha sido llevada a la escena con mucha habilidad y que de ella se ha sacado bastante partido. Por lo demás, Blanca Podestá y los suyos la interpretan excelentemente y el cuadro músico-cantante del segundo acto levanta los ánimos de los más descontentos y pone una nota de viva poesía en medio de la languidez del poema que a través de los versos del autor pierde mucho de su inmortalidad.

LÍRICA HISPANA

Prosiguen en el Avenida las representaciones populares de "Doña Francisquita" del maestro Vives. No hay nada más que decir ya de esta obra que ha encantado a todo Buenos Aires.

GÉNERO AMENO

En esta semana debutará en el Maipo una compañía de revistas que dirigirá el autor Cayol y de la que forma parte como primera tiple Carmencita Lamas. La inauguración tendrá lugar con el estreno de la revista "¿Quién dijo miedo?". Es de presumir que el éxito acompañará a este conjunto.

MAYO

Según se anuncia, Edmond de Bries "El mago del arte de vestir", encaminará sus baúles rumbo a Montevideo, después de haber "deslumbrado" a las chicas porteñas. La compañía de Miguel Ligero, continuará impertérrita en el Mayo, exhumando las viejas zarzuelas de repertorio español y apuntándose con algunos estrenos que tiene en cartera.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Tom Mix con su "leading lady" en "La luz del cariño", película Standard que la Fox Film estrenará el jueves 16 del corriente.



Edith Roberts y Alfred Lunt, con un tercer intérprete en una escena de "Voluntad de hierro", cinedrama que la New York Film estrenó el sábado último.



Michael Varkony, ex astro de la Paramount, que revista ahora en la Sascha Film y acaba de aparecer en "El joven Medardo", cinta estrenada por Juan Probst en su "Terra Program".



La célebre nadadora Anette Kellermann, protagonista de "La Venus de los mares del Sud", película Arte Especial que programa la Corporación Argentino Americana de Films.



Buddy Roosevet, protagonista del film "En constante peligro", que la casa Max Glücksmann estrenó el sábado último.



Escena de la cinta de Mack Sennet "La comparsa del cinema", en la que actúa como protagonista Mabel Normand, que Max Glücksmann dió a conocer anteayer.



Irene Rich, Baby Peggy (protagonista), Lincoln Setedgmann y otro intérprete del cinedrama "El capitán Lucero", que la Sociedad General distribuye desde el viernes pasado.



Elisa Julia Rossi, interesante y hermosa artista de la cinematografía nacional.

FRAY MOCHO EN TUCUMAN





Durante el "diner concert" organizado por el Tucumán Lawn Tennis Club, con motivo de la distribución de premios de los diversos campeonatos realizados durante el año. A la izquierda: señoritas de Zavaleta Esteves, Alurralde y Frías Helguera y un grupo de jóvenes tucumanos. A la derecha: una vista parcial de las mesas.



El sabio alemán, doctor Mullens, acompañado del personal técnico destacado en la provincia de Tucumán, para realizar la campaña antipalúdica, dispuesta por el gobierno nacional.



Parte de la concurrencia que asistió al paseo campestre organizado por las alumnas del Colegio de "Las Mercedarias" y llevado a efecto en la Quebrada de Lules.





Celebración del Día del Agente. — A la izquierda: parte del personal de policía antes de serle entregados los premios a que se hicieron acreedores. A la derecha: el ministro de gobierno, el juez de instrucción, el jefe de policía, empleados superiores de la repartición y algunos periodistas, durante el banquete con que se festejó el Día del Agente.

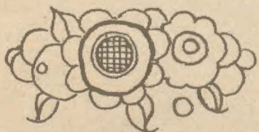


Empleados de tranvía que tomaron parte en el pic nic realizado después de la entrega de premios a aquellos que tuvieron mejor foja de servicios durante el año en curso

Fots. Luis Alfredo Posse.



TOILETTES PARISINAS









Ilustramos esta página con la reproducción de los últimos modelos de la indumentaria femenina, creados por los grandes modistos de los establecimientos parisienses.









INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



JUNIN. — Inauguración de la Sala de Maternidad "Doctor Benito de Miguel", en el Hospital de Caridad. El doctor de Miguel, objeto del homenaje; el doctor Battilana, director del establecimiento, y las señoras de Battilana, de Miguel, Canziani, Cichero, Fernández, Hernández y la madrina de la ceremonia, doña Tomasa Costa de Tassara.



CAMPANA. — Demostración ofrecida por el magisterio local al doctor Mariano A. Echazú, comisionado municipal y escolar de Campana, con motivo de su renuncia de comisionado escolar, en cuyo acto se le hizo entrega de un pergamino, por su notable actuación.



CASTELLANOS, F. C. P. — La superiora del Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes, hermana María Rita Echenique, rodeada de un grupo de alumnas, entre las que se encuentran las niñas que recibieron la primera comunión, el día de la festividad antes citada.





CAÑADA SECA, F. C. P. — A la izquierda: la señorita Lucía Di Plácido y el señor C. Di Plácido, que oficiaron de padrinos en el acto inaugural de las banderas de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos "La Nueva Italia". A la derecha: miembros que integraron la comisión directiva de los festejos realizados en ocasión del XX de septiembre y a los cuales se debe el éxito obtenido.

Fots. Sdrubolini y Della Mattia.



DEL NORTE ARGENTINO



JUJUY. — Una de las calles típicas de la ciudad: la esquina de Belgrano y Defensa.



Vista de la Quebrada y Río de Reyes.



TODAS LAS SEÑORAS DEBEN RECORDAR

que para embellecerse físicamente, para idealizar los naturales atractivos de su rostro tienen en el acreditado

POLVO GRASEOSO LEICHNER

un eficaz y seguro elemento de belleza, pues con su aplicación en la diaria toilette, adquiere el cutis tal grado de suavidad, delicadeza y frescura, que necesariamente ha de subyugar a todo el que lo contemple.

Todo industrial que concurra a la Exposición de la Industria Argentina 1924, beneficiará sus propios intereses, los de su gremio y los de la industria nacional.
COMITE EJECUTIVO.—Avda. de Mayo, 1153.

MENDEL & Cía.

En Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439. | En Montevideo: Cerrito, 673.
En Rosario Santa Fe: Entre Ríos, 864. | En Asunción (Paraguay): Alberdi, 217.

Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires